



Los buenos años Nicaragua en la memoria

Iosu Perales



LOS BUENOS AÑOS







IOSU PERALES

LOS BUENOS AÑOS

NICARAGUA EN LA MEMORIA

Icaria  Ακαδημεια
POLÍTICA INTERNACIONAL





Diseño de la cubierta: Laia Olivares

Ilustración de la cubierta:

© Iosu Perales

© De esta edición
Icaria editorial, s.a.
Ausiàs Marc, 16, 3er 2a
08010 Barcelona
www.icariaeditorial.com

ISBN: 84-7426-792-7

Depósito legal: B-

Impreso en Romanyà/Valls, s.a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Todos los libros de esta colección están impresos en papel reciclado.
Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.





A la generación de brigadistas internacionales
qué pobló la Nicaragua de los ochenta.





ÍNDICE

Introducción	9
I. Tiempo de épica	15
II. La avidez por la humanidad nueva	33
III. La caída de los dioses	43
IV. El sandinismo perplejo	53
La izquierda perpleja	58
V. La nueva política del FSLN	63
Los contrarios se necesitan	71
La cuestión de la propiedad amenaza la transición	77
El segundo pacto	81
Epílogo a este capítulo	85
VI. Lo que vimos y vivimos	89
VII. Valores contra valores	99
VIII. El lugar de la conciencia trágica	111
IX. La ternura de los pueblos y el ejército chele	123
X. Cerrando el círculo: la muerte contra la vida	137
El Informe Kissinger	142
La Guerra de Baja Intensidad (GBI)	144
Cambio de posición norteamericana	146
Hacia dónde va la política exterior de Estados Unidos en América Central	151
Epílogo	157



INTRODUCCIÓN

Si todo es corazón y rienda suelta
y en las caras hay luz de mediodía
si en una selva de armas juegan niños
y cada calle la ganó la vida,
no estás en Asunción ni en Buenos Aires
no te has equivocado de aeropuerto (...)
ya ves, viajero, está su puerta abierta,
todo el país es una inmensa casa.
No, no te equivocaste de aeropuerto:
entrá no más, estás en Nicaragua.

Julio Cortázar

Una tarde de verano de 2004 decidí escribir este libro. Acababa de regresar de Nicaragua y todavía guardaba en la memoria los gritos y los cantos de la multitud en la gran plaza junto al lago Managua, sus rostros rojinegros sudorosos y sonrientes, en buena parte ajenos a los discursos de los jefes sandinistas instalados en una gran tribuna inaccesible para la gente, como si representara un mundo aparte, una burbuja llena de retórica a punto de ser pinchada por el creciente desapego de decenas de miles de hombres y mujeres que estaban en la misma plaza por sus propias razones y sentimientos. La celebración del 25 aniversario del triunfo de la revolución sandinista convocó a pobres llegados de todo el país en buses desvencijados, entre ellos a los pobladores de los barrios de una Managua siempre surrealista. Llegaron a su fiesta. La que nadie les puede arrebatarse. La que cada año llena sus vidas de recuerdos hermosos y épicos, de hechos luctuosos y tragedias, de historias contadas, de fidelidad a familiares y amigos muertos en algún lugar remoto junto a la frontera o mucho antes en la ofensiva contra la dictadura de Somoza. Había en

la plaza hombres y mujeres que hicieron la revolución, la defendieron y la vieron derrotada, sobrevivientes de un ciclo de luces y sombras. Estaban quienes lo habían dado todo y ahora sólo les queda no ceder al olvido. También sobrevivientes que participaron en todas las batallas, alfabetizando, recolectando cosechas y combatiendo a la contra. Vimos a muchos jóvenes para quienes el sandinismo es una cultura de su familia, una esperanza no muy bien razonada pero que actúa vivamente en su imaginario. Toda esa multitud estaba en la plaza para soñar despierta un sueño colectivo que no volverá pero que sigue inspirando nuevas batallas. Compartían el espacio de la plaza con líderes y caudillos demasiado ocupados en pactar con los liberales un bipartidismo para repartirse el Estado, en atender sus negocios y en pedir reiteradamente perdón al cardenal Obando y Bravo, ese hombre astuto.

Dos días antes, el 17 de julio, fui con mi mujer Mariví y un grupo de amigos a la Loma de Tiscapa. El lugar que fue el bunker de Somoza, sede de su guardia más aguerrida y de las más horribles torturas, es ahora un espacio público desde el que se obtiene la mejor vista de Managua, *ciudad de pie entre ruinas, bella en sus baldíos*. Fuimos para escuchar a Carlos y Luis Enrique Mejía Godoy acompañados por los Palacagiüina. En Tiscapa había mucho managua, celebrando el día en que huyó Somoza, sobre todo gente joven deseosa de bailar a los sones de cantos de lucha. Junto al escenario vimos a Henry Ruiz, en la clandestinidad Modesto. Modesto es un tipo que años atrás lo fue todo. No por haber sido comandante de la revolución y uno de los nueve divinos de la Dirección Nacional del Frente Sandinista, sino por su legendario pasado en la montaña mediodiurno por los gusanos. Él es el gran mito que Omar Cabezas retratará en *«La montaña es algo más que una inmensa estepa verde»* un libro traducido a varios idiomas y que llegó a ser un *bet seller* entre los millones de solidarios con Nicaragua. Henry Ruiz que siempre ha tenido fama de hombre honesto, austero, reservado, alejado de tentaciones materialistas, no pudo soportar la llamada *piñata*, aquel reparto de propiedades entre cuadros sandinistas tras la derrota electoral de 1990, hecha bajo el pretexto de que el partido no podía dejar el poder sin fortalecerse con recursos que serían necesarios para trabajar desde la oposición. Ocurrió que la teórica transferencia de propiedades al partido se cumplió tan solo en una pequeña medida; los

cuadros beneficiados debieron pensar que el bienestar empieza por uno mismo y se quedaron con su cuota. Lo demás lo hizo el corporativismo que aconsejaba un apoyo mutuo en el seno del ejército de beneficiarios. Algunos conocidos comandantes se hicieron socios de grandes negocios hoteleros, de camaroneras, de explotaciones madereras, de actividades agroindustriales y hasta bancarias. Pero Henry Ruiz, como otros muchos sandinistas, tomaron esta metamorfosis como la señal de que había llegado la hora de cambiar el partido o desaparecer de la vida política. Se fue del partido discretamente, sin armar ruido, después de atreverse a desafiar a Daniel Ortega en las elecciones para secretario general del Frente Sandinista en 1994. El ex guerrillero pasó después a una especie de clandestinidad siguiéndole un halo de misterio, lo que le sería reprochado por aquellos que esperaban su regreso para liderar un nuevo sandinismo. Y ahora lo vemos junto al escenario de los Mejía Godoy, saludando a Gioconda Belli, gran poeta, notable novelista y mujer con un poderoso pensamiento crítico. Gioconda se hizo famosa con su novela «*La mujer habitada*» una obra que recoge renglones de su propia vida. Pero nada tan bueno en su literatura como su poesía en «*Sobre la grama*» o en «*Trueno y arcos iris*». Tras la derrota electoral se fue para Estados Unidos sin dejar nunca Nicaragua ni de ser sandinista. Sus escritos críticos contra Daniel Ortega, Tomás Borge, Bayardo Arce y otros altos cargos sandinistas de tanto éxito empresarial, fueron los primeros en poner el dedo en la llaga. Gioconda, a diferencia de Henry Ruiz, decidió escribir sobre cómo un grupo de dirigentes habían roto con el código moral que la revolución sandinista había jurado no romper jamás. Sus textos denuncian la traición a los pobres de Nicaragua por aquellos que durante años gobernaron gritando que antes caerían las estrellas del firmamento a renunciar a los principios de la revolución. Hoy las estrellas siguen flotando en lo alto y la revolución es traicionada cada día por una cúpula amante del poder.

Estaban Henry Ruiz y Gioconda Belli dando apoyo a los hermanos Mejía Godoy en un acto popular, sin la presencia de dirigentes del partido sandinista. Las canciones de los años ochenta, las que cantamos recorriendo el país de Norte a Sur, de la mar a la selva, surcando los lagos y ascendiendo volcanes, en las largas y entusiastas reuniones de la solidaridad, en las comunidades y en los barrios, en los mercados, en las universidades, e incluso en algunas iglesias, so-

naban otra vez limpias, deseadas, en las voces de Carlos y Luis Enrique. Y fue precisamente este concierto casi improvisado, sin más apoyo que el de la propia gente acudiendo de los barrios de la capital, lo que animó en mí la necesidad de escribir estos capítulos. Ocurrió que una buena parte de nuestras amigas y amigos expresaron allí mismo sus cariñosas críticas, escamados por la larga ausencia del cancionero revolucionario en los conciertos de Carlos Mejía Godoy, quien hace unos años decidió cantar solamente mazurcas segovianas, sones nicas, valsecitos chapiollos y cantos tradicionales como «*El Almendro de onde la Tere*» y «*El solar de Monimbó*», en un gesto de distanciamiento del partido sandinista que muchos interpretan como una adaptación a los nuevos tiempos liberales. Las críticas despertaron en mí un lado de tristeza. Recordé los buenos tiempos, aquellos años en que cantamos cientos de veces canciones que nos parecían al mismo tiempo combativas y risueñas, y pensé en todo lo extraordinario que nos tocó vivir años atrás siempre con aquellas canciones que nos ayudaban a imaginar despiertos y dormidos, y en ese instante di las gracias a Carlos, y a su hermano Luis Enrique, y a los Palacagüina, y a aquel trío llamado Los Girasoles, a Norma Helena Gadea, y me dije que lo que Carlos me había dado era muy superior a su repliegue personal, seguramente decidido en medio de la depresión en la que entró el pueblo sandinista tras las derrotas del 90 y del 96. En la Loma de Tiscapa retrocedí por unos instantes en el tiempo y volví a los años ochenta.

En esa década fuimos cientos de miles, de todas las partes del mundo, los que acudimos a cosechar, a vacunar, a construir escuelas y clínicas en los confines rurales, a enseñar y a aprender, a participar en una experiencia única, subir a ese tren que pasa una vez en la vida. Fueron años difíciles, sobre todo para quienes iban a la guerra y quienes rezaban por su regreso. Lo fueron para los nicaragüenses sometidos a una agresión obscena de parte de una potencia que no quiso dar oportunidad alguna a la justa rebelión de un pobrecito país. Pero en medio de la dificultad en la que también las mujeres y hombres internacionalistas pagaron su cuota en mártires, tuvimos la gran suerte de estar allí, en la Nicaragua que asaltaba los cielos también para nosotros, dándonos un gran regalo. Y no importa si fuimos desencantados por las derrotas en nuestro país, si fuimos huyendo de algo, si fuimos para curarnos, si fuimos cegados de una ingenuidad que

nos tapó los ojos para no ver los defectos de aquella revolución, lo que importa es que fuimos, entusiastas y generosos estábamos allí, recorriendo los pueblos, buscando hablar con mujeres del Cuá y de Ticuantepe, conversar con los jóvenes del popular barrio Rigüero donde los domingos se cantaba la Misa Campesina, hacer amistad con los pobladores de León y Chinandega deambulando por sus calles calurosas, buscando siempre cómo ayudar, qué hacer, pues vivíamos una gran obra colectiva, esta vez no sólo para resistir sino también para construir.

Veinticinco años después quien llegue a Managua sin la referencia de aquellos años puede que se pregunte si alguna vez hubo una revolución. En apariencia no la hubo. La piel de la ciudad apenas la refleja, tal vez la enorme silueta de Sandino ideada por el padre Ernesto Cardenal presidiendo la Loma de Tiscapa, tal vez la descollante imagen del guerrillero metálico que fusil en alto sigue luciendo frente al cine González en la avenida Bolívar, tal vez el mausoleo de Carlos Fonseca en la ahora Plaza de la República que los gobiernos postsandinistas no se han atrevido a profanar, tal vez algunos pequeños recuerdos de cemento en los barrios populares, poco más. Pero basta con bucear en la geografía humana para darse cuenta que aún la sociedad está atravesada de arriba abajo por el filo del sandinismo. Se es o no se es con la misma intensidad. Precisamente porque hoy no sobreviven notables conquistas de la revolución en las esferas de la educación, de la salud, de la tierra, los años ochenta siguen formando parte de la memoria de la mitad de la gente.

Pensaba en todo esto en la Loma de Tiscapa, mientras Carlos y Luis Enrique cantaban «*Nicaragua nicaragüita*». ¡Cuántas manos tendidas esperándote!

Una vez más miramos Managua, ahora sin aquellas hileras de internacionalistas con pañoletas rojinegras al cuello caminando bajo su sol de justicia en horas de imprudencia, sin tantos cafetines y centros culturales desaparecidos, sin la estatua de Omar Torrijos en la Plaza de los No Alineados que tampoco existe, sin los murales pintados por artistas de toda América Latina junto al Ranchón de palma de Los Salvadoreños que ya no está, Managua sin aquel paisaje de la montañita con las siglas enormes FSLN.



I. TIEMPO DE ÉPICA

El escritor brasileño Jorge Amado utiliza un lirismo desgarrado al describir el dolor de gentes que lo dieron todo por sus ideales transformados en pasión. «Sé de hombres y mujeres, magníficas personas, que de repente se encuentran desamparados, vacíos, sumergidos en la duda, en la incertidumbre, en la soledad, perdidos, enloquecidos. Lo que los inspiró y condujo por la vida, el ideal de justicia y belleza por el cual tantos sufrieron persecuciones y violencia, exilio, cárcel y tortura, y otros muchos fueron asesinados, se transformó en humo, en nada, en algo sin valor, apenas fue mentira e ilusión, mísero engaño, ignominia». Sí, estos sentimientos colectivos se desataron en Nicaragua la noche del 25 de febrero de 1990 y aún permanecen años después. Fueron las mismas sensaciones que compartimos los muchos que de repente, huérfanos, nos percibimos cósmicamente solos, inconsolables, aquellas mismas horas en que íbamos a celebrar una fiesta y terminamos bañados de tristeza, yo en el barrio 14 de Septiembre, con los ojos permanentemente brillantes y las lágrimas queriendo salir mientras mirábamos en la pantalla a un Daniel Ortega irreconocible que con voz entrecortada confirmaba el triunfo de la oposición. Eran las seis de la mañana del día 26 de febrero y advertí que todos los reunidos en aquella casa teníamos la misma palidez que el presidente.

«Tan pequeña, Nicaragua, tierra de gente viviendo con tigres, de sábalos que revientan una lancha, de un pueblo que se mide diariamente contra fuerzas más grandes que él. Todo busca aquí su cami-

no, su equilibrio difícil. Un trópico que deja de ser trópico en sus muchas carencias y torpezas, un trópico para un pueblo verdaderamente libre por fuera y por dentro» había escrito Julio Cortázar tras su segunda visita en febrero de 1983. De pronto esta Nicaragua valiente y dulce que durante una década nos había dejado en cada persona y cada paisaje una impresión matriz, figuración corpórea de la más alta virtud humanista: la abnegación que le había llevado a ganar batallas y la redención que creímos definitiva, esta Nicaragua se nos iba sin nosotros saberlo, para siempre. De nada serviría que Daniel Ortega prometiera gobernar desde abajo, ni que Mónica Zalaquett escribiera en el diario Barricada que el sandinismo había logrado una victoria moral. Es verdad que las elecciones las ganó la guerra impulsada por Estados Unidos y no los méritos de la Unión Nacional Opositora, pero eso era ya algo secundario, intrascendente, casi banal. Un cambio de época tocaba nuestra puerta.

La Managua que encontramos mi mujer Mariví y yo en los últimos jirones de 1986 era una cartografía de túmulos rojinegros con pequeñas placas o toscos bustos de cemento en honor de los entregados, hombres y mujeres, sacrificados en el altar de sus ideales, vidas que vieron truncadas sus aspiraciones de una situación personal más digna en nombre del sacrificio final por el bienestar colectivo, una vez que la palabra pueblo se había hecho carne y el talante prometeico era la forma de vivir y de morir de millares de jóvenes. Todos los barrios de la ciudad, desde San Judas hasta El Edén, desde la colonia Centroamérica hasta Linda Vista, e incluso los de la burguesía como Los Robles, Altamira y Las Colinas, tenían sus propios santos, aquellos que habían seguido los principios morales de Leonel Rugama, ex seminarista y mártir que había dejado escrito: «La entrega total de nuestra vida orientada a la liberación del pueblo representa nuestra muerte, pero con ella estamos dando vida». Rugama lanzó un lema legendario en 1969 «Ahora vamos a vivir como los santos» y él lo hizo hasta el final, su final, baleado en el barrio El Edén, en una humilde casa de seguridad del Frente Sandinista hecha añicos por las tanquetas Sherman de la Guardia Nacional. Cuando lo llamaron desde un megáfono a rendirse respondió con un grito que pronto se haría consigna popular: ¡Que se rinda tu madre! Managua honraba a los muertos que seguían llegando de las montañas y formaba ya un mapa urbano de velatorios diarios, aumentando el número de estelas la

mayoría con fotografías de los fallecidos en actitud sonriente. Aparecían sus fotos en los periódicos, confirmando definitivamente sus ausencias y revelando que a pesar de poseer la fuerza de la razón no eran indestructibles. En esa Nicaragua heroica protagonista de un gran relato que sólo podía tener un final feliz, vino la derrota electoral que sumó al sentimiento trágico la perplejidad más absoluta como un nudo imposible de desatar.

Esa fe en el triunfo dotada de una disposición al sacrificio final ya la había detectado con toda su fuerza en mi primer viaje en enero de 1984. Entonces puse rumbo hacia el norte del país, hacia la frontera con la guerra, en busca de testimonios, y llegué a Teotecacinte, una población convertida en una única trinchera donde los puestos de tiradores de ambos bandos estaban tan cerca que entre disparos sandinistas y contras se cruzaban insultos: ¡piricuacos! gritaban los somocistas a lo que los sandinistas respondían ¡pendejos! En Teotecacinte descubrí que muchos milicianos pasaban semanas embutidos en pozos de tirador donde recibían alimentos, agua y municiones. Por todo el pueblo se repartían refugios forrados con madera de ocote, cavados a tres metros bajo tierra y dotados de pequeñas letrinas, respiraderos, desagües y literas para heridos. Era un pueblo a la espera de la invasión, atacado por los nervios, rodeado de minas. Eran 1.500 personas encerradas como en el fuerte El Alamo, a la espera de lo peor. En la pequeña camioneta, de regreso a Jalapa, pensé en su entrega y en su tragedia. ¿De dónde venía la fuerza espiritual de toda una comunidad? En realidad eso mismo ocurría a lo largo de toda la frontera con Honduras, en las riberas del Río Coco. En ese entonces mujeres hoy pacifistas publicaban poemas de elogio a la guerra para defender la revolución. Gioconda Belli dio a luz *Línea de fuego* colección de poemas escritos entre 1974 y 78 y que ahora, a mediados de los ochenta, eran como un manifiesto. Rosario Murillo publicó *Amar es combatir*. Fueron años en los que Norma Helena Gadea recorría el país cantando *Los venceremos, amor, no pasarán* y otros poetas como Felipe Sáenz presentaba al público *Epigramas de guerra*, y Pablo Centeno-Gómez publicaba un poemario con un título sugerente: *Trascender los límites*.

Se trataba de eso, de ir más allá, de romper los límites, en la compañía necesaria e impuesta de los disparos y la soledad de la muerte. Muchos nicaragüenses estaban en disposición de sacrificarse en el al-

tar de las ideologías. Antiimperialismo, nacionalismo, socialismo, eran las vetas de una misma mina de la que se extraía la fuerza interior para resistir en una guerra tan desigual. Como la izquierda universal, millares de mujeres y de hombres de un pequeño y pobre país, muchos de ellos sin haberlo pensado, compartían ese espíritu moderno heroico e ilustrado que tenía como características la fe en el futuro y en el progreso, la creencia en las grandes causas, el gran relato de la nueva sociedad, los grandes sujetos sociales, el sentido de pertenencia a grandes grupos destinados a la más importante misión, unos valores universales y armoniosos. Toda la literatura de la década revolucionaria era épica e invitaba al riesgo mientras desplegaba el confort espiritual propio de quienes creen actuar a favor de la corriente. Por eso mismo no era un tiempo propicio para la inquietud intelectual sino para las verdades sencillas alejadas de lo complejo. Y en ese escenario la mayor verdad era el ejemplo del Che. Lo veías por todas partes, en banderas y pancartas que en Nicaragua se dicen mantas, en camisetas de todos los colores, cientos de muchachos y muchachas lo imitaban luciendo boinas con una estrellita roja. El Che era la pureza, el compromiso extremo contra la pobreza, era una visión moral del mundo con un costado de monje en acertada definición de Eduardo Galeano. La dimensión pasional y racional, en virtud de las cuales miles de hombres y mujeres habían muerto y otros tantos miles estaban dispuestos a morir era el tema central de la literatura, de las canciones y de los poemas, de los gritos que recorrían Nicaragua y de manera más enfática Managua y ciudades como León y Estelí. La entrega hasta el final era precisamente un componente de las luchas contra Somoza y en defensa de la revolución después, en las que la muerte no era siempre la peor de las alternativas personales. Era más importante el juicio de la historia y el premio final para todo un pueblo. Este comportamiento puede ser objeto de un juicio severo desde el humanismo no tanto por lo que tiene de actitud de relativismo hacia la propia vida —que no deja de ser una elección legítima—, sino por cuanto dicha actitud estaba basada en una visión que disolvía al individuo y lo hacía prisionero de la historia; pero puede ser asimismo comprendido en la medida en que la historia de las revoluciones triunfantes es un gran contenedor de vidas sacrificadas.

La lista de los entregados, hombres y mujeres, a la causa revolucionaria respondió casi siempre a vocaciones surgidas de una visión

desagarrada de la miseria que posteriormente abrazaron la ideología marxista, sin apenas haber leído a Marx. En otros casos visión social e ideología hicieron un recorrido simultáneo. Sea como fuere, la pasión gobernó conductas de intelectuales, sindicalistas, guerrilleros, artistas, campesinos. Pasiones enlazadas con una concepción holística de su propia misión en la tierra y una fe ciega en un socialismo puro, hasta entonces no inventado. Fe ciega en un socialismo inevitable, como una construcción utópica que hunde sus raíces en el mito del advenimiento del paraíso terrenal. El sandinismo era la representación del himno de Eugenio Pottier, *La Internacional*: una promesa de que finalmente la catástrofe de la lucha final será fructífera y la felicidad será el premio para todos. Las raíces humanas de esta opción están claras: es la unión con los sufrientes.

Llegamos en noviembre de 1986 a una Managua en efervescencia que lucía enormes cartelones con la imagen del gigante norteamericano Eugene Hasenfus, caminando con las manos atadas, silencioso y casi alucinado, conducido por un soldado nicaragüense que tiraba del extremo de la cuerda. Hasenfus era el único sobreviviente de un avión de carga C-123 derribado por tres reclutas en las selvas del departamento de Río San Juan, fronterizo con Costa Rica, cuando se disponía a lanzar provisiones al ejército de la contra. Era una prueba más de la intervención de Estados Unidos en una guerra considerada en Washington de baja intensidad pero que para el pueblo damnificado tenía enormes consecuencias en miles de muertos y de mutilados. En esa fotografía que recorrió el mundo el soldadito Raúl Acevedo representaba el orgullo de millones de nicaragüenses; cómo si hubieran capturado a leviatán. El sacrificio lo era contra un enemigo que durante el último siglo había tomado a Nicaragua como una propiedad, pisándola, exprimiéndola, robándola, e imponiendo gobiernos títeres y hasta un presidente filibustero llamado William Walker a mediados del XIX. El cemento de los valores místicos sostenía una solidaridad que era básica para hacer frente a un enemigo infinitamente superior. La lucha contra el pasado era a la vez la guerra contra las fuerzas que pretendían su restauración y, muy particularmente, era también el esfuerzo ingente de construir un nuevo mundo subjetivo; una triple tarea. Sin embargo, la euforia por la caída de Hasenfus llevó a los dirigentes a cometer excesos verbales. Humberto Ortega, general del ejército, anunció que Estados Unidos

había entrado en otro Vietnam, en tanto que Daniel Ortega y Tomás Borge repetían que el pasado nunca volverá, dando a entender que la revolución nunca sería derrotada. Son declaraciones que hay que contextualizar en el escenario dramático de una guerra a todo o nada, pero que posiblemente revelan la existencia ya por entonces de un diagnóstico triunfalista que en vísperas de las elecciones de 1990 resultaría fatídico.

En la triple tarea se comprometieron muchos cristianos. La brecha histórica entre marxistas y creyentes quedaba anulada para alarma de la jerarquía de una iglesia católica que nunca aceptó el cambio de sociedad de que era portador el sandinismo. El Centro Ecuménico Antonio Valdivieso, junto a la laguna de Tiscapa, era la fuente de un evangelio renovado que nutría a millares de mujeres y hombres que exploraban y vivían la teología de la liberación. CRIES y la Universidad Centroamericana eran los cuarteles de los jesuitas, centrados en una reflexión multidisciplinar que abarcaba desde la economía al estudio de la democracia y la planificación de cualquier línea productiva. Las iglesias de numerosos barrios y pueblos eran el foco de una nueva catequesis animado por las misas campesinas. Sacerdotes y monjas servían su apostolado en las fronteras agrícolas y en las selvas, pagando por ello una cuota de sangre que como argamasa unía aún más a las bases populares sandinistas. En realidad, esta unión era casi lógica. La visión de la pobreza y la misión de redimirla mediante la entrega total era para unos y otros un curso trascendente y jubiloso que corregía la historia en un sentido kantiano, de perfección humana. Marxistas y creyentes aceptaban la tragedia como un hecho asociado a la comprensión de que determinados bienes se alcanzan a través del mal necesario. La guerra lo era. Por el contrario, la renuncia al mal, la rendición frente al imperio, era la pasividad, la renuncia a aquel bien que sólo el mal puede procurar. En mi gira por el norte en 1984 había visto a innumerables milicianos, mujeres y hombres, portando crucifijos colgados de sus cuellos, exteriorizándolos como una forma de identidad militante; eran a su manera apóstoles armados de una buena nueva. Recuerdo que me impresionó el testimonio de Zela Díaz de Porras, mujer cristiana y presidenta del Tribunal de Apelaciones cuando dijo: «Quiero contarle algo que fue bien importante para nosotros —se refiere a ella y a su marido el doctor Alonso Porras—, un hecho que tal vez es mi dolor más gran-

de de madre. Fue el día final de la insurrección de septiembre de 1978, el día de la retirada. Los muchachos habían venido en la noche y nos habían dicho: «Vamos a tratar de tomar el comando. Alisten para curar heridos, no tenemos municiones y hacemos esto o acaban con nosotros de todas maneras». En la madrugada oímos disparos y luego un bombardeo intenso todo el día. Al día siguiente se decía que todas las vegas del río estaban llenas de cadáveres. Los bomberos llegaban a pedir gasolina para quemarlos. Al parecer, las tropas de la Guardia somocista entraban con helicópteros por todas partes. Sabíamos con certeza que nuestro hijo estaba en ese lado y, seguramente, era uno de tantos cadáveres. Esta angustia mantenida durante tres días, esta incertidumbre, es de los dolores más grandes que he tenido en la vida. *Pero al mismo tiempo fue una cosa formidable, un dolor dulcísimo, es algo que todavía me conmueve cuando lo recuerdo*. La cursiva es mía por impresionante. No obstante el hijo de Zela salió ileso. El mismo hijo al que años atrás le aconsejaron elegir entre ser médico con todos sus privilegios en una sociedad capitalista o ir a morir a la montaña como un desconocido.

Esa comunión de la vida y de la muerte entre marxistas y cristianos se reflejaba de igual modo entre los millares de internacionalistas que poblaban campos y ciudades. La vida y muerte del cura asturiano Gaspar García Laviana que luchó contra Somoza en el frente Sur era una guía de igual tamaño que lo había sido el padre Camilo Torres Restrepo en la Colombia de los años sesenta. La solidaridad es la ternura de los pueblos había escrito Gioconda Belli en «*Truenos y arco iris*», pero aquel ejército de brigadistas llegados de todas partes era también un amante fiero dispuesto a jugársela. Se la jugaron muchos y algunos cayeron, como Ambrosio Mogorrón, un chico de Gallarta, enfermero, que quiso llevar su humanismo radical a las montañas del norte, y allí lo asesinaron los contras el 24 de mayo de 1986 cuando cumplía una jornada de vacunación infantil en la región de Jinotega. Mogorrón enjuto y moreno, había llegado a Nicaragua en 1980 para unirse a la campaña de Alfabetización y cuando lo mataron en El Cuá estaba plenamente dedicado a combatir la leishmaniasis, la llamada lepra de montaña. Dedicación que le fue premiada en 1985 con la Orden José Benito Escobar. En su honor, los brigadistas del estado español pusimos su nombre a la humilde sede ubicada en el barrio 14 de Septiembre; él era nuestro mártir, el

ejemplo a seguir, el jefe de nuestro equipo dispuesto a jugar el jaque mate en una tierra lejana a la nuestra a la que habíamos sido convocados para vivir intensamente un trozo de vida. Ambrosio fue asesinado al igual que una treintena de internacionalistas a los que no conocimos, pero todos ellos eran la lista de nuestro propio santoral. Tengo en algún lugar de la memoria el asesinato de Benjamín Linder un día de abril de 1987 en el departamento de Matagalpa. Era brigadista norteamericano y precisamente por serlo fue objeto de cantos, poemas y oraciones en los periódicos de la época. Estaba en una lista de la contra dirigida por la CIA. Sus padres no quisieron trasladar sus restos a Estados Unidos y enterraron su cuerpo en las cercanías de El Cua.

Walter Benjamín en «Informe de dos conversaciones» critica los espíritus carentes de inquietud intelectual. Y es posible que en aquella multitud dispuesta a entregarse en cuerpo y alma a una causa que ofrecía la redención a cambio del sacrificio cotidiano, hubiera mucho más de disciplina y de renuncia al pensamiento crítico que de inquietud intelectual. De modo que todo el caudal de sacrificio estaba ligado a la seguridad de que la Dirección de la revolución no podía equivocarse, pues de sus discursos y decisiones surgía la promesa de un mundo seguro aunque la lucha fuera terrible. ¡Dirección Nacional Ordene! gritábamos como fieles de una religión civil, los marxistas y los creyentes fusionados en un sincretismo que fundía la ciencia con la promesa milenarista de eliminar todo el sufrimiento e imponer la hermandad. El escritor Sergio Ramírez, que fue vicepresidente de Nicaragua en la década de los ochenta, está a la cabeza de quienes han reflexionado públicamente sobre lo que llama la generación destronada y hace un ejercicio nostálgico, sincero, al recordar los valores perdidos de entrega por el prójimo y del quehacer colectivo. Así fueron aquellos años: tiempos de una solidaridad con mayúsculas construida por una ética que no debía desafiarse jamás. Vivimos pues una pasión que en cierto modo nos cegaba e inutilizaba para ejercer la crítica y advertir errores que estaban a la vista pero éramos incapaces de ver. Tuvieron que pasar algunos años, callados ya los fusiles, para que regresaran viejos fantasmas que habitan en la historia oculta de las izquierdas: entonces descubrimos los excesos de una revolución no siempre bien conducida y nos hicimos críticos.

La épica unía a mucha gente en aquella Nicaragua convulsa de mediados de los ochenta y formaba parte de la cotidianeidad. El racionamiento era el modo de vida y yo recuerdo cómo vivíamos en la Rotonda los Cocos del barrio de Altamira, siempre atentos a la llegada de las provisiones que recogíamos cada dos semanas en la pulpería que teníamos designada: un poco de azúcar, otro de sal, medio litro de aceite, jabón, arroz y frijoles. E íbamos mi mujer o yo a Leche Agria Romulete y a la pulpería Sierra, ambas junto a la Radial Santo Domingo, a preguntar si había huevos, lo que sucedía de vez en cuando. Mi mujer se colocaba en todas las colas que veía por Managua antes de saber qué es lo que estaba en venta, tal vez pollo, tal vez carne de res. No era fácil conseguir papel higiénico y para capturar algunos rollos hacíamos expediciones en motocicleta al Hotel Intercontinental, donde a cambio de un café o un refresco robábamos metros de papel de los bien surtidos lavabos. Así eran aquellos años, los mejores, en los que me recuerdo a mí mismo recogiendo del suelo cualquier trocito de alambre para alguna reparación doméstica. Era una forma de vivir que achacábamos a la guerra imperialista y eso nos daba fuerzas para seguir como actores participes en la gran obra colectiva. Decíamos entonces que toda Nicaragua compartía los escasos recursos y casi llegamos a creer que el racionamiento nos igualaba a todos, cuando lo cierto era que una clase social seguía provista de casi todos los bienes y una cúpula política y militar disfrutaba de notables ventajas. Incluso nosotros, los internacionalistas, teníamos abiertas las puertas de la tienda Diplomática donde se compraba con dólares, privilegio al que nos acogimos en algunas ocasiones. Sin duda los internacionalistas vivíamos infinitamente mejor que las multitudes pobres de las ciudades y los campos. Pero lo cierto es que nos veíamos parte de una multitud en resistencia que hizo de la vida cotidiana un modo de solidaridad. Me viene el recuerdo de aquellas noches en vela, haciendo la vigilancia en el barrio, junto a la puerta de la casa, anotando todo cuanto se movía, automóviles y personas, en una libreta que después se cotejaba con el Comité de Defensa Sandinista correspondiente. En nuestra Rotonda de los Cocos vivía un hombre de apellido Castilla que hacía de la vigilancia una trinchera de combate; cuando caía la tarde organizaba su porche como una barricada, pistola al cinto, bandera rojinegra incluida. Era sin duda el vigilante ejemplar de nuestra cuadra. Y ese tiempo que hoy

podemos memorizar con una sonrisa de ternura hacia nuestro propio entusiasmo, nos unía como participantes de una moral política y social forjada de altruismo, de compañerismo, de reconocimiento y complicidades. Todo el país era una inmensa casa.

La vida diaria era una escuela que te daba la oportunidad de ser mejor. Sin embargo, una mirada hacia aquellos años nos da asimismo la medida de nuestro propio dogmatismo. Dora María Téllez, comandante guerrillera que terminó dejando el Frente Sandinista al mismo tiempo que el escritor Sergio Ramírez a mediados de 1994, escribió lo que sigue a propósito de la necesidad de recuperar la moral revolucionaria del sandinismo en la clandestinidad: «Era una escuela dura, en el sentido de la exigencia. Una escuela en la que no había ni aspiración a la remuneración, ni moral ni material. Había una ley, y es correcta, si vos hacés bien las cosas, hombre, a duras penas estás cumpliendo con tu deber. Y si la hacés mal, la estás regando, y allí sí se era drástico. Además que en la formación de los valores, hay una continuidad en toda la historia del Frente. Formación en los valores de los militantes caídos y de los Sandinistas del Ejército Defensor (se refiere al ejército de Augusto César Sandino) El Frente era intolerable frente a la irresponsabilidad, intolerable frente a los peros. Si vos tenías que cumplir una misión tenías que cumplirla y punto. Te fueras a pie, en bus, en carro, en una estrella, te engancharas en un bejuco, en lo que fuera, pero la cumplías. La exigencia era durísima. Antes había un juramento y una preparación inicial al que ingresaba al FSLN. Tenías que leer y discutir los estatutos, que eran durísimos. Las sanciones iban de la amonestación privada hasta el fusilamiento por traición. (...) Ahora vos tenés una situación diferente, la gente requiere estímulos morales y de retroalimentación de lo que hace bien y de lo que no hace bien, porque se masifica el fenómeno (en referencia a la masificación de miembros del FSLN). El hecho de que vos portés el carnet de militante y andés un broche, no quiere decir que sos mejor automáticamente porque no es agua bendita. La militancia es una calidad del individuo, con la que uno se despierta, se baña, se va a trabajar, al cine, se acuesta y sueña. No es un documento». («El mito era la realidad». Nuevo Amanecer Cultural, 19 de julio de 1986). Esta visión de una mujer sumamente inteligente y hoy por hoy políticamente moderada, prevalecía en aquella Nicaragua en la que se quería encontrar la fórmula de perpetuar en la

vida cotidiana una actitud heroica. Basta seguir algunos discursos de los dirigentes para comprobar la exaltación del privilegio de morir por la patria. «Sacrificio es la obligación, la disposición a olvidar el reposo, de posponer el sol y la arena de la playa, de renunciar al hermoso derecho a los violines y a la luna, a las vacaciones, a la mecedora a la puerta de la casa. Sacrificio quiere decir trabajar sin consultar el reloj. Quiere decir guerra contra los hábitos negativos, contra el egoísmo. El privilegio del que hablamos es el privilegio del olvido de sí mismo y la entrega sin límites a los intereses de la patria, a la resurrección de los oprimidos, a morir por la patria y la Revolución. Es ya un privilegio demasiado grande morir por la patria y la revolución. Pero en realidad no es un sacrificio: es el más grande de los privilegios» (Discurso del comandante Tomás Borge en el aniversario de la muerte del general Sandino. Niquinohomo, 21 de febrero de 1981). En ese enfoque de la renuncia personal había quienes teorizaban la necesidad de una moral socialista, superadora de la moral burguesa que representaba el pasado. La pretensión de encontrar una armonía completa entre las necesidades individuales y los valores sociales no contemplaba la idea de que hay contradicciones y/o conflictos que no son necesariamente negativos. El combate planteado pretendía evitar el choque entre valores mediante una moralización que lejos de aceptar el sentir trágico predicaba la conducta ejemplar extrema. Lo que Dora María Téllez y Tomás Borge proponían no era una locura personal, era la expresión de un gran sistema ideológico —en este caso un sincretismo formado por el marxismo y el cristianismo socialista— poco abierto a la complejidad de la relación entre cada individuo y la sociedad. Tal es así que mucha gente abrazaba apasionadamente la causa de la moral marxista sin conocer sus fundamentos teóricos. Ahora bien, es cierto que las ideologías revolucionarias —el sandinismo lo era y aún lo es para mucha gente— tienen una dimensión pasional sin la cual es imposible el sacrificio y la entrega sin límites. Al escribir estas líneas me viene como en un asalto la figura de Tina Modotti, mejicana que ilustra paradigmáticamente esta dimensión pasional. Mujer bella y sensual, modelo de fotógrafos, cuestionadora de las costumbres y de los tabúes sexuales en el México provinciano de los años veinte, se hizo militante comunista al punto de olvidarse totalmente de sí misma, perdiendo la costumbre de verse en un espejo, pues esa era una costumbre burguesa

que desviaba la atención de las necesidades de la lucha revolucionaria. Modotti estuvo en España con las Brigadas Internacionales, haciéndose amiga de María Teresa León, escritora y compañera del poeta Rafael Alberti. De Tina Modotti escribió el cubano Juan Marinello en 1942: «Su silencio trabajador ganaba todas las batallas, las grandes, las de la redención definitiva; las pequeñas, las que tejen sabiamente el acuerdo necesario de las voluntades heroicas». Traigo aquí a esta mujer cansada, con ojeras, sin lavarse los dientes ni mirarse al espejo, porque como ella suman miles las personas, hombres y mujeres, que tuvieron una conversión similar. En ellas encontramos una gran fuerza espiritual pero también una dosis de dogmatismo. Esta era, a mi juicio, la doble dimensión del escrito de Dora María Téllez que ensalzando el tiempo pasado critica el presente; que recordando la disciplina nos habla de los valores que hemos de recuperar. Pues bien, en aquellos años muchos compartíamos esa misma filosofía. Admirábamos a los que morían, justificábamos los ajusticiamientos de los traidores, elevábamos a los altares de la historia a quines veíamos como apóstoles y como vanguardia. En realidad formábamos parte de una visión equivocada del movimiento de la historia y de un enfoque unilateral de la moral. Miguel Angel Sandoval, ex diplomático durante años de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (alianza de las organizaciones guerrilleras) me ha dicho alguna vez que la izquierda necesita una catarsis que sólo puede hacerse desnudándose éticamente ante sus propias responsabilidades y esclareciendo sus excesos. Creo que tiene razón. La tragedia que significó el asesinato, el 6 de abril de 1983, de la dirigente salvadoreña Ana María en Managua y el posterior suicidio del supuesto inductor del crimen, Cayetano Carpio «Marcial», señala un caso extremo, al igual que algunas ejecuciones sumarias de disidentes y personal civil realizadas en momento de guerra revelan asimismo el fondo del problema. Y este no era otro que la asunción colectiva de una moral subordinada a la misión de la revolución que era el curso ascendente de la historia que aconsejaba ser inflexible y puritano.

Un ejemplo de esta visión colectiva lo daban los Comités de Defensa Sandinista. Formados mayoritariamente por mujeres, en un 70%, constituían una tupida red ciudadana que abarcaba la ciudad de Managua y tenía como una misión principal detectar movimientos conspirativos contra la revolución. Los CDS pintaban en las pare-

des «Si no vigilas te vigilamos», como si la conciencia pudiera ser transformada mediante el imperativo de la represión. Terminaron entrando en una crisis derivada de su alejamiento de los problemas inmediatos de los habitantes de los barrios, carcomidos por una ideologización sectaria y un organigrama burocrático. Cuando el *FSLN* quiso rectificar dotando a los CDS de mayor flexibilidad política y abriéndolos a corrientes sociales no disciplinadas por el partido era ya tarde. El caso de los CDS es como un espejo de lo que eran otras organizaciones sociales —que el sandinismo llamaba de masas— dirigidas por el partido en el gobierno: la voluntad del *nosotros* constituía la identidad colectiva fuerte en contraposición inevitable a los *otros*. El *nosotros* cultivaba la diferencia entre los buenos y los malos y condenaba toda diferencia interna, viendo al herético, al disidente, al reacio, como un traidor. Ello era la expresión del espíritu de los tiempos que consagraba la verdad del grupo conectado con la buena marcha de la historia. En la Nicaragua de los años ochenta, un país casi exótico, funcionaba el legado de la Ilustración que es la «religión» del progreso que imponía sus propias leyes y normativas, una de las cuales es la subordinación del *individuo* a la voluntad general y la sospecha de lo libertario. Los CDS eran los mejores alumnos en el cumplimiento del mandamiento «¡Dirección Nacional Ordene!» que no contemplaba la posibilidad de salirse de la ruta de la obediencia marcada por quienes actuaban en nombre de la verdad. Es muy cierto, no obstante, que en el contexto de una guerra de agresión, la defensa de la revolución era interpretada, creo que correctamente, como la defensa del país, y ello alimentó la configuración de una militarización del funcionamiento del Estado, la verticalidad que garantizaba la eficacia, y la disciplina de los movimientos sociales. ¿Podía ser de otra manera? Tal vez, pero es más fácil imaginar que hacer realidad las mejores premisas cuando está en juego una guerra en la que el enemigo contaba con una logística inagotable y las fuerzas propias eran la voluntad y la cohesión a toda costa. Pero creo que es bueno descubrir, aunque sea a posteriori, algunos rasgos de una ideología predominante en aquella Nicaragua que buscaba la verdad objetiva, humana, racional, revolucionaria, ávida de construir el *hombre nuevo*. Sin embargo no sería justo atribuir a los CDS únicamente una misión de red miliciana. Eran también una red volcada a resolver los problemas cotidianos de los barrios. Limpiaban las calles y

ordenaban la recogida de la basura, pintaban las cunetas, aseguraban la luz eléctrica, preparaban espacios para el ocio y el deporte, abrían pequeñas clínicas y dispensarios, se preocupaban porque llegara el racionamiento a cada familia, organizaban fiestas para los niños, hacían muchas cosas por y para la gente.

Escribo estas notas con simpatía hacia aquellos años, asumiendo los errores en la parte que me toca como actor humilde y anónimo de un proceso en el que estábamos implicados, y lo estábamos con la mochila cargada de una literatura de la izquierda que era nuestro sustento en medio de un contexto de guerra. La guerra de agresión no es responsable primera de los errores propios de aquella revolución pero sí que imponía un escenario duro, implacable, en el que la consigna vencer o morir con todas sus derivas normativas y morales expresaba lo que realmente estaba ocurriendo en gran parte del país y no era precisamente un adorno estético, una pose. De ahí mi desacuerdo completo con el mexicano Jorge Castañeda, el chileno Rodríguez Elizondo y otros autores que han querido ver en la experiencia nicaragüense como en otras latinoamericanas un ultraizquierdismo voluntario de culto a las armas y al dogmatismo. Este tipo de lecturas, construidas a la medida de las necesidades personales de ajuste de cuentas con el propio pasado, fuerza los hechos cargando sobre las izquierdas el peso de unos años marcados por la acción del imperialismo y la represión de las dictaduras militares. Fuerza los hechos para llegar a preconcebidas conclusiones que presentan la acción histórica de la izquierda latinoamericana como un gran equívoco y deshumanizar de paso a generaciones que actuaron movidas por sentimientos de amor. En el caso de la Nicaragua que vivimos y a la que he viajado más de veinte veces para reconocerla una y otra vez, una multitud generosa compartía altos ideales haciendo de la generación de los años setenta y ochenta la mejor de su historia, en acertadas palabras de Sergio Ramírez. Tanta generosidad permitió a un pequeño país en guerra desigual dar hijos para otros procesos revolucionarios. Jesús Cardenal «Chusón» de las grandes familias de Nicaragua, dejó los hábitos de jesuita para enrolarse en las Fuerzas Populares de Liberación (una de las cinco organizaciones guerrilleras de El Salvador). Lo mataron en una emboscada en Chalatenango, pocos días antes de que se firmara la paz. Yo veía a Chusón regularmente en Managua, a veces en una cita convenida.

En otras ocasiones simplemente lo veía en compañía de alguien y ambos nos hacíamos como que no nos conocíamos, pues los revolucionarios salvadoreños con viviendas francas en Nicaragua cuidaban mucho la clandestinidad. De Nicaragua se fue Orlando Tardencilla, un chaval que participó en las insurrecciones contra el somocismo y que enseguida se fue para El Salvador. Detenido el 31 de enero de 1981 por las fuerzas de seguridad salvadoreñas e interrogado por funcionarios de la CIA, primero en El Salvador y luego en Estados Unidos no dejaba de cantar durante su encarcelamiento «*Mamá Ramona*» una canción de la resistencia antiyanqui en Nicaragua. En Estados Unidos el Departamento de Estado preparó una rueda de prensa en la que Tardencilla denunciaría el envío de armas a las guerrillas salvadoreñas por parte del gobierno sandinista. Pero sucedió que hizo lo contrario, denunció al gobierno norteamericano por su apoyo a la contra. Se armó la de dios. Medios de comunicación estadounidenses publicaron lo dicho por Tardencilla que fue entregado a la embajada de Nicaragua y devuelto a su país el 13 de marzo de 1982.

El caso es que el Frente Sandinista y el gobierno daba apoyo a las guerrillas de Guatemala y El Salvador. Su generosidad, su solidaridad para con los dos pueblos hermanos, permitía que la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y el frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) mantuvieran en Managua importantes infraestructuras y la presencia de comandantes, bien para descansar, bien para actividades políticas de diversa índole. En Managua tuve la primera entrevista con Rolando Morán, comandante en jefe del Ejército Guerrillero de los Pobres, la organización más importante de la URNG. Su nombre verdadero era Ricardo Ramírez. Digo era porque murió poco después de firmar la paz en Guatemala. Me condujo hasta él Enrique Ortego, un periodista aragonés asesor de Rolando que iba con frecuencia a Guatemala y firmaba sus artículos por razones de seguridad con el seudónimo Raúl Marín. Rolando, cuando llegaba a Managua permanecía en la casa de Enrique Corral y su esposa, un ex sacerdote riojano al que llamábamos Abel. Enrique formaba parte de la dirección del EGP. De Rolando me impresionó sus profundas convicciones políticas y morales, su talante sereno y su voz, una voz propia de un locutor de radio o de solista de un orfeón. Era hijo de militar. Murió su padre y a los catorce años se fue para Honduras a estudiar agricultura. En el

centro de estudios enfermó de tuberculosis y fue trasladado a un hospital en el que había dos enfermos en cada cama. Allí conoció al viejito José de la Rosa Velásquez que resultó ser comunista. Después de año y medio de hospitalización se fue a trabajar de peón camine-ro, en las carreteras. Ya era otro. Regresó a Guatemala y se sumó a las luchas contra el golpe militar al gobierno de Juan José Arévalo. En 1963 se echó al monte. Después de aquella primera cita con Rolando lo volví a ver con alguna regularidad. Siempre me impresionó de él su amor por los pobres. A varios comandantes y dirigentes de las Fuerzas Populares de Liberación conocí también en Managua. Con algunos de ellos estreché una amistad que permanece. Un día me llevaron a una casa franca de Villa Panamá y allí me encontré por vez primera con Salvador Sánchez Cerén que usaba el seudónimo de Leonel González y era el sucesor de Cayetano Carpio «Marcial» en la jefatura. Yo lo sigo llamando Leonel. Estaba esperándome con Jesús Rojas que era Jesús Cardenal «Chusón» y Ricardo Gutiérrez a quienes ya conocía. Gutiérrez es guatemalteco, dirigió el frente de San Vicente y se fue para su país tras la firma de la paz. De aquella reunión surgió un libro que publiqué conjuntamente con Marta Harnecker a finales de 1989. Tuve mucha relación con otros comandantes como Medardo González en la clandestinidad Milton Méndez, y Facundo Guardado cuyo verdadero nombre es Esteban Cabrales. Luego me presentaron a Salvador Samayoa que tiene un hermano gemelo y cuando veía a uno de ellos en algún restaurante de Managua no sabía con seguridad cuál de los dos era. Desde Villa Panamá mis contactos fueron cada vez más asiduos y firmes. A Facundo yo lo admiraba mucho. Campesino autodidacta era y es sumamente listo, con una intuición grande. Era además un guerrillero venerado, un líder que dirigió la ofensiva general contra la capital San Salvador a finales de 1989. Me gustaba conversar con él. Hacia pausas largas y comentarios agudos. Nos veíamos en una casa del barrio Pancasán, bajo unas palmeras y era una delicia conversar con Facundo. Hacia 1995 dejamos de vernos cuando él ya se inclinó por la tesis socialdemócratas de Samayoa que a su vez era seguidor del mejicano Castañeda, e intentó con un éxito sólo temporal hacerse con la dirección del FMLN. Fueron sus métodos beligerantes y el apoyo que recibió de la prensa derechista lo que no me gustó. A la casa de Pancasán llegaban Milton Méndez y Ricardo Gutiérrez. Hablábamos larga-

mente y finalmente repasábamos innumerables asuntos concretos. Con Milton me veo siempre que llego a San Salvador, y lo mismo con Leonel. Mis amigos de las FPL tuvieron la deferencia de invitarme como parte de su elenco a la firma de los acuerdos de paz en el Castillo de Chapultepec de ciudad de México, algo que siempre será para mí un bonito recuerdo.

La guerrilla salvadoreña gozaba discretamente de la solidaridad sandinista. Había pequeñas clínicas a las que llegaban combatientes para largas convalecencias tras cruzar furtivamente la frontera. Radio Venceremos tenía su estudio en las afueras de Managua y sus antenas cerca de la frontera con El Salvador. La agencia de prensa Salpres trabajaba desde una oficina en el barrio Altamira de Managua, dirigida durante un tiempo por Juan José Dalton, el hijo del poeta Roque. En dicha oficina trabajó una vasca, amiga nuestra de toda la vida, María Dolores Tena, que luego se fue para El Salvador con un proyecto periodístico cuando aún no se había firmado la paz. Frente al ministerio del Interior, al otro lado de la calle, estaba la redacción del periódico Venceremos que la guerrilla distribuía con la complicidad del FSLN. Las organizaciones guerrilleras tenían pupuserías y pequeñas cooperativas de producción trabajadas por refugiados.

Lo significativo, regresando al hilo de la reflexión, es que un pequeño país, agredido, no renunciaba a su derecho a la solidaridad con movimientos insurgentes hermanos y la llevaba a cabo a pesar de la vigilancia norteamericana que aprovechaba cualquier oportunidad para acusar a Nicaragua. Más aún, el gobierno de Reagan y luego el de Bush justificaban la guerra por el apoyo que los sandinistas daban a las guerrillas de El Salvador. Pero ni el gobierno ni el FSLN claudicaron y renunciaron a sus principios en este punto.



II. LA AVIDEZ POR LA HUMANIDAD NUEVA

El anhelo de crear una humanidad nueva liberada de los males sociales es algo muy antiguo, propio de los reformadores que han soñado la posibilidad de volver a fundar un mundo armonioso. Es una esperanza humanista que arranca de la crítica y la desazón, del malestar con la sociedad del presente, y de la no resignación con los males sempiternos de la existencia humana. En esta empresa, el regenerador social y el religioso han coincidido con frecuencia. Así sucedió en Nicaragua. La revolución sandinista, su literatura, cargaba las tintas en el sagrado deber de construir mujeres y hombres místicos, no contaminados por ambiciones personales ni por ideas del orden antiguo. Tarea complicada puesto que ningún colectivo humano parte *de cero* y es siempre lo suficientemente antiguo como para ser portador de innumerables resabios negativos. La multitud sandinista que derribó a Somoza y defendió la revolución durante los años ochenta no era una página en blanco. Por ello el primer paso de esa utopía era dibujar, patentar, en versión nacional el hombre nuevo que había imaginado el propio Che Guevara, para establecer seguidamente un rigor ético, una doctrina y una didáctica social. En Nicaragua los nombres propios de un pasado heroico reciente sirvieron como indicadores de la meta a alcanzar: Arlen Siu, Julio Buitrago, Jorge Navarro, Eduardo Contreras, María Castil, Luisa Amanda Espinosa, Pablo Ubeda, eran entre muchos los paradigmas de una nueva moral, de una humanidad a reinventar. De Pablo Ubeda siempre se hablaba como si se mentara al más santo de los santos. Propagandista del sandinismo en los años sesenta había recorrido las cordilleras

del norte, después de las jornadas guerrilleras del río Coco y Bocay en 1963, organizando bases logísticas hasta su caída en Pancasán, dejando abierta una reflexión acerca de la importancia del trabajo popular. Años visitando choza por choza, caserío por caserío, cruzando cañadas y vadeando ríos, caminando solo por veredas, durmiendo en las quebradas sin más amparo que la vegetación, desde las altas montañas hasta los manglares de la Costa Atlántica, la hazaña de Pablo Ubeda, cantada por Carlos Mejía Godoy era la del espíritu revolucionario hecho carne. De Jorge Navarro escribió Leonel Rugama:

Era tan valiente como para no morir de tristeza.
Hablabla en las asambleas
y una vez hizo un periódico
tenía un acordeón
pero sabía que hay un deber de cantar
y otro de morir
murió con los pies engusanados
por el lodo de Bocaycito
pero resucitó
el mismo día
y por todos los lados.

En homenaje a Julio Buitrago el mismo Rugama escribió un poema que empieza así: Nunca contestó nadie/ porque los héroes no dijeron/ que morían por la patria/ sino que murieron.

Junto a los nombres propios la mitificación de la montaña emerge en una amplia literatura de vidas ejemplares. La idea de que es en medio de enormes privaciones, sufriendo hambre y enfermedades, donde se reúnen las condiciones más óptimas para nacer de nuevo, para forjarse como mujer y hombre nuevo a partir de la negación individual, toma una fuerza más sentimental que racional de un calado enorme. La figura de Henry Ruiz «Modesto», en los años ochenta ministro de Planificación, surge nuevamente con ventaja. De él me dijo Omar Cabezas: «Yo no me puedo olvidar que Modesto hacía como que comía cuando nos estábamos muriendo de hambre con un guineo podrido, un pedacito, que comíamos cada día, y él hacía que comía para dar su ración a los compañeros heridos, porque si los

compas heridos se daban cuenta que Modesto no comía, jamás le hubieran aceptado su guineo podrido, habrían preferido morir». La montaña como escenario de la solidaridad más grande era pintada como superior a la ciudad donde el peligro frente a la guardia somocista era mayor pero los combatientes gozaban de muchas ventajas personales. La montaña forjadora de valores para siempre era así ensalzada de un modo exagerado, irreal, situando a la humanidad nueva como resultado de una experiencia extrema casi inhumana. *Yo tuve un hermano que iba por los montes mientras yo dormía.*

Más acorde con la realidad, Mónica Baltodano, que también fue viceministra, ha escrito a propósito de la gesta sandinista: «Una vez más había brotado de la historia el germen irreductible de la conciencia humana, esta vez en la pequeña Centroamérica, en el pecho de hombres y mujeres, germinaba la recurrente aspiración a la libertad, a la igualdad, al bienestar, la independencia, la equidad, el amor y la dignidad. La esencia de la confrontación se derivaba nuevamente, de una feliz reincidencia: un pueblo había tomado su decisión. La de luchar. Surgida de lo que siempre ha sido el motor de la acción y el discernimiento de los pueblos, clases, grupos e individuos; a saber, la posibilidad de acceder a la conciencia o mejor aún, al decir del destacado intelectual sandinista Orlando Núñez a la insurrección de la conciencia». Precisamente Núñez publicó en 1988 un libro con ese mismo título tan sugerente. En él, desde un enfoque marxista que rescata la tradición libertaria el autor centra su atención en la necesidad de crear un nuevo mundo subjetivo que responda a la vida política pero también a la política de la vida. Propone la transformación de la vida cotidiana sin esperar al principio ortodoxo del desarrollo de la economía y de la tecnología, y plantea algo tan profundo como la construcción social de una moral que actúe en las relaciones familiares, sentimentales, de amistad, de género, resituando algo que la izquierda universal había perdido y era y es la más clara señal de su declive: la lucha por una nueva civilización. Lo que Núñez propone en su libro de 1988, a dos años de la derrota electoral del sandinismo que será el comienzo del fin de todo un sueño, va más allá de la moral y de la mística de la revolución. Esta última sellaba las hazañas, la entrega de la vida por una idea de liberación colectiva, nacional, y reconocía la solidaridad como expresión de la defensa a vida o muerte de un poder conquistado, pero rara vez tocaba la vida privada, el

ámbito donde el más osado guerrillero podía ser un señor feudal, un machista, un irresponsable como padre, o también un tipo autoritario, soberbio prisionero de su propia fama. Y es que la gesta sandinista siendo una rebelión contra la dictadura, la pobreza, y por la libertad, abre una ruta hacia la creación de nuevas relaciones sociales, de una nueva identidad nacional, de una cultura que deje atrás las relaciones entre amo y esclavo tan propias de un mundo como era la Nicaragua de los Somoza; pero dicha oportunidad tenía que pelear una dura batalla con el pasado. La propia Mónica Baltodano lo reconoce de esta manera: «El universo subjetivo, el espacio de los valores, el mundo de la cultura, continuó pagando el tributo de los esclavos: la sumisión y la dependencia al pasado. Ello se puso en evidencia, sin ambigüedad alguna, en los reveses políticos sufridos por la revolución sandinista en 1990 y 1996». Era realmente muy difícil esperar la insurrección de la conciencia de la manera propuesta por Núñez, pero al hacerlo plantea un debate que supera probablemente sus expectativas. ¿Es posible, tal y como propone, una moral revolucionaria en contraposición a la moral burguesa? Sinceramente, me parece atrevido plantear la cuestión de esta manera, pero al hacerlo Orlando Núñez da la razón a quienes señalan la complejidad de edificar una humanidad nueva, ya que tal vez la cuestión central no radique en reinventarla sino en querer a los mejores hombres y mujeres y respetar la dignidad de todos.

Hay que reconocer que «*La insurrección de la conciencia*» haciendo honor al lado libertario de su autor defiende un valor que chocaba con la ideología predominante: reivindica el individuo. Si no es para la felicidad de cada individualidad, de cada persona, los logros de la revolución siempre serán deficientes. De ahí que transformar la energía espiritual alienada de cada individuo sea para Núñez tan importante como la gran tarea colectiva de la revolución política. Pero, desde mi punto de vista, esa avidez por la humanidad nueva, cae en la tentación de proponer el fin de las contradicciones, la conquista de la armonía, mediante una moral socialista, revolucionaria, que superará la moral burguesa herencia del pasado. En una rápida respuesta cabe decir que los valores morales a construir socialmente no son distintos de la moral de la humanidad. Una moral revolucionaria contrapuesta a la burguesa debería estar tasada, justamente para señalar las fronteras y las diferencias; pero no parece pertinente abogar por un cón-

go moral, un enunciado de preceptos y criterios para distinguir el bien y el mal. Tiene muchos inconvenientes, ya que las definiciones precisas y formales alimentan una comprensión formalista y un debate igualmente formal para ver si tal o cual comportamiento se ajusta al código. Para hacer más complicado el asunto dicha moral revolucionaria está ligada, según el enfoque de Núñez, a la naturaleza del movimiento obrero que define como llamado a portar la ética del cambio, de modo que es la clase obrera la llamada a liderar la regeneración moral de la sociedad. Lo cierto es que en la propia Nicaragua sandinista esta posibilidad estaba muy lejos de hacerse realidad. Vincular la nueva moral a las supuestas virtudes *per se* de una clase es sin duda muy arriesgado. En la Nicaragua de los ochenta una parte notable del campesinado era desafecta de la revolución y muy vulnerable al discurso político conservador y al religioso tradicional. Por otra parte la clase obrera urbana era un segmento social pequeño no compacto en el que tenían peso, también, partidos con escaso espíritu revolucionario.

Desde luego las reflexiones de Orlando Núñez ponían en este punto el dedo en la llaga. De entre los cuadros sandinistas era en esos años, con mucho, quien más pensaba sobre la importancia de hacer de la revolución una oportunidad para el cambio individual, personal, yendo más allá de la gesta colectiva y del valor en el combate. Su propuesta sobre la subversión del amor, la rebelión contra el machismo y por el fin del patriarcado, es un canto a los mejores sentimientos que anidan en los seres humanos, a la ternura, a la amistad y a la igualdad, y es asimismo una apuesta por una nueva familia superadora del patriarcado y de la represión del placer. Orlando pertenece a esa minoría de sandinistas que cuestionan las relaciones de poder patriarcales, algo muy alejado de la visión y los comportamientos de la gran mayoría de dirigentes y cuadros que aprovecharon su lugar en el poder para, con un lenguaje progresista, reproducir los viejos hábitos machistas y acercarse a las mujeres de un modo muy poco revolucionario. En esta misma línea de tensión y búsqueda de un cambio interior, individual, había escrito Gioconda Belli «*Amor insurrecto*» y se expresaban cristianos muy significados en «*Revolucionarios por el evangelio*» de Teófilo Cabestrero.

A propósito de la avidez por una humanidad nueva un día del mes de julio de 1987 entrevisté a Eduardo Galeano para la revista

Pensamiento Propio. El escritor uruguayo era por entonces amigo de Tomás Borge, del que se distanciaría tras la *piñata* de 1990. Cuando llegaba a Managua solía establecerse en casa del ministro del Interior en el barrio de Bello Horizonte. Confieso que fue para mí una bonita experiencia compartir dos horas con el mago autor de la trilogía «*Memoria del Fuego*», incapaz de transmitir una idea o un sentimiento si primero no lo ve cerrando los ojos. Galeano se mostró coincidente con Orlando Núñez en las críticas a la concepción economicista que subordina el factor subjetivo a un mecanismo de relojería que reconoce las evoluciones sociales como determinadas decisivamente por consideraciones objetivas menos sentimentales. En su visión del Che Guevara —objeto de la entrevista— Galeano destaca que él le devuelve a la conciencia el valor protagonista que tiene en la historia humana. Y añade: «Su concepción del hombre nuevo tenía en cierto sentido un costado de monje, pero esa concepción es una contribución esencial para las revoluciones. Este mundo que se parece a un campo de concentración, para que sea de veras una casa de todos requiere de hombres nuevos. El Che concebía la revolución como un camino de santos y eso es excesivo, pero tiene un sustrato ideológico de verdad». Estoy de acuerdo.

El impulso ético conduce al Che a una interpretación antropológica del marxismo. Y este es el meollo de su pensamiento y de su modo de actuar. En su visión el hombre, la mujer, sustituyen al desarrollo económico y la tecnología como los factores principales del cambio. Rompe con el economicismo y denuncia una idea de socialismo basada en el reparto de los bienes. A él le interesa una nueva sociedad, una nueva civilización, unas nuevas relaciones sociales, humanas y sentimentales; su socialismo es una aventura moral. Por eso dirá que no es el incentivo material sino el moral el que debe prevalecer. Piensa que los dos deben combinarse, por necesidad práctica, pero advierte que el incentivo material es una herencia pesada, no un factor de la nueva sociedad. De ahí surge su idea del hombre y la mujer nuevos. Una concepción que rompe con el marxismo soviético y enlaza —tal vez sin querer— con la corriente histórica del socialismo utópico. De hecho la evolución del Che con respecto a la URSS fue cada vez más crítica, no le gustaban ni los métodos fordianos, ni las concepciones economicistas, ni la escasa calidad de los productos soviéticos. Para él el factor humano era el eje del desarrollo del

socialismo. Pero, precisamente, este es el punto de partida de su problemática concepción del partido; la idea de vanguardia leninista aparece una y otra vez como garante no sólo de una conducción correcta de la revolución, sino también como instrumento de educación del pueblo, es decir como tutela moral necesaria. Desde luego se trata del partido único que atraviesa todos los nervios del Estado y de la sociedad. Del mismo modo, su concepción del militante y del cuadro del partido se acerca a la de un apóstol de la revolución. El nivel de exigencia del Che Guevara nos remite a una concepción salvífica, redentora, en la que el partido es una agrupación de «elegidos», y hay ahí como un desencuentro entre la realidad y su pensamiento. Ahora bien sus actos están llenos de ejemplaridad. Entre lo que dice y lo que hace hay una unidad completa. En el trabajo voluntario, arrastrando un asma que a veces le hace aparecer como un ser agonizante, corta caña o maneja un tractor, pero no para la fotografía sino con una intensidad y una sinceridad que ni sus enemigos han discutido. El hombre se presentaba en una fábrica y se ponía a trabajar de peón en horas nocturnas, sin que apenas nadie lo supiera, ante la alucinación de los trabajadores del turno. Siempre cobró el sueldo mínimo, dos o tres veces por debajo del salario de un técnico. Cuando tiene conocimiento de que las provisiones de alimentos que llegan a su casa son superior en número a la de cualquier familia cubana, en razón de su cargo, suprime inmediatamente los suplementos en alimentación de los que se beneficiaba su propia familia. Era partidario de un modelo de sociedad autosuficiente, donde los valores éticos predominen sobre los mercantiles, y donde el bien común sea el valor por excelencia. Hay en este último punto una inspiración radical. Es así que debe distinguirse el impulso moral como inspiración, como raíz para la acción política, ya que en última instancia el cambio de sociedad nos remite siempre al deseo de mejorar la condición humana, de la moral como concepción estatal que nos remite a una idea peligrosa de Estado normativo, de sociedad vertical, tutelar, en la que los filósofos, la vanguardia o los líderes determinan lo que le conviene a la gente. Pienso que en el Che se encuentran las dos miradas.

Pregunté a Galeano por el rigorismo moral del Che, demasiado severo, y el escritor me dio esta respuesta: «Es el caso de que no podía ver que en Cuba hubiera gente vendiendo refrescos en la calle. Te pongo

este ejemplo que se puede visualizar rápidamente. No le gustaba nada la idea de que alguien pudiera tener afán de ganancia. En el fondo temía que allí pudiera haber un pequeño Rockefeller, un huevito de capitalismo, un competidor. Y él deseaba una sociedad que no fuera lobo del hombre; una sociedad donde nadie compitiera con nadie, como no fuera en la realización de la solidaridad plena, en el ideal de la fraternidad humana. Entonces él sospechaba mucho de que un vendedor de refrescos fuera un embrión del pasado que retorna. Es que el Che tenía una concepción de una sociedad de santos y sin embargo las cosas están más sucias de barro humano; hay como una gran distancia entre el pensamiento del Che y la realidad». Ciertamente también en Nicaragua había esa brecha entre la insurrección de la conciencia propuesta y la práctica de la vida. La ilusión de fundar una sociedad hecha de abrazos donde a cada uno le duele el dolor del otro y la solidaridad sea el eje de la vida en lugar de la codicia y del individualismo, y los estímulos morales sean el premio anhelado por la gente, chocaba no sólo con ese pasado que denuncia Mónica Baltodano, sino incluso con la pobreza que presentaba una escasez de bienes que alentaba a la competencia social por adquirirlos.

El punto de vista de Galeano, muy coincidente con el de Núñez, contiene una valoración del Che que supera la imagen del bang-bang y rescata lo más atractivo de su personalidad: su coherencia —tan inhabitual— entre las ideas y los hechos, que es probablemente su rasgo más apreciado por millones de seres humanos. En la Nicaragua que resistía a la agresión norteamericana la percepción del Che era desigual y plural. Entre quienes lucían el rostro del argentino y cubano en sus camisetas había mucho revolucionario superficial, movido por una pasión deslumbrada por los rasgos más teatrales y violentos de la lucha. Personas aventureras, sin duda dispuestas a jugarse la vida, las había asimismo. De modo que en el campo confuso de la épica, muchas entregas y sacrificios tenían un carácter poco interiorizado y escasa conciencia de la complejidad de los problemas que debía enfrentar la revolución. Pero había asimismo, tal vez muchos más, seguidores del Che motivados por su misma visión desgarrada de las injusticias. Veían en Nicaragua lo que el Che había visto en la región andina en su iniciático viaje en motocicleta, y vivían lo que ocurría en el mundo rural y en los barrios de chabolas como el Che vivió su estancia en la leprosería de la Amazonia. Esta era la

realidad ambivalente, la amalgama en la que se mezclaban gentes conscientes y limpias con gentes arrogantes; gentes sectarias y dogmáticas con gentes fraternales, abiertas y flexibles; gentes con un talante democrático con gentes despóticas; gentes que iban a la muerte con una comprensión cabal de que la búsqueda de un mundo mejor debe consistir en la búsqueda de un mundo en el que no se fuerza a otros a sacrificar su vida en razón de una idea, con gentes que iban a la muerte en busca de una experiencia fuerte. Sin embargo, en la realidad, en aquella Nicaragua en que vivimos tiempos llenos, fuertes, de esos que te marcan la vida, no era fácil hacer una clasificación de quienes militaban en la épica y aparecían como portadores iguales de una misma moral. El escenario trepidante de la guerra con sus movimientos, despedidas, velatorios, partes de batallas, no permitía evaluar bien hasta donde la revolución era vida política o era también política de la vida, asunción interior de nuevos valores. Pero, además, las propias figuras elevadas a la categoría de ejemplos no siempre ofrecían valores claros.

En todo caso, en julio de 1979 se había alterado no sólo las estructuras políticas del país sino también la percepción colectiva sobre la realidad y el orden de las ideas. Un mundo nuevo, fuerza contra fuerza, pugnaba con el viejo, desatando una fuerza creadora incluso en medio de una guerra que invitaba al inmovilismo del poder. Fuerza para construir una identidad nacional nueva desde abajo. Que de ese loable esfuerzo surgiera el *milagro* de una nueva humanidad nicaragüense ya era mucho pedir. Aunque el sandinismo ha sido una hebra en la historia de la que tirar para hacer nacer y crecer la rebeldía frente a la sumisión, el orgullo nacional frente a la dependencia, la justicia frente a la pobreza estructural, era insuficiente hebra para la ingente tarea de construir el hombre y la mujer nueva. No fue poco lo que se logró: el florecimiento de nuevas concepciones sobre la vida y sobre las relaciones sociales, frente a la visión elemental y resignada del mundo, las concepciones religiosas casi mágicas y el individualismo conservador. Y por encima de todo, por primera vez, decenas de miles de hombres y mujeres se pensaron y se sintieron a sí mismos como sujetos protagonistas de un sueño que se abría camino a pesar de todo.



III. LA CAÍDA DE LOS DIOSES

A lo largo de los años he visitado Nicaragua en numerosas ocasiones, habiendo perdido la cuenta exacta. Con frecuencia he asistido a actos multitudinarios en los que miembros de la Dirección Nacional del FSLN han hecho discursos para una audiencia entregada incondicionalmente a los vítores y los aplausos. He evocado el entusiasmo de la gente sandinista viendo al presidente Chaves en la televisión tras su triunfo en el referéndum revocatorio. Cuando este último, desde el balcón de la casa presidencial, levanta la voz para decir «¡Vamos a asegurar la estabilidad de los mercados petrolíferos!» y el gentío responde con vivas me pareció asistir a un acto surrealista. En ese momento los chavistas podían haber aplaudido con fervor cualquier pronunciamiento del presidente en pro de la estabilidad de La Bolsa de Nueva York o de afirmación de que la Tierra es redonda. Algo así pasaba en la Nicaragua de los ochenta. La voz de los dirigentes era suficiente, tal era la decisión del pueblo sandinista de seguir las indicaciones de su identificada vanguardia. Y ese hecho, positivo en tiempo de guerra, contenía implícitamente un valor negativo: el seguidismo acrítico. Guardo de la época libros recopilatorios de discursos repletos de las siguientes indicaciones (Aplausos) (Aplausos prolongados) (Ovación) (Vivas) colocados tras párrafos significativos, algo que gustaba a los dirigentes, muy particularmente a Tomás Borge, y que a mí siempre me ha parecido presuntuoso, de mal gusto. Pasados los años hay dirigentes que apenas se dan cuenta que la multitud llena las plazas para darse el gusto, para homenajearse a sí misma, y prolongan sus discursos hasta la oscuridad y bajo la lluvia sin percibir que ya la mayoría está de regreso hacia los buses.

Cuando estaba preso, Tomás, encapuchado, reventado, las esposas clavadas a la puerta de la celda, echaba a volar la imaginación y ella lo llevaba muy adelante por el túnel del tiempo, hacia los días de la victoria y la creación de una nueva Nicaragua. Esto escribió Eduardo Galeano en 1981, para el libro *Los primeros pasos*, publicado por Siglo XXI, que recoge discursos aplaudidos, ovacionados y vitoreados de Borge. Hoy, a finales de 2004, me atrevo a decir que pocas figuras del sandinismo encarnan como Tomás Borge una metamorfosis más negativa. Su prosa encandiló a las gentes sencillas del sandinismo y a los internacionalistas no sólo por el buen uso del lenguaje sino porque también expresaba sentimientos y una intransigencia en la defensa de las conquistas revolucionarias. Lo entrevisté en el mes de enero de 1984 y confieso que me capturó su manera de decir, su firmeza política, su aparente desprendimiento de bienes materiales. Desde entonces mantuvimos unos vínculos que dieron lugar a su presencia en el estado español en 1990, tras la derrota electoral del FSLN, para presentar en una pequeña gira su libro de poemas *La ceremonia esperada* que tuvo buena acogida en los medios de la solidaridad. Posteriormente, en 1991, le arreglé la publicación de *El arte como herejía* también en la editorial Gakoa, y le acompañé a Barcelona donde debía entrevistarse con Carmen Balcells, representante de los más grandes escritores en lengua castellana, pues tenía en marcha un libro de entrevistas a Fidel Castro y buscaba como promocionarlo. Su libro de poemas comienza con un recuerdo a Leonel Rugama «¡Ya platicamos! Ahora vamos a vivir como los santos» y el segundo sobre el arte contiene una dedicatoria a Eduardo Galeano, antes de que el escritor uruguayo tomara distancia. Es obvio que en aquellos años yo era uno de los muchos que veía en el multifacético Tomás Borge, único fundador vivo del Frente Sandinista, a un tipo apasionante, a un hombre como que fuera muchos hombres, potente y conmovedor orador, de enérgica y multiforme vida, en palabras del gran José Coronel Urtecho. Lo veía firme y a la vez espiritual, duro y sensible. El heredero más directo de Carlos Fonseca.

La evolución de Tomás Borge, convertido en adulator del ex presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari —en pago a favores recibidos—, en un lamentable libro que tuvo la inoportunidad de salir a la luz pocas semanas antes de que todo el clan fuera acusado de estar metido en el mundo de la mafia, fue tan sólo la referencia de un pro-

ceso cupular del que formaban parte otros conocidos dirigentes del Frente Sandinista.¹ Lo cierto es que a mediados de los noventa, tras el Congreso Extraordinario del FSLN en 1994, comenzaron a llegar noticias alarmantes. Aquellos en los que habíamos creído comenzaban a ser otros; o eran los mismos sólo que despojados de toda envoltura. Los efectos de la *piñata*, durante tres años justificada como una transferencia de recursos al partido asomaron presentando la verdadera cara de la metida de mano al Estado, y la austeridad dio paso a la avaricia, la solidaridad al individualismo, los ideales políticos al mundo árido de los negocios, despilfarrando el patrimonio ético del partido sandinista y haciendo de ello algo mucho más doloroso para las bases sandinistas que la misma pérdida del poder. Comenzó entonces un doble discurso y la política de la verdad que había sido un lema de la revolución fue rápidamente sustituida por una política de la confusión: se decía una cosa y se hacía otra. Se rechazaba al gobierno neoliberal y se buscaba con él pactos para el reparto del poder. Todo ello acentuó la pérdida de un consenso interno que desde la derrota electoral estaba dañado. Entonces se visibilizó con mayor claridad la existencia de corrientes dentro del sandinismo así como también el desplazamiento hacia la vida privada y profesional de algunos miembros de la Dirección Nacional. Luis Carrión, Jaime Wheelock y Henry Ruiz, dejaron de ser parte de la cúpula dirigente y el doctor y escritor Sergio Ramírez que venía luchando por la democratización del partido en todas las esferas puso en marcha el Movimiento de Renovación Sandinista con la ex comandante Dora María Téllez como lideresa operativa. El paso dado por Sergio Ramírez fue la culminación de un proceso doloroso en el que sufrió ataques personales desde Radio Ya, lo mismo que su hija María «acusada» de lesbiana a todas horas como si ello fuera algo malo. Reunió a su familia en su pueblo natal de Masatepe y les anunció su renuncia al FSLN que enseguida dio a conocer a través de una multitudinaria rueda de prensa.

Tras el Congreso Extraordinario se abrió un proceso de desideologización que tras la derrota electoral de 1996 se orientaría

1. El libro de Tomás Borge de homenaje a Salinas, «Los dilemas de la modernidad» vio la luz, asimismo, poco antes de que estallara la ofensiva del EZLN en Chiapas, lo que contribuyó al desconcierto en Nicaragua

claramente al pacto con los liberales para configurar un bipartidismo que garantizara a ambos partidos cuotas de poder según estuvieran en el gobierno o en la oposición. Al mismo tiempo se dio inicio a un curioso proceso de retirada paulatina de la identidad del sandinismo siendo sustituido por un populismo cuasiconfesional. La culminación de este despropósito la pude comprobar el 19 de julio de 2002. Ese día, un año más, el pueblo sandinista se hallaba reunido en la gran explanada junto al lago capitalino Xolotlán. En la tribuna se encontraban los dirigentes sandinistas y un amplio grupo de personalidades invitadas. Intervino Rosario Murillo, mujer de Daniel Ortega, quien nos habló de la fuerza del amor como motor de las transformaciones sociales. Luego lo hizo su hijo mayor Laureano estudiante de canto en Italia, quien con voz de tenor nos cantó el Ave María, lo que dio lugar a un comentario elogioso del propio cardenal Obando. Seguidamente, la hija menor de Tomás Borge recitó un poema, e inmediatamente su mujer Marcela López nos deleitó con una canción. Después hablaron Borge y Ortega, cerrando el círculo de la ocupación de los micrófonos por parte de las dos familias, dando así un sesgo hasta entonces desconocido a los aniversarios del 19 de julio. Rizando el rizo, el 19 de julio de 2004 cambió su horario habitual, perjudicando con ello a miles de sandinistas de todo el país, obligados a regresar ya echada la noche, a fin de que la mañana del 19 fuera ocupada por una gran misa en la catedral en la que los dirigentes sandinistas, incluido el temido ex jefe de los servicios secretos Lenin Cerna, pidieron perdón a la iglesia católica.

La pregunta pertinente a la vista de semejante enajenación puede ser esta: ¿cómo es posible que la actual dirigencia sandinista actúe de este modo sin oposición alternativa en el interior de su propio partido? Conviene una reflexión que contextualice el asunto.

Las fuerzas que tomaron el poder en 1979 no eran una masa horizontal sino un conglomerado jerarquizado. Es decir, las fuerzas del sandinismo no estaban dispuestas de cualquier forma sino de acuerdo a las necesidades de la guerra contra Somoza; eran una estructura piramidal en cuya cúspide figuraba una minoría relativamente especializada, formada por hombres cultos, esto es, por personas que generalmente ni eran obreros, ni mujeres, ni campesinos, sino miembros de esa minoría de hombres que han tenido la oportunidad de acceder a una cultura superior. Este es el contra-poder que en Nica-

ragua se convierte en poder concentrado en nueve personas, la Dirección Nacional del FSLN.² Cuando fue institucionalizada la Asamblea Sandinista ésta sólo tenía un carácter consultivo. Todo el poder de decisión estaba concentrado sin que en la cultura política predominante en el sandinismo se diera importancia a este hecho.

La dinámica que permitió acceder al poder presentaba por consiguiente una contradicción con una dinámica de marcha hacia una sociedad de nuevo tipo. La disposición de las fuerzas rebeldes, su configuración concreta, su estructuración y constitución, había sido eficaz para derrocar a la dictadura, pero era insuficiente para caminar hacia la nueva sociedad. Se trata de una dinámica paradójica que enseguida puso las energías liberadoras, espontáneas y reivindicativas al servicio de las estructuras estatales creadas. La lógica de la revolución pasó a ser la lógica del Estado que a su vez estaba subordinado a las decisiones de la Dirección Nacional; la sociedad terminó ocupando un lugar subordinado. El peso de lo militar se hizo excesivo y dio lugar a fenómenos de jerarquización acusada, uniformación del discurso y un tratamiento rígido de la disidencia; lo armado pasó a ocupar un tiempo y un espacio demasiado grande en la sociedad. Lejos de ser un tránsito, el poder sandinista acabó convirtiéndose en un sistema político erigido como fin en sí mismo.

Tomar las colinas dominantes del sistema político no fue probablemente lo más difícil; construir un poder realmente popular y democrático resultó ser más complicado. Es verdad que en Nicaragua los sandinistas más conscientes y preparados, una minoría, tuvo que afrontar en muy poco tiempo nuevas tareas de grandes magnitudes: asegurar el funcionamiento de la maquinaria administrativa y de los poderes públicos, poner en marcha una economía con un poderoso sector estatal, y ocupar el Estado. Todo ello sin cuadros experimentados y en una sociedad en la que sólo una minoría posee una formación superior. La tentación de monopolizar los mecanismos políticos y militares y la cúspide de la economía, fue grande desde el principio, de manera que las esferas de toma de decisiones importantes escapa-

2. Inicialmente se llamaba Dirección Nacional Conjunta y fue el periodista y dirigente Julio López quien propuso el cambio de nombre en una de las primeras reuniones de cuadros.

ron a las mayorías populares, bastante ocupadas en resolver sus problemas económicos cotidianos y en hacer frente a la guerra de los contras.

Es así que el 19 de julio de 1979 nos encontramos con un poder integrado por el Frente Sandinista (un partido de configuración singular, resultante de la unión de tres corrientes: la tercerista, la proletaria y la de guerra popular prolongada, si bien en el reparto del poder la primera de ellas acumuló ventajas), el ejército revolucionario en formación y unas organizaciones de masas crecidas al calor de las insurrecciones de 1978 y el primer semestre del 79. Y dadas las condiciones de atraso y escasez de recursos, la vanguardia de la lucha contra Somoza se convierte en fuerza gestora del nuevo Estado. De repente, lo que era una fuerza dinámica de la revolución sandinista pasa a dirigir el Estado y debe elaborar y aplicar políticas de gobierno: la vanguardia revolucionaria incorporada a la gestión estatal. La fusión excesiva entre la dirección del partido y la dirección del Estado, planteó dificultades importantes para la extensión de la democracia. La subordinación del Estado al partido implicó también, simultáneamente, la subordinación del partido al Estado. La gestión pasó a ocupar el primer lugar y la llamada vanguardia, como fuerza social revolucionaria, tendió a diluirse, quedando prisionera de las políticas gubernamentales.

Es cierto que el nuevo poder no produjo en los años más duros de los ochenta un proceso de diferenciación social importante entre las élites dirigentes y las bases sociales del sandinismo —como en el caso de los países del Este de Europa donde se conformaron poderosos grupos estables y cohesionados que formando una casta se expresaban con el lenguaje del marxismo—, y que hubo una voluntad inconclusa de ir transfiriendo esferas de decisión a la participación popular. Pero ambos hechos no pudieron evitar el dislocamiento entre poder y sociedad como luego mostraron las elecciones que ganó la oposición en 1990. La esfera del poder político inmediatamente ejercido por una minoría, sobre todo en los niveles dirigentes superiores, no dio suficiente espacio de libertad a los agentes que debían actuar como mediaciones —las organizaciones sociales— para la democratización del poder, en medio de una situación de emergencia económica y militar permanente. La extensión de la elegibilidad en el aparato estatal chocaba, por ejemplo, con la especialización im-

prescindible en muchas áreas y, sobre todo, con la necesidad de una estabilidad política desde la que poder repeler la agresión norteamericana. Lo cierto es que, en la práctica, el proceso de formación del nuevo Estado en Nicaragua se dio en medio de una tensión permanente entre las tendencias a instituir y reproducir prácticas que condujeran al Estado y a la vanguardia en el gobierno a consolidar un sobre-poder fuera del control popular, lo que daría como resultado un régimen estatista, poderosamente burocratizado y autoritario, y quienes luchaban por oponerse a cuanto significara separación de las bases populares y aumentar un sobre-poder. En la primera de las posiciones figuraban los sectores más formalmente marxistas como Tomás Borge y Bayardo Arce, en la segunda estarían sectores procedentes del cristianismo de base con una vocación comunitarista, como los hermanos Cardenal, Mónica Baltodano, Dora María Téllez, Víctor Hugo Tinoco. Por su parte, los hermanos Ortega se adaptaron rápidamente al núcleo más duro del partido, y Sergio Ramírez a los Ortega en un acto de pragmatismo político.

Como indica el profesor Víctor Pozas desde el primer instante el Frente Sandinista se vio abocado a la tarea prioritaria de crear y desarrollar un conjunto de instituciones pilares del poder revolucionario. En términos globales la mayor parte de la militancia sandinista (el 80% aproximadamente en 1983) trabajó dentro del aparato estatal, siendo de destacar que los mejores cuadros históricos fueron destinados desde el primer momento a las Fuerzas Armadas y al ministerio del Interior.³ Durante estos años, no es un secreto que la transformación del Estado y el sostenimiento de su maquinaria, dejaron en segundo lugar el fortalecimiento de las organizaciones de masas e incluso la propia construcción del partido. El enorme esfuerzo de los sandinistas por repeler la agresión norteamericana y hacer funcionar al país, se multiplicó hasta el punto de que había muchos militantes que andaban simultáneamente con la gorra de la Asociación de Trabajadores del Campo, el sombrero de la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos, el *blue jeans* del partido o la guayabera de diputado. Una cierta confusión se dio no pocas veces al querer hacer

3. Pozas, Víctor (1988), *La revolución sandinista 1979-1988*, Editorial Revolución-Talasa, Madrid.

funcionar al Estado como un partido, al partido como un Estado, y a las organizaciones de masas como organismos del partido. No cabe duda que la guerra contribuyó a una concentración de prioridades en torno a la defensa, a costa de otras necesidades políticas. Durante años las organizaciones de base jugaron un papel de apoyo de las políticas decididas por el Gobierno y por la dirección del FSLN, lesionando su función histórica como expresión directa de los movimientos populares. Esto les llevó a una cierta burocratización en su funcionamiento y a una insuficiente vida política. Pero tampoco debemos olvidar que la necesidad básica durante años fue la sobrevivencia y ello convocó al cierre de filas antes que al pluralismo de ideas y de prácticas sociales. Y, debe tenerse en cuenta, además, las propias limitaciones de unas organizaciones nacidas desde la dirección del sandinismo que agrupan desde el primer momento a miles de hombres y mujeres de limitado nivel político y corta experiencia organizativa.

La construcción del poder político giró pues en torno a la maquinaria estatal, en primer lugar, y ello fue la obra de un destacamento político-militar, que tenía tras de sí una vida partidista democrática más bien escasa, como producto de la férrea clandestinidad bajo el somocismo.⁴

Este es más o menos el contexto que explica actualmente la debilidad de una oposición interna que ponga freno al proceso que protagonizan los dirigentes del FSLN. Ellos han actuado siempre desde la omnipresencia y el monopolio del poder partidario y más ahora cuando tras la pérdida de la unidad interna tuvo lugar una pérdida de las estructuras lo que dio lugar a la atomización y dispersión de las críticas y de la vida política de la membresía.

Con respecto a las corrientes dentro del sandinismo son interesantes las observaciones del periodista William «el Chele» Grigsby, director de Radio La Primerísima, emisora referente de la izquierda

4. El modelo sandinista de poder era en realidad un intento de copia del modelo cubano, lo que era por otra parte bastante lógico, teniendo en cuenta el peso específico de este último sobre el conjunto de la izquierda latinoamericana. Una influencia que en el caso de la Nicaragua sandinista se tradujo en la presencia de muchos políticos y militares cubanos de alto rango incrustados en los ministerios, con la misión de asesorar en los lineamientos económicos y de diseñar estructuras militares y policiales en las que jugaban un papel importante las masas organizadas.

del FSLN en la que la comandante guerrillera y ex viceministra Mónica Baltodano y el histórico Julio López hacen comentarios políticos de actualidad. Según Grigsby el segmento mayor del sandinismo corresponde al desencantado, no sólo del FSLN sino de la política en general. En este segmento se combina una íntima convicción sandinista y una expresión política apática. Un segundo segmento, infinitamente inferior en número, lo forman quienes hacen militancia política activa, no siendo sin embargo una realidad monolítica, ya que una parte apoya la gestión de Daniel Ortega en tanto que otra se coloca netamente a su izquierda. Se trata en todo caso de un segmento reducido a un esqueleto organizativo. Un tercer segmento lo componen quienes siendo políticamente activos no regresarán al FSLN mientras continúe bajo dominio de la actual dirigencia. Para Grigsby, la regeneración y refundación del Frente Sandinista debe encontrar nuevos dirigentes y proyecto dentro de las tres corrientes. En todo caso reconoce que es una tarea de largo plazo.



IV. EL SANDINISMO PERPLEJO

Aquella noche del 25 de febrero de 1990 nos hizo trizas. Temimos el fin de un sueño del que solo quedarán las sombras de la luz, los sonidos de las consignas flotando en el ambiente, los días felices agotados ya en la ciudad que crepitaba como una gran hoguera. No nos equivocamos. Durante un tiempo quisimos creer en la promesa de Daniel Ortega de que el FSLN seguiría gobernando desde abajo. Y creímos también en que la dirigencia sandinista entregaba el poder como lo había logrado, con las manos limpias, pobre. Era la necesidad de agarrarnos a un clavo ardiendo, de seguir manteniendo en nosotros una ilusión alimentada de sentimientos y de experiencias personales y colectivas irrepetibles. Luego, el paso del tiempo nos haría ver que el juego democrático tiene sus reglas y que el gobierno real sólo era posible desde arriba. Y nos hizo tomar nota que la corrupción había tocado fibras sensibles de aquella dirigencia de la que éramos casi fans, fanaticada, barra, hinchada, devotos.

Sin duda más afectados estaban los dirigentes. Ellos que vaticinaban un triunfo seguro de acuerdo con los «datos de la calle» facilitados por cuadros intermedios que se preocuparon más de ser portadores de buenas noticias ante sus jefes partidarios que de pulsar objetivamente la realidad, quedaron absolutamente noqueados por el insólito hecho, por la increíble sorpresa. Tan sólo unos días antes los dirigentes estaban radiantes ante medio millón de personas reunidas en la plaza Carlos Fonseca de Managua. Pero una parte notable de aquellos mismos asistentes al cierre de la campaña electoral del sandinismo actuaron como *güegüenses*, disfrazando su preferencia electoral

del mismo modo que los indígenas mostraban ante los colonizadores españoles una falsa sumisión. De este modo actuaron compañeros y compañeras de mi centro de trabajo con las cuales compartí la marcha a la plaza alzando las banderas rojinegras aquel 21 de febrero. Los dirigentes consternados no sabían qué decir a los cientos de funcionarios y miles de simpatizantes que aquella noche fueron llegando a la Casa de Campaña del FSLN. Pues antes de que se dieran oficialmente los resultados del cinco por ciento por boca de Mariano Fiallos ya sabían que habían perdido a través de fuentes propias. Agonizando pasaron la noche los dirigentes mientras en una caricatura viviente algunos jóvenes bailaban a unos metros de la Casa de Campaña como si al hacerlo pudieran evitar aterrizar sobre los hechos.

Los sandinistas no tenían planes alternativos a la derrota. El FSLN no tomó en cuenta que estaba en juego un plebiscito sobre la guerra y que siendo así tenía las de perder. Algunos analistas han considerado que el FSLN incurrió en el error de no anunciar en su cierre de campaña el fin del Servicio Militar Patriótico, algo que la multitud esperaba. Pero el asunto era más complejo. Humberto Ortega, general del ejército, estaba persuadido de que el gobierno no podría proseguir con un esfuerzo militar de únicamente soldados profesionales, la economía no lo soportaba y ya la Unión Soviética declinaba en su apoyo. Al parecer, Humberto Ortega lo dejó muy claro: la suspensión del servicio militar obligatorio podía dar la victoria a su hermano Daniel pero significaba el desplome de la capacidad de defensa ya seriamente disminuida.

El resultado de 13 puntos entre Violeta Chamorro y Ortega devino en un gran desconcierto en el FSLN. Como bien dice el analista Aldo Díaz Lacayo, ex embajador en Venezuela y hoy librero en el Centro Comercial Managua, la derrota quebró la dinámica de consenso que hasta entonces era lo propio de la Dirección Nacional. Las primeras voces críticas comenzaron a señalar los errores cometidos, aludiéndose a consideraciones políticas y personales; voces que hicieron suya la frase del cantante Luis Enrique Mejía Godoy «¡Dirección Nacional, escuche!». El debate se polarizó en torno a las razones por las que el FSLN se había distanciado del sentir de la calle y de sus propias bases. Como bien señala el escritor Carlos M. Vilas la primera expresión organizada tuvo lugar durante la Asamblea Nacional de Militantes celebrada en El Crucero, en las afueras de Managua. Allí se puso de

relieve la brecha entre una dirigencia burocratizada y vertical y las bases partidarias. La cohesión interna se estaba rompiendo por vez primera.

La desunión se aceleró en virtud de la propia política adoptada por la dirección del FSLN que por un lado decía rechazar las medidas del gobierno de la Unión Opositora que atentaban contra las conquistas de la revolución, a la vez que se promocionaba como interlocutora de ese mismo gobierno para pactar. La desorientación, acentuada por las huelgas que sucedieron a la toma de posesión del nuevo gobierno, el no saber a qué atenerse de muchos cuadros intermedios se prolongó hasta el congreso partidario de agosto de 1991. En la importante cita se impuso la unidad a cualquier precio, renunciándose al debate de los asuntos más conflictivos. Pero para entonces ya la bancada parlamentaria dirigida por el doctor Sergio Ramírez recogía el guante que había lanzado Víctor Tirado, uno de los nueve comandantes de la Dirección Nacional, en pro de una política de centro izquierda, pluriclasista, que debía buscar una nueva identidad acercándose a las clases medias y construyendo con Estados Unidos relaciones de amistad y confianza.⁵ Ello inauguró una nueva tensión entre una parte significativa del grupo parlamentario y la dirección del FSLN, con la particularidad de que los liderazgos de Ramírez y Ortega —una década juntos al frente del gobierno sandinista— dotaban al desencuentro de un peso extraordinario. Ramírez planteó el debate alrededor de la necesidad imperiosa de una democratización interna de la vida partidaria, pero de fondo estaba proponiendo una refundación del sandinismo alejado de su programa histórico, en la creencia de que incluso su idea de economía mixta era errática. El escritor incluía en sus posiciones reformas constitucionales que abrían los espacios legales para la privatización de los servicios básicos. También cuestionaba los métodos de lucha del movimiento sindical en la defensa de sus derechos. Ortega visionó a la oposición interna como una amenaza a su propio liderazgo y sin entrar al debate político se desmarcó de la misma y proclamó su apoyo a los

5. En la práctica estaba funcionando una alianza como verdadero poder político de Nicaragua: Antonio Lacayo primer ministro y yerno de la presidenta, Humberto Ortega y Sergio Ramírez como jefe de la bancada sandinista.

sectores sindicales y populares que en esos momentos llevaban a cabo movilizaciones contra las medidas del gobierno. Pero Ortega seguía buscando al mismo tiempo con Antonio Lacayo, hombre fuerte del gobierno de Chamorro, acuerdos que pararan la explosión social. En realidad el tiempo diría que las ideas de Ramírez eran o serían también las de Ortega.

La lucha interna fue hasta mediados de 1993 una batalla por la conducción o hegemonía más que una disensión ideológica. Fue en el contexto de la polarización social y política de este año —expresiones militares de *recompas*, *recontras* y *revueltos*, unido a la radicalización de paros que pusieron al gobierno contra las cuerdas—, que surgió del interior del partido una corriente, el «Grupo de los 29», que exigió de la dirección del FSLN una posición clara frente al neoliberalismo en general y contra las medidas gubernamentales en particular. Meses más tarde, a primeros de 1994, en la Escuela Sindical Pikin Guerrero emergió la *Izquierda Democrática Sandinista* (IDS) en defensa del programa histórico del FSLN, de la fidelidad a los pobres y de un proyecto de sociedad inspirado en la igualdad, la justicia social y la solidaridad. Mónica Baltodano, voz significativa de esta corriente, declaró entonces que «existe el riesgo de que el FSLN deje de ser un partido de izquierdas». La IDS no era una simple expresión de opinión de un grupo de militantes; fue constituido como un esfuerzo orgánico para transformar el partido sandinista, reorientarlo al servicio de las mayorías populares y movilizar a sus bases contra las posiciones de la bancada sandinista en el parlamento que bajo el liderazgo de Sergio Ramírez estaba pactando con el gobierno las privatizaciones de los servicios de salud, energía y comunicación. Esta posición política fue analizada por Ramírez como anquilosada y en respuesta afirmó la urgencia de avanzar hacia un partido pluriclasista. Daniel Ortega reaccionó tratando de aprovechar la polarización, ahora sí ideológica y política, en su beneficio. Ramírez encabezó la corriente renovadora en el congreso extraordinario de 1994 y salió trasquilado al no salir elegido para la Dirección Nacional del FSLN. En este congreso Ramírez presentó a Henry Ruiz como candidato a la secretaría general del partido; Daniel Ortega le ganó por escaso margen. ¿Por qué Henry Ruiz accedió a ir con los renovadores? La respuesta es de orden pragmático. Estaba de acuerdo con Ramírez en la necesidad de democratizar el partido y desplazar a Daniel Ortega, acabar con su

poder personalizado. En el fondo Modesto tenía un proyecto distinto al viraje hacia el centro que postulaban los cuadros leales a Sergio Ramírez.

Tras el congreso de 1994, la situación de la *Izquierda Democrática Sandinista* quedó en un difícil equilibrio en el seno del FSLN, en parte incorporada a la Dirección Nacional y al mismo tiempo controlada. René Vivas, que había sido segundo del ministerio del Interior, Mónica Baltodano y Víctor Hugo Tinoco representaban a la izquierda. Ellos hicieron propuestas democratizadoras del partido y de recuperación de las estructuras partidarias que estaban neutralizadas, así como de vuelta a los valores revolucionarios y a la vinculación con los movimientos sociales, lo que dio lugar a la apertura de claras diferencias que se patentizaron muy nítidamente en el congreso de 1998 que ganó la línea de Daniel Ortega quien en el acto de clausura se permitió el lujo de anunciar el pacto con el presidente Arnaldo Alemán.

Ciertamente el dibujo interno en el sandinismo fue tomando forma tras la victoria del liberal Arnaldo Alemán en las elecciones de 1996. Ganó con un 51% de los votos a Daniel Ortega que obtuvo el 37,7%. La segunda derrota consecutiva hizo mucho daño en las reservas ideológicas del FSLN. A partir de ese momento la desideologización fue más rápida y en su lugar se fue instalando el afán del poder partidario para fines poco idealistas. A ello contribuyó la conversión de dirigentes y cuadros en nuevos empresarios. La Dirección Nacional se puso al servicio de sí misma y comenzó a trabajar en la idea de un pacto fuerte y duradero con el partido liberal en el gobierno con el fin de asegurarse el control de una parte de los recursos y estructuras del Estado. Naturalmente, la *Izquierda Democrática* radicalizó sus críticas y a su vez Ortega respondió con furia. El congreso de 1998 culminó un proceso degenerativo: en lugar de discutirse sobre la identidad, el programa y la organización del partido, la actividad se centró en consolidar una nueva dirección unificada en torno a la idea del pacto con los liberales y sensiblemente inclinada a los intereses del empresariado sandinista, punta de lanza de una nueva burguesía nacional, ahora enriquecida con la incorporación de líderes y cuadros del FSLN. Quedó así sellada la ruptura de la *Izquierda Democrática* con una dirección obsesionada en perpetuarse, ahora con nuevos objetivos. Del desastre del congreso de 1998 da cuenta el incidente que

pocos días antes de su celebración tuvo lugar en Managua en el marco de una reunión al parecer convocada para tratar de un asunto de urgencia: Víctor Hugo Tinoco, ex canciller y joven sandinista simpatizante de la *Izquierda Democrática* se postulaba como candidato a la vice secretaría del partido, puesto al que aspiraba el histórico Tomás Borge. Se le preguntó a Tinoco si se ratificaba en su candidatura y como dijera que sí Borge se puso a gritar airado y golpeando la mesa exigió un respaldo total a su candidatura. Al menos cuatro secretarios políticos departamentales, entre ellos Carlos Fonseca Terán, hijo del fundador del FSLN, declararon abiertamente su apoyo a Tinoco. Seis horas más tarde la reunión concluyó con un solo candidato oficial a la vice secretaría: Tomás Borge. Tinoco no se privó de decir que la decisión era errónea debido al grave desgaste político y personal de Borge y persistió en su candidatura. Fue así que en pleno congreso Borge se dirigió de este modo a Tinoco: «Si ganás, perdés, y si perdés perdés. Yo te recomendaría retirar tu candidatura» Tinocó se postuló y perdió por ocho votos, cosa que Borge nunca le perdonó.

Daniel Ortega y Tomás Borge fueron elegidos pero el partido quedó descapitalizado de cuadros valiosos como Vilma Núñez, Mónica Baltodano, Julio López, René Vivas, William Grigsby y una larga lista. Claro que el camino quedó despejado para que las familias Ortega y Borge, dueñas ya de la tribuna, nos regalaran el 19 de julio de 2000, una actuación deplorable, de reír por no llorar.

La izquierda perpleja

La derrota electoral del Frente Sandinista tuvo con el paso del tiempo una notable influencia en las creencias de la izquierda latinoamericana. Sus efectos políticos y morales se manifestaron en forma de divisiones internas y en movimientos ideológicos y prácticos que en algunos casos hicieron del realismo y la moderación una nueva doctrina que incluía cambios en los objetivos finales. La crisis de fe en la viabilidad de un proyecto revolucionario ganó adeptos, dando paso a un crecimiento de las expectativas moderadas. Sólo si se entiende bien cuánto significó el triunfo sandinista en julio de 1979 para la izquierda latinoamericana, se puede comprender cabalmente los efectos negativos de su derrota en las urnas. Perder no estaba en la agenda de la izquierda; pensar en ello era una herejía. Pero ocurrió. Y esa

derrota dio comienzo a la crisis de una época cuyo principio hay que situarlo en la revolución cubana.

La revolución cubana inspiró y apoyó una gran cantidad de experiencias político-militares, fundadas con gentes de las universidades, de los movimientos cristianos, de sectores desgajados de los partidos comunistas y del nacional-populismo, de los sindicatos, de las barriadas de las grandes ciudades. Sus ideas fuertes eran: armas, unidad y las masas. De la revolución cubana recibieron una importante influencia ideológica, una concepción del poder, una visión del socialismo y una conciencia continental. Recibieron además apoyos de diverso tipo. Primero, la guerrilla de Carlos Marighella en el Brasil —quien rompió con el Partido Comunista— y luego en la década de los setenta, el MIR en Chile, los Tupamaros en Uruguay, el ERP y los Montoneros en Argentina, fueron los principales exponentes de un estallido de guerrillas. Estas organizaciones cosecharon fuertes derrotas que dejaron un rastro de pesimismo, dolor y muerte, y una gran cantidad de revolucionarios deambulando por el mundo.

La revolución sandinista les tomó por sorpresa a una buena parte de todos ellos. En realidad muchos de los guerrilleros del Cono Sur no creían en la posibilidad de triunfo revolucionario en una *república bananera* que carecía de clase obrera. Pero sucedió que los sandinistas entraron en Managua y entonces de todas partes llegaron entusiasmados los sobrevivientes de muchas guerrillas. Dirigentes como Enrique H. Gorriarán Merlo, quien luego organizaría la ejecución de Somoza en Asunción y años más tarde dirigiría el asalto al cuartel La Tablada en Argentina, escogieron vivir en Nicaragua y muchos de ellos comenzaron a trabajar en las estructuras del ministerio de Interior y el ejército sandinista. En Centroamérica, la victoria del FSLN dio un impulso enorme a la insurgencia guatemalteca que en los años 1980-1981 jugó un pulso de poder a poder con la dictadura militar. Lo mismo sucedió en El Salvador donde el frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional declaró una ofensiva general a principios de 1981 y se multiplicó como ejército insurgente. El triunfo sandinista fue además decisivo en la rápida unificación de las organizaciones guerrilleras en El Salvador y Guatemala, tarea que se convirtió en un principio sagrado en boca de Manuel Piñeiro «*Barbarroja*» jefe del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba; era el estrategia de la política hacia

América Latina, encargado de dar apoyo a los revolucionarios del continente. Veinte años después de la entrada del Movimiento 26 de Julio en La Habana, y tras grandes fracasos de la izquierda desde el foquismo del Che a las guerrillas urbanas, el Frente Sandinista surgía de pronto como alma de la revolución en la región centroamericana y creaba renovadas esperanzas en toda América Latina. De modo que, once años más tarde, su derrota electoral constituiría un golpe muy duro a toda una generación de hombres y mujeres, e incluso dejaría algún poso de amargura y reproche por el hecho de que los sandinistas convocaran a elecciones.

La subida al gobierno de la derecha en Nicaragua fue un factor importante en el proceso de negociación en El Salvador. Los acuerdos de paz eran necesarios porque el FMLN y sobre todo el pueblo no daban más de sí, tras la experiencia de la ofensiva sobre la capital San Salvador a finales de 1989; pero lo eran también por el agotamiento de una retaguardia segura en Nicaragua y las dificultades cada vez más grandes de los cubanos que terminaron por reorientar el Departamento América en el seno del Comité Central. Además, la derecha salvadoreña estaba madura para negociar al interiorizar la idea de que por la vía militar nunca lograría doblegar a la guerrilla.

La derrota electoral del sandinismo en 1990 llovía sobre un suelo lleno de cascotes producto del derrumbe de la URSS y los países del Este, lo que fue también determinante en el surgimiento de un nuevo pensamiento en la izquierda. Dio fin a una representación bipolar del mundo que ofrecía espacios de seguridad y referentes a los movimientos revolucionarios en la región. Cayó también el mito del socialismo soviético, cuya derrota fue divulgada por el capitalismo como el triunfo de la economía de mercado y la democracia parlamentaria. En la izquierda comenzaron a surgir voces con un nuevo lenguaje y nuevos contenidos: El dirigente sandinista Víctor Tirado se apresuró a exponer públicamente que las luchas antiimperialistas se habían acabado y que era necesario pasar a una estrategia de entendimiento con Estados Unidos. Primero fue el estupor, pero luego comprobamos como otros dirigentes de la izquierda centroamericana compartían la idea de Tirado, detrás de la cual había mucho más que una referencia general al imperialismo. Así, tras diez años de gobierno sandinista y habiendo tocado techo en las estrategias guerrilleras en El Salvador y Guatemala, la izquierda de la región quedó perpleja,

desconcertada, masticando un sabor de derrota que nunca se ha atrevido a confesar. Una perplejidad que abarcó a todos los sectores de la izquierda, incluidos los más radicales.

No era fácil dejar atrás una mentalidad construida de fe franciscana en el triunfo político-militar. La idea de la revolución entró en crisis. El debate acerca de cómo hacer la revolución se transformó en una duda alargada acerca de si la revolución será o no posible alguna vez. Las certezas fueron dejando espacio a una lucha de líneas interna en la que la ventaja aparente estaba de parte de los nuevos reformistas ayudados por el ambiente triunfalista del neoliberalismo. En aquellos años la propuesta de los reformistas era global, en el sentido de que defendían una lectura radicalmente autocrítica del pasado de la izquierda, cuya conclusión precisa era esta: nos equivocamos en el objetivo de hacer revoluciones que supusieran la ruptura con el sistema vigente y nos equivocamos al escoger la lucha armada como vía al poder. Esta corriente de pensamiento tuvo su expresión en teóricos como el mejicano Jorge Castañeda y en políticos como el salvadoreño Joaquín Villalobos. Sergio Ramírez, desde su honestidad con su propio pasado apuntó en la dirección de que el único camino factible es el que representa la socialdemocracia y la vía electoral. Esta corriente intelectual y política contaba con un par de ventajas: el predominio del neoliberalismo no sólo en la esfera económica, y el peso psicológico derivado de la citada derrota sandinista que vino a poner de relieve las enormes dificultades de hacer un cambio radical de sociedad a escasas millas de Estados Unidos

Otra parte de la izquierda social y política en Nicaragua y El Salvador —la URNG guatemalteca entraba en una dinámica negociadora que requería todo su esfuerzo, incorporándose a la reflexión sobre el espacio ideológico y político de la izquierda más recientemente—, inició la búsqueda de una identidad renovada, de acuerdo al nuevo escenario internacional y nacional, y tratando de no perder un proyecto social y político forjado muchos años atrás. Una izquierda hecha de los materiales ideológicos de la izquierda de los sesenta se resistía a modificar su inspiración socialista y un proyecto popular, aunque consciente de que en los próximos años sus prioridades serían reformistas. De este modo, si para unos se trataba de abandonar lo que han venido a llamar viejas ideas político-militares que surgieron en oposición a las vías pacíficas de los partidos comu-

nistas, para otros el gran desafío era adecuar las ideas que inspiraron a las guerrillas a los nuevos escenarios. Los debates pronto tomaron un rumbo polarizado entre dos corrientes de pensamiento que tenían expresión desigual al interior de las propias fuerzas políticas.

Como ya he dicho, en Nicaragua fue la ruptura de Sergio Ramírez con el partido sandinista la que dio la primera señal. El Movimiento de Renovación Sandinista por él creado constituyó un desafío a la ortodoxia y un intento de refundar el sandinismo de Sandino sobre bases democráticas de un partido homologado a los partidos socialistas europeos. La tentativa se estrelló en las elecciones de 1996 quedando en la casi marginalidad. En El Salvador, el frente Farabundo Martí de Liberación Nacional vivió desde finales de 1994 en adelante una crisis similar, cuando Salvador Samayoa presentó una ponencia que contemplaba cambios doctrinales y políticos radicales para situar a la ex guerrilla en los parámetros de la socialdemocracia. Yo tenía amistad con «Chamba» Samayoa pero me vi implicado por propia voluntad en la lucha de líneas que se abrió en las Fuerzas Populares para la Liberación pues pocos meses antes había sido el redactor de un texto sobre el socialismo para el primer congreso en la legalidad de esta corriente que era la principal en el FMLN. Recuerdo que Samayoa se fue del partido tras una derrota momentánea de sus tesis. Lo digo así porque dos años después emergería esta vez de la mano de otro de mis amigos, Facundo Guardado, una corriente ideológica similar que tomó fuerza y logró una mayoría temporal que permitió a Guardado ser el candidato presidencial del FMLN. Perdió las elecciones de 1999 por goleada frente al derechista Francisco Flores —52% frente al 29%— y ello fue el comienzo de su fin en el partido. Pero, lo significativo, es observar como la derrota electoral del FSLN en 1990 había llevado al interior de las fuerzas políticas de izquierda de la región la apertura de un debate que abarcaba todas las esferas: lo doctrinal, las relaciones con Estados Unidos, lo programático, las alianzas y el modo de avanzar hacia una nueva sociedad.

V. LA NUEVA POLÍTICA DEL FSLN

Daniel Ortega entregó la banda presidencial a Violeta Chamorro en un acto multitudinario celebrado en el Estadio Nacional de Béisbol. El candidato sandinista que había hecho la campaña con la canción «*El gallo ennavajado*» entregaba el gobierno a la que había recorrido el país vestida pulcramente de blanco con detalles azules tratando de representar la forma humana de «La Purísima» que es la Virgen de Nicaragua. Una mitad del país brindaba y la otra mitad bebía para olvidar. Pero lo cierto es que el traspaso de la presidencia transcurrió pacíficamente. La inviabilidad de un golpe de estado por parte del ejército sandinista, a pesar de la presión de sectores populares organizados, constató un hecho contemporáneo en Nicaragua: la irrupción de la democracia que obliga a gobernar con un consenso básico de la población, independientemente del grado de control que se tenga sobre los aparatos del estado. Tras once años de gobierno revolucionario, el 25 de febrero de 1990, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) había perdido las elecciones ante una gran coalición formada por la Unión Nacional Opositora (UNO),⁶ cuyo propósito público era revertir el proceso abierto en julio de 1979 por una fuerza política de izquierda que concentraba el poder.

En el caso de Nicaragua, sin embargo, la victoria electoral de la UNO, apoyada de forma entusiasta por Estados Unidos antes y du-

6. La UNO ganó con el 54,74% de los votos, frente al 40,82% del FSLN.

rante el proceso electoral, no significó una transferencia neta e inmediata de todo el poder de un gobierno saliente a otro entrante. El régimen sandinista había tejido una alianza social mediante entrega de tierras, viviendas, y medidas de protección en salud, educación, lo que le daba en ese momento un 40,8% del electorado más activo, y poseía el control de espacios e instituciones del estado de alta significación como el ejército y la policía, ambos cuerpos fieles al sandinismo, así como la estructura judicial y las escalas altas y medias de la administración. Las elecciones eran, por otra parte, la culminación de un proceso laberíntico de acuerdos de paz en la esfera regional y nacional, en un escenario de guerra alimentada por la estrategia de Ronald Reagan, decidido a eliminar «el peligro soviético» en Centroamérica y un posible efecto dominó de la experiencia nicaraguense. Este contexto electoral explica el ambiente extremadamente crispado en que se disputó la contienda en las urnas, así como el hecho de que cualquiera que hubiese sido el resultado la fuerza perdedora no se entregaría a un mero reconocimiento de su derrota. Se imponía, en las dos las variantes posibles, una vía de negociación tras las elecciones.

En Nicaragua se dio un hecho singular, tal vez único: una revolución perdía el gobierno y gran parte del poder por la vía electoral. Pero la alteración del marco nacional y social, considerada la correlación de fuerzas interna, aconsejaba a las partes la apertura de un proceso de transición⁷ que alejara toda posibilidad de guerra civil y respetara el marco constitucional establecido. Ello significaba una ruptura con la propia historia de un país en el que los cambios de gobierno se habían dado a través de las armas. El Protocolo de Procedimiento para la Transferencia del Mando Presidencial, conocido como Protocolo de Transición, caracterizó el interregno, no exento de tensión, producto de la incertidumbre sobre la reacción de distintos actores,

7. Autores como O'Donnell y Philippe C. Schmitter entienden por transición el intervalo que se extiende entre un régimen político y otro, si bien dedican especial atención al período posterior. *En Transiciones desde un gobierno autoritario* (1988), Paidós, Buenos Aires. Por nuestra parte observamos la transición como el proceso de «construcción» de un régimen democrático a partir de otro que no lo es; proceso que es reversible y, por consiguiente, requiere de acuerdos entre los agentes políticos principales.

así como también de la desunión que inmediatamente se dio en el seno de la coalición ganadora, donde los sectores más derechistas pujaban por el desmantelamiento fulgurante de la revolución, alineándose con el vicepresidente Virgilio Godoy y en oposición a la medida política de la presidenta electa Violeta Chamorro. Godoy representaba el revanchismo, Chamorro propiciaba la reconciliación, tal y como ella misma lo reconoce: «La transición se hizo platicando» «Cuando gané les dije a mis aliados: Va a trabajar conmigo (el general) Humberto Ortega». ⁸ Como más adelante explicaré, la figura de Humberto Ortega no me resultaba fiable, tal vez por su gran poder como general del ejército, tal vez por los rumores que corrían acerca de sus negocios que lo estaban convirtiendo en uno de los empresarios más prósperos del país... tal vez por una impresión preconcebida que imperaba en mí. El caso es que fue él el elegido por el nuevo gobierno para negociar la transición con su amigo Antonio Lacayo, yerno de la presidenta, pero fue él, también, el elegido por un sandinismo deprimido que confiaba en la fuerza de su general para lograr el mejor acuerdo posible. Sin embargo, la disponibilidad de Chamorro y de los hermanos Ortega tuvo que desarticular primero algunas resistencias.

Los sectores derechistas de la UNO, apoyados por sectores de la contrarrevolución todavía armados, hicieron una lectura suma cero de su victoria electoral: consideraron que quien ganaba las elecciones ganaba todo el poder. Ello generó reacciones en las bases sandinistas y en pequeños partidos de ultraizquierda que aumentaron su presión para que el aún presidente Daniel Ortega no entregara el poder, apelando incluso a un golpe de estado del ejército. La delicada crisis pudo resolverse en virtud de la hegemonía que por un lado mantuvo el llamado grupo Las Palmas —empresarios y políticos agrupados en torno a Violeta Chamorro y liderados por el yerno de esta última, Antonio Lacayo— y a la voluntad estabilizadora de la dirección política del FSLN que a pesar de su mensaje de «gobernar desde abajo» tuvo claro en todo momento que sólo un traspaso del poder con orden sería beneficioso para el conjunto del país, para el proceso demo-

8. Achad, Diego y Flores, Manuel (1997), *Gobernabilidad: un reportaje de América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, p.163.

crático y para su propio futuro como fuerza política. El período del 25 de febrero al 25 de abril en que se hizo entrega del poder, estuvo marcado por las conductas de las élites y muy particularmente del ejército popular sandinista.

El autoritarismo del régimen sandinista, justificado en cierto modo por una guerra de agresión, desigual, llamada de Baja Intensidad por la administración norteamericana, pero con efectos demoleedores para la vida social y económica de un pequeño país, dio paso a un gobierno democrático matizado en cuanto a su transparencia de llegada al poder por el papel de esa misma guerra como instrumento sucio y decisivo de desgaste del poder existente. Transferencia pacífica con el apoyo de una ingeniería llamada Protocolo de Transición, firmado el 27 de marzo de 1990, cuyo apego a la Constitución elaborada por un parlamento de mayoría absoluta sandinista el 19 de noviembre de 1986, representaba dos voluntades: la del gobierno entrante de respetar las leyes vigentes, y la del gobierno saliente de aceptar en el futuro las reglas del juego del estado de derecho para la posible modificación de su propia Constitución revolucionaria. Esto es, se produce una transición que marca la posibilidad de otra transición posterior. Esta dialéctica o juego de esgrima tuvo dos dimensiones, en la línea de lo que exponen O'Donnell y Philippe C. Schmitter: un acuerdo explícito que delimita las reglas del juego del poder y a la vez «solución temporaria, tendiente a evitar algún desenlace desgraciado, y quizás allanar el camino a otros acuerdos».⁹ En consecuencia ello tuvo una implicación de extraordinaria importancia: el respeto de las transformaciones revolucionarias sancionadas por ley. «El entendimiento nacional —dice el Protocolo— debe tomar en cuenta los logros y transformaciones beneficiosos al pueblo, hasta ahora alcanzados, y se basa en el pleno respeto al derecho, la Constitución de Nicaragua y las leyes de la República». Es cierto que a lo largo del gobierno de Chamorro, comenzaría un debate acerca de qué transformaciones eran beneficiosas para el pueblo, así como respecto de expropiaciones hechas en la década sandinista de los ochenta-

9. O'Donnell, Guillermo y C. Schmitter, Philippe (1988), *Transiciones desde un gobierno autoritario (V.4. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas)*, Paidós, Barcelona, México, Buenos Aires, p. 63.

ta, lo que dio origen a un escenario político y social crispado.¹⁰ Pero este hecho, por otro lado pronosticable, no lesionó gravemente el Protocolo de Transición hecho para un reequilibramiento democrático, y para que «el sistema político modifique sus estructuras institucionales sin una confrontación violenta».¹¹

Las Fuerzas Armadas sandinistas jugaron un papel estelar en las negociaciones de la transición, para lo bueno y para lo malo. Pero antes de profundizar en ello, conviene citar algunos aspectos claves y simbólicos del Protocolo de Transición:

- a) El respeto a todos los gremios, sindicatos y organizaciones sociales existentes en el país.
- b) Desarme de la «contra», así como de las organizaciones populares sandinistas, estableciendo que las armas y equipos de combate sean exclusivos de las instituciones armadas de la República.
- c) Seguridad jurídica a los beneficiarios rurales y urbanos, por asignaciones realizadas por el gobierno sandinista antes del 25 de febrero, fecha de las elecciones.

Esta medida merece dos comentarios: reconoce de una parte que las medidas de urgencia tomadas por el gobierno sandinista tras la pérdida de las elecciones no gozan de protección jurídica por ser consideradas desordenadas y abuso de poder; la seguridad dada por el Protocolo a los beneficiarios sería posteriormente puesta en cuestión por demandas de particulares ante los tribunales, y por decretos gubernamentales del mes de mayo de 1990.

- d) Avalar la iniciativa de Reconciliación Nacional y de Amnistía previamente aprobada por la Asamblea Nacional, que otorga protección a los funcionarios de alto rango del gobierno saliente.

10. No podemos dejar de mencionar que efectivamente con el gobierno de la señora Chamorro se inicia un proceso de desmantelamiento de los logros de la revolución, de los íconos revolucionarios. El gobierno «chamorrista», inició el proceso de despojo, mediante el cierre del crédito campesino, de las empresas, tierras, lotes, haciendas y demás activos entregados a miles de trabajadores y obreros agrícolas, a través de la Reforma Agraria de la Revolución Popular Sandinista.

11. *Ibíd.*, p. 64.

- e) Preservar los monumentos erigidos en honor a los Héroes y Mártires, caídos durante la lucha antisomocista.

Esta última medida, en la línea de la argumentación de Juan J. Linz,¹² fue útil para calmar el mundo subjetivo del 40% perdedor; un mundo hecho de sufrimientos y resistencias épicas. Otra cosa es que el paso de los años se ha ido comiendo aquellos cientos de monolitos, estelas y túmulos rojinegros que poblaban las ciudades en la década de los ochenta.

El Protocolo de Transición fue la obra de una voluntad de acuerdos que reflejaban concesiones. Se trata de una transición que no se ajusta a la tesis de Alfred Stepan¹³ que sitúa los litigios sociales y económicos como poco importantes frente a los procedimientos democráticos que deben unir a los partidos. Y es que, dada la singularidad del régimen sandinista, abdicar de negociar las conquistas de la revolución hubiera sido como censurar sus propios logros.

Es posible que el modo secreto en que se discutió y firmó por las partes, fuera del marco parlamentario y del acceso a sus deliberaciones de la opinión pública, le diera una dimensión no democrática, pero fue un ámbito útil para la delimitación de la gama de problemas políticos en discusión y el logro de resultados democráticos. Más aún si consideramos la existencia de actores que, desde polos opuestos, trataban de imponer su propio proyecto unilateral. La reforma pactada tuvo entonces la virtud del reconocimiento mutuo imprescindible, alejándose las partes firmantes de intereses divergentes, tal y como recomienda O'Donnell.

La consolidación de la paz y de la estabilidad, para la reconstrucción social, cívica y moral de un país castigado por la guerra y la división, fueron la raíces inspiradoras de unos negociadores que se necesitaban, sabedores que no podían neutralizarse mediante la exclusión y/o la fuerza. La aceptación de la Constitución como marco

12. Linz, Juan J. (1987), *La quiebra de las democracias*, Alianza Editorial, Madrid, p. 87.

13. Citado por Gillespie, Charles G. *La Transición uruguaya desde el gobierno tecnocrático-militar colegiado*, en el volumen 2 de *Transiciones desde un gobierno autoritario* (1988), Paidós, Barcelona, México, Buenos Aires, p. 288.

legal superior para las actuaciones del nuevo gobierno, significaba el reconocimiento institucional y profesional de las fuerzas de defensa, así como la desmovilización del ejército irregular de la «contra», también llamada Resistencia. Pero el original proceso de transición en Nicaragua no puede entenderse sin referirse al rol decisivo del ejército sandinista.

Contra lo que puede generalmente creerse, no fue el gobierno saliente de Daniel Ortega quien negoció con el gobierno entrante el Protocolo de Transición. De la parte sandinista fue el general del ejército Humberto Ortega (acompañado de Jaime Wheelock, dirigente del FSLN) quien lideró la negociación con el ministro de la Presidencia Antonio Lacayo y su equipo. Este hecho puede ser interpretado simultáneamente desde varios ángulos:

- a) El desconcierto en el Frente Sandinista, por una derrota impen­sada, supuso de inmediato la desaparición de gran parte del aparato partidario y la desvertebración de las líneas de autoridad.¹⁴ Se había quebrado el consenso interno en la dirección sandinista que comenzó rápidamente a ventilar públicamente errores y abusos.
- b) La institución del ejército mostró más entereza, cohesión e ideas claras, que el propio partido sandinista, muy afectado internamente.
- c) El ejército gozaba de mejor correlación de fuerzas para conseguir de la otra parte concesiones. Era la institución sandinista más popular y era hasta ese momento el poder más real.
- d) El ejército era en ese momento una maquinaria con intereses propios que defender y no estaba dispuesto a delegar en la parte política la negociación sobre su propio futuro. De hecho desde antes de 1990 el ejército construía su propia autonomía haciendo uso del poder unilateral basado en la tesis de que lo primero era la defensa y para ejercerla necesitaba un poder no dependiente.
- e) Humberto Ortega, personalidad inclinada a creerse árbitro por encima de las disputas políticas partidarias y constructor de la

14. Castro, R. y Barry, Deborah (1990), *Cuatro hipótesis para entender la transición*. Revis. Pensamiento propio n° 66, Managua.

modernización del estado, tomó la iniciativa, imponiéndose a su propio hermano y al partido.

El liderazgo del ejército sandinista en la transición, representa una realidad alejada de otros escenarios, Brasil, República Dominicana, Argentina, Perú, Bolivia, donde regímenes autoritarios se agotaron con sus fuerzas armadas desmoralizadas, divididas y desprestigiadas.¹⁵ En el caso de Nicaragua, multitudes desesperadas por su derrota electoral gritaban en las calles de Managua «un solo ejército» y «ejército al poder», al tiempo que Humberto Ortega iniciaba las negociaciones de traspaso de poder. Este protagonismo de los militares fue posible por la singular estructuración del poder revolucionario, en el que la fusión entre partido y estado, se entregaba principalmente a la defensa frente a la agresión externa e interna, de modo que la militarización de la sociedad era notable y el ejército constituía su pilar más fuerte. A ello debe unirse el hecho de que el ejército nunca se vio al borde de una derrota. Al contrario, a finales de 1988 logró infligir a la «contra» un castigo considerable mediante la «operación Danto» y en diciembre de 1989 sacaba los tanques frente a la embajada norteamericana como respuesta a la invasión y bombardeo de Panamá.

El papel de los militares sandinistas puede ponerse en cuestión desde la lógica democrática. Sin embargo fue eficaz en su propia transformación hacia la institucionalización y profesionalidad. El ejército, en virtud del Protocolo de Transición aceptó una drástica reducción de sus efectivos y de su presupuesto, que en ambos casos fue de un 80%, además de su progresiva despartidización. Estas fueron las bases de un acuerdo que le garantizaba su continuidad frente a la amenaza de sectores derechistas de la UNO que postulaban por la desarticulación del ejército sandinista y su sustitución por tropas de la «contra».

El gobierno entrante de Violeta Chamorro actuó con tacto y prudencia, manejando las relaciones con el ejército sobre la base del consenso y la gradualidad. En ocasiones soportando presiones de la administración norteamericana que pedía la cabeza del general Ortega. Entre la polarización y la indolencia reaccionó la sociedad civil ante

15. O'Donnell, Guillermo y C. Schmitter, Philippe, *Ibíd.*

el hecho militar. Pero lo cierto es que la sustitución del general Ortega en febrero de 1995 por Joaquín Cuadra, hizo que el debate cesara.

Puede decirse, no obstante, que el gobierno entrante mostró una falta de asunción de competencias en materias de defensa y seguridad, no desarrollando programas de capacitación de civiles en asuntos estratégicos. La subordinación de las fuerzas armadas al poder civil no fue neta a lo largo de este primer gobierno de transición, a pesar de la modernización de las bases jurídicas y reglamentaciones del instituto armado, cuyas manifestaciones más notables son: El Código de Organización, Jurisdicción y Previsión Social Militar (1994) las reformas de la Constitución Política (1995) y el Reglamento Estatutario (1995). Sería necesario un segundo gobierno de la transición para que en 1998 se aprobara la Normativa Interna Militar.

En contraste con la posición que ocupan otros ejércitos latinoamericanos a la salida de regímenes autoritarios, encuestas públicas daban a las fuerzas armadas nicaraguenses, en agosto de 1997, una credibilidad del 70% de la población, por encima de todas las demás instituciones del estado. Una encuesta de la Universidad Centroamericana (UCA) durante la crisis provocada por el huracán Mitch, indicaba que el 88.6% de los capitalinos califica de buena o muy buena la actuación del Ejército. Las fortalezas y potencialidades del liderazgo castrense marcaron en todo caso las debilidades de la sociedad civil y de sus liderazgos políticos, al dejar al establecimiento militar con importantes niveles de autonomía funcional y permitiendo que fuera el factor clave del Protocolo de Transición.

La naturaleza de este último, así como los actores firmantes del acuerdo, mostraron su carácter limitado. Fue útil para el traspaso de poderes con una orientación moderada, gradualista, pero no era suficiente como para sellar la democratización del país sobre bases políticas estables. En cierto modo el Protocolo era una concertación de emergencia, pero no un proyecto institucional democrático maduro.

Los contrarios se necesitan

Una lectura más amplia del significado del Protocolo de Transición que selló el fin del régimen sandinista, nos obliga a mirar hacia atrás, a los acuerdos de Esquipulas II, de agosto de 1987. En ese escenario, por vez primera, el bloque de países de la región que se oponen al

sandinismo, toman una posición autónoma de Estados Unidos y ofrecen al presidente de Nicaragua la firma del «Plan Arias». Daniel Ortega acepta el documento que recoge el desarme y desarticulación de la «contra» a cambio de elecciones libres. El acuerdo de Esquipulas II cayó como una bomba en la estrategia de la oposición más radical que buscaba la rendición de los sandinistas en el poder, pero comenzó a delimitar los territorios políticos en los que era posible el diálogo al interior de Nicaragua. Esquipulas II animó a los sectores más moderados de la oposición, alineados en torno a la figura de la viuda del mítico periodista asesinado por el somocismo, Pedro Joaquín Chamorro, que entendieron llegado su momento. Las negociaciones de Sapoá, en Costa Rica, de marzo de 1989, entre militares de ambos bandos, fueron tan sólo en aplicación de los acuerdos de Guatemala, para lograr el cese al fuego y la ubicación geográfica de las tropas contrarrevolucionarias.

Las elecciones libres que se acordaron en Esquipulas II, se convocaron para el 25 de febrero de 1990, seis años después de las realizadas en 1984, y según las normas constitucionales. No obstante, la posición norteamericana, ahora bajo la presidencia de George Bush, se esforzó en romper los acuerdos de Esquipulas II y Sapoá, presionando a los presidentes centroamericanos, entre los que Oscar Arias de Costa Rica y Vinicio Cerezo de Guatemala, se mostraron firmes en la defensa de sus compromisos, estando el presidente salvadoreño Napoleón Duarte agonizante. Por una vez Estados Unidos pierde la partida y toma conciencia de la inevitabilidad de unas elecciones que considera que darán la victoria a los sandinistas, a menos que surja una fuerte, amplia y financiada alianza de oposición.

La creación de una alianza nacional opositora sería en adelante la gran tarea de Estados Unidos,¹⁶ y en el interior de Nicaragua de la Iglesia Católica, cuyo cardenal Obando y Bravo contaba con un ascendente formidable sobre los pequeños partidos de oposición y sectores amplios de la sociedad —una gran desgracia para Nicaragua es haber producido un general de la contrarrevolución disfrazado de monje; protegido en los hábitos arrojó «la palabra de Dios contra la

16. Cortés Domínguez, Guillermo (1990), *La lucha por el poder*, Editorial Vanguardia, Managua, pp. 263-295.

revolución sandinista» como un fanático— La composición de esta alianza que abarca desde la extrema derecha hasta el Partido Comunista de Nicaragua, determinará tras las elecciones la suerte de la transición. Básicamente, las fuerzas más derechistas, entre las que el COSEP (la organización principal de los empresarios) es tal vez su agrupación más cohesionada y con mejor estructura, cuenta desde el primer momento con el apoyo norteamericano para lanzar públicamente en aquel momento la candidatura de Enrique Bolaños, un empresario que promete arrasar al sandinismo si alcanza la presidencia. Con un enfoque diferente que hace énfasis en la reconciliación nacional y un cambio gradual del sistema político, los grupos moderados encuentran en Violeta Chamorro, en su figura frágil y carácter fuerte, al símbolo que necesitan para desplegar sus propósitos. La lucha interna en la alianza de la Unión Nacional Opositora (UNO) formada por 14 partidos, marcaría los meses finales de 1989, imponiéndose la tesis de los moderados que conseguirían para Chamorro la presidencia de la República. Este hecho sería decisivo para el logro de una transición pacífica.¹⁷

Lo anterior marcó un hecho importante: el gobierno entrante se desmarcó de toda obediencia al entramado de la UNO y al deseo de fiscalización de los sectores más derechistas, para ingresar en una dinámica autónoma sobre la base de un presidencialismo fuerte de Violeta Chamorro que incluso llegó a dejar sin competencias a su vicepresidente Virgilio Godoy, contrario al Protocolo de Transición. Esta tensión marcó los seis años de su gobierno.

En lo que respecta al sandinismo, el Protocolo de Transición planteó algunos problemas internos de orden ético y político. Como ya he señalado anteriormente se rompió la unidad interna en la cúpula dirigente del partido hegemónico, resucitando a las viejas fracciones de la época antisomocista. En esta ruptura, el llamado «tercerismo» dirigido por los hermanos Ortega — ex presidente uno y general supremo del ejército el otro—, abogaba por la desideologización urgente del FSLN y la entrega del poder sin sobresaltos. Esta posición se

17. El periodista William Grigsby considera que Violeta Chamorro representaba a la oligarquía tradicional granadina en tanto que el gobierno de Arnoldo Alemán que vendría después deseaba una restauración neosomocista.

impuso en medio de un fraccionamiento que rápidamente llevó a muchos dirigentes a un reacomodo socioeconómico y un doble discurso: se concierta con el gobierno entrante y a la vez se hace un discurso radicalizado de oposición («gobrnaremos desde abajo») con el que se trata de contener la presión de los sectores populares más activos y dispuestos a echarse al monte. Este comportamiento del sandinismo le acarrearía en un corto plazo críticas severas y hasta deserciones de sus filas, pero es probable que fuera eficaz para el éxito del Protocolo de Transición.

La necesidad de redefinir el escenario político supuso, por consiguiente, un cambio en la misma naturaleza de los actores.

Ciertamente, los actores firmantes del pacto, establecieron previamente reglas de juego y garantías suficientes como para concurrir a los comicios y asumir la incertidumbre de los resultados. En este sentido toma importancia la afirmación de Przeworski¹⁸ de que «el proceso de institucionalización de la incertidumbre, de la sujeción de todos los intereses a la incertidumbre, donde ningún grupo puede intervenir ni distorsionar los resultados electorales una vez realizados los comicios». De manera que el respeto a los resultados, aun cuando por el lado sandinista no se contemplara su derrota, señala un compromiso democrático del gobierno saliente que pronto se expresó en el Protocolo de Transición. Este último se elabora para apuntalar una nueva época histórica de elecciones competitivas, alternancia de gobierno y división de poderes.

No se entendería bien, sin embargo, un Protocolo de Transición que excluye a sectores extremos de uno y otro ámbito político, si se obvia la existencia de espacios de intereses comunes entre un sector del FSLN y otro de la UNO, que se extienden desde lo democrático a lo económico, pasando por una red de conexiones familiares.

La transición revela por ello elementos de cambio pero también procederes arraigados en la historia nicaragüense, según afirma Salvador Martí.¹⁹ Y es que, durante diez años, a pesar del descubrimien-

18. Przeworski (1985), *Capitalismo y socialdemocracia*, Cambridge University Press, p. 58. Citado Por Salvador Martí en *Nicaragua postrevolucionaria, el laberinto sandinista y la difícil consolidación democrática*. Internet. www.cidob.org

19. Martí, Salvador. *Ibíd.*

to de la sociedad por los sandinistas, el Estado fue el centro neurálgico de la política. Las negociaciones relevantes se llevaron a cabo desde o con el ejecutivo. Junto con la primacía del Estado, nunca fue erradicado el prebendismo en el ejercicio del poder. Un estilo reflejo de una sociedad pequeña, provinciana y periférica. La vulnerabilidad del mercado, el atraso productivo y la marginalidad en la economía internacional tiene mucho que ver con ello. «Desde esta tradición o cultura política nacional, en el gobierno surgido de las elecciones de 1990, el elemento que más destacó en su configuración fue el del mantenimiento de los patrones de interconexión familiar, por encima de posiciones política explícitas».²⁰ Es este espacio que reúne intereses comunes entre las élites políticas perdedoras y ganadoras, lo que facilita una negociación que se autonomiza de las ideologías partidarias y despliega flujos de información y de orden dialógico.

Sin embargo, a pesar del carácter secretista que algunos analistas vieron en un Protocolo de Transición, la propia fuerza política perdedora reconoció públicamente a través de su diario oficial Barricada: «Nicaragua ha alcanzado la posibilidad real de organizarse como sociedad moderna, plural, donde los inevitables conflictos y naturales contradicciones se resuelven por medios pacíficos y legales».²¹ En el mismo escrito, el Frente Sandinista llama a todas las fuerzas sociales y políticas a defender un Proyecto Nacional que ponga los intereses generales por encima de los partidistas. Y propone la reconciliación, la democracia, la justicia social y el progreso, como metas de dicho proyecto. La importancia de este cambio de naturaleza partidaria radica en la asunción por parte de una fuerza revolucionaria del juego democrático que sanciona una realidad plural y pluripartidista. Este cambio no se produce sin tensiones internas. También hay presiones provenientes de las fuerzas sindicales sandinistas que responden inicialmente al Protocolo de Transición con huelgas. Las tensiones revelan la importancia de la tesis de Linz en el sentido de que la reconciliación sobre bases democráticas requiere de la condición de voluntades políticas fuertes, capaces de sortear presiones divergentes

20. Martí, Salvador. *Ibíd.*

21. Diario Barricada, 21 de febrero de 1992. Managua.

que pongan en peligro la aproximación de actitudes y propósitos. El Protocolo de Transición funcionó como amortiguador de inestabilidades sociales. Así, por ejemplo, en marzo de 1992, la dirección nacional del FSLN se reunió durante doce horas con el vicepresidente Antonio Lacayo para prevenir una explosión social que se venía venir por la convergencia de movilizaciones sindicales, de ex contras, ex-soldados sandinistas, y ligas campesinas. Fue útil asimismo para sellar unos compromisos del FSLN con el nuevo gobierno que incluyó a Daniel Ortega en la delegación que Nicaragua envió a negociar ante la Conferencia de Donantes celebrada en Washington y auspiciada por el Fondo Monetario Internacional.

El Protocolo de Transición fue analizado y criticado por actores no participantes como una fórmula de co-gobierno. Ello se ha indicado anteriormente al referirnos a las críticas norteamericanas y de sectores tanto derechistas como de la izquierda social y política, por distintas razones. Pero, en todo caso, expresa bien una doble dimensión del conflicto político nicaragüense: sistémica y sustantiva.

En el orden sistémico «el gobierno entrante necesitaba tejer acuerdos interpartidarios con el grupo parlamentario sandinista con el fin de preservar la institucionalidad y estabilidad del país; en el aspecto sustantivo se observaron espacios comunes de intereses económicos. En el ámbito sistémico surge una nueva centralidad de las élites políticas y económicas en los asuntos públicos, lo que supone un distanciamiento de grandes sectores de la población de toda participación».²² En el sustantivo, el papel del Estado queda redefinido, quedando sus tareas sociales en un plano residual y privatizando parte de lo que habían sido sus políticas públicas. En el ámbito sistémico la transición nicaragüense no se orienta a restablecer un sistema de partidos anterior a la experiencia del gobierno sandinista. No es el caso de Uruguay, tal y como señala Charles G. Gillespie,²³ ni el caso del Perú, siguiendo a Julio Cotler.²⁴ En Nicaragua se trata de inau-

22. Martí, Salvador. *Ibíd.*

23. Gillespie Charles G. (1988), *Ibíd.*, p. 291.

24. Cotler, Julio (1988), *Las intervenciones militares y la transferencia del poder a los civiles en Perú*, en el volumen 2 de *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Paidós, Barcelona, México, Buenos Aires, pp. 246-257.

gurar un auténtico sistema de partidos, frente al esquema tradicional que había preservado las elecciones para el Partido Liberal de los Somoza y el Partido Conservador.

Pero hay una dimensión simbólica, según Marti, que modifica el paisaje social, dotándolo en poco tiempo de una tendencia anómica que disuelve el debate público y prioriza la vida privada. Surge con fuerza un nuevo espacio público: el Estado percibido a través de las pantallas de televisión, que une a un agregado de individuos para transmitirles mensajes de exaltación del provecho individual. Ello tuvo como consecuencia el ingreso en las filas del sandinismo, antes gobernante, de dosis desmoralización que afectarían a su psicología colectiva.

De esta forma el desenlace electoral alteró el paisaje político, siendo el detonante de conflictos intrapartidarios en los hasta entonces cohesionados actores políticos predominantes.

En el caso del FSLN merece la pena volver a destacar la crisis protagonizada por actores con vocación opuesta en el año 1994: por el lado de la moderación, Sergio Ramírez, pedía superar el Protocolo de Transición con una reforma pactada de la Constitución de 1987 que, a su juicio, seguía siendo la carta magna de un régimen fenecido; por el lado de la izquierda sandinista, Mónica Baltodano, defendía la ruptura de los acuerdos con el gobierno de Chamorro, liberando al FSLN de responsabilidades a fin de hacer una política neta de oposición ligada a los sectores populares. Ambas posiciones, por diferentes razones, acusaban a la dirección ejercida por Daniel Ortega de ambigua e insuficiente. El primero terminaría fundando a finales de 1994, el Movimiento de Renovación Sandinista, separándose del partido. La segunda, junto con un nutrido grupos de cuadros fundaría la Izquierda Democrática, a modo de corriente en el interior del FSLN.

La cuestión de la propiedad amenaza la transición

El gobierno de Violeta Chamorro tuvo que resistir las ofensivas desde el seno de una coalición formal, rota en la práctica, de una derecha extremista que hizo del debate de la propiedad su bandera regresiva. La propiedad revelaba una contradicción de fondo de la ultraderecha con el Protocolo de Transición y con el gobierno surgido de su propia coalición. Un grupo de grandes capitalistas privados,

congregados en el beligerante COSEP, une sus fuerzas a capitalistas nicaragüenses residentes en Miami que no están comprometidos en el proceso de reconciliación, ansioso por recuperar los recursos entregados por el sandinismo al nuevo gobierno²⁵ en forma de propiedad estatal, así como por hacerse con las propiedades que beneficiaron a decenas de miles de familias a través de la reforma agraria y urbana del gobierno revolucionario —un 70% de los beneficiarios eran cooperativas.

De modo que, en los primeros meses de 1991, cuando la ultraderecha exige la redefinición de la estructura de la propiedad, la amenaza de un estallido social aparece con claridad. La estrategia apunta no sólo contra las transformaciones sociales del régimen sandinista, sino también contra el gobierno Chamorro y el Protocolo de Transición. Este último había supuesto un reacomodo complejo que otorgaba al gobierno entrante un considerable margen de maniobra para avanzar con prudencia en su proyecto neoliberal. La posición derechista se apoya en el cálculo de que las contradicciones intrapartidarias han debilitado a los firmantes del Protocolo y las condiciones están maduras para un asalto al poder desde posiciones netamente regresivas. Posición que obvia o desconsidera la gravedad de la posibilidad de una nueva guerra civil.

Antes o después el asunto de la propiedad tenía que estallar, al igual que antes lo había hecho la cuestión del ejército. Se trataba de dos pilares estratégicos y simbólicos del anterior período, y por ello mismo la reacción del sandinismo fue en ambos casos radical. Modificar la estructura de la propiedad era, por otra parte, esencial en el objetivo de una elite económica poderosa no-gobernante que luchaba simultáneamente por golpear al sandinismo, a los sectores populares organizados que reclamaban la transferencia de empresas estatales a los trabajadores, y al gobierno Chamorro. La gran empresa, al reclamar para sí el botín heredado por el Estado, con el apoyo de la AID, coloca en crisis a un gobierno ideológicamente afín a la derecha, pero dependiente de la izquierda para su estabilidad.

25. El Área de Propiedad del Pueblo es el nombre que reúne a empresas industriales y agrícolas de carácter público que el gobierno saliente traspasa al entrante.

La disposición de la ultraderecha, al atacar el Protocolo de Transición, es de negativa a toda flexibilización, incluso cuando el FSLN se muestra a favor de revisar casos de expropiaciones y de analizar posibles irregularidades cometidas en transmisiones de propiedad sucedidas tras las elecciones. En pocas palabras, la propuesta de la poderosa ultraderecha era una contrarrevolución agraria y urbana.

Lo que hacía especialmente amenazante esta actitud para el proceso de transición democrática era el apoyo que recibía de la embajada norteamericana. Esta última, obedeciendo órdenes de Washington, vio en la ofensiva derechista una oportunidad para lesionar gravemente el pacto de los moderados con el sandinismo, bajo el criterio de que abortarlo era condición necesaria para desplazar el peso que aún conservaba el FSLN hacia rincones marginales del sistema político. Realmente el FSLN atravesaba a mediados de 1991 por un momento delicado, asediado por críticas generalizadas a causa de la desordenada y sospechosa entrega de propiedades a miles de beneficiarios en los días siguientes a su derrota electoral. Este hecho, ya sancionado en el Protocolo de Transición mediante la ausencia de protección jurídica, no quiso ser explotado por el gobierno Chamorro, necesitado de estabilidad para aplicar políticas de ajuste y cumplir con el programa del Fondo Monetario Internacional. Pero la ultraderecha, excluida de la transición, sí quiso sacar ventaja de que el reparto posterior al 25 de febrero de 1990 representaba el flanco más débil y capitalizable del pacto político y del propio FSLN.

El FSLN respondió a la crisis llamando a que los beneficiarios individuales, un 30%, entregaran sus tierras al Estado para crear un banco de tierras a la que contribuirían los terratenientes. La ultraderecha rechazó la propuesta al considerarla como propagandística y centró su ofensiva en la discusión de los decretos 85 y 86 que regulaban la estructura de la propiedad. Para llevar a cabo con éxito esta operación la ultraderecha emprendió la labor de recomponer la coalición UNO, aislando al gobierno y colocando como ariete a Alfredo César, presidente de la Asamblea Nacional. En esta línea, la federación de Asociaciones Ganaderas de Nicaragua retaron a la presidenta Chamorro mediante un comunicado público: «Abandone la complicidad, desconociendo públicamente el vergonzoso y oscuro pacto denominado «Protocolo de Transición» y use el máximo de fuerza pública para imponer el orden, la seguridad ciudadana y el imperio

de la ley».²⁶ El comunicado demandaba a la presidenta volver con sus verdaderos aliados.

En el mes de junio de 1991 la transición pactada estaba tocada gravemente. Los sandinistas habían abandonado la Asamblea Nacional y miles de militantes tomaban alcaldías y medios de comunicación derechistas en defensa de la propiedad y de los títulos de los beneficiados por el gobierno sandinista. La posición del FSLN liberaba cuidadosamente al gobierno Chamorro de toda responsabilidad. La respuesta de este último ratificó el Protocolo de Transición, rechazando las exigencias de los empresarios y sus expresiones políticas derechistas. Por su parte, los derechistas liderados por Alfredo César y el vicepresidente de gobierno Virgilio Godoy, apelaron a los desmovilizados de la «contra» para que pasaran a una ofensiva de ocupación de cooperativas e ingenios estatales, aprovechando que una gran mayoría esperaban todavía que el gobierno cumpliera lo prometido dándoles tierras y oportunidades de reinserción en la vida civil. Unos 50 cooperativistas fueron asesinados y 110 propiedades agrícolas ocupadas por la fuerza.

La posición de fuerza alrededor de la defensa del Protocolo de Transición contaba con el apoyo del ejército y de la policía, de composición sandinista. Antonio Lacayo, primer ministro, lo dejó claro: «Hay sectores que no comparten el proyecto de reconciliación ni la forma en que se está logrando, pero no podrán influir para cambiar la voluntad política del gobierno ni siquiera un milímetro».²⁷ Esta voluntad del gobierno Chamorro terminó por hacer fracasar la campaña derechista finalmente erosionada por protagonismos y contradicciones internas. Después de un mes de grave crisis, el gobierno y los sandinistas mostraron estar capacitados para devolver la paz al país. Crearon un Foro de Concertación para resolver políticamente el tema de la propiedad, dejando claro que los acuerdos deberían ser anteriores a cualquier cambio en la legislación por la Asamblea Nacional. En cierto modo, la posición de centro-derecha del gobierno —desplazado el vicepresidente Virgilio Godoy del escenario público—, salió más fortalecida que cualquier otra posición en el conflic-

26. Revis. *Envío* n° 117, julio de 1991, Managua, p. 7.

27. Revis. *Envío*, *Ibíd*, p. 7.

to, lo que le permitió iniciar una contrarreforma agraria menos ruidosa, progresiva y pactada entre varios actores políticos: funcionarios del gobierno de Violeta Chamorro, somocistas y dirigentes sandinistas de distintos niveles.

El segundo pacto

El Protocolo de Transición, como ya he afirmado, fue una fórmula para el reequilibramiento de los actores nacionales en la búsqueda de consensos que hicieran posible un cambio de régimen sin rupturas violentas. Para el futuro quedaba la posibilidad de nuevos acuerdos políticos, ya entre partidos dominantes, que fueran cerrando la transición. Y eso es lo que ocurrió. La victoria en 1996 de la derecha, en una pequeña alianza que dio la presidencia de la República al Partido Liberal Constitucionalista (PLC), dio por terminada la etapa de la UNO.

El PLC es una fuerza política que formó parte de la cruzada derechista de acoso y derribo al Protocolo de Transición. Sin embargo su beligerancia bajó de tono, una vez en el gobierno, lo que demuestra que unos mismos actores pueden adoptar posiciones sustancialmente distintas según estén o no en el gobierno o en esferas de poder. En el lado de la oposición, el FSLN decidió inicialmente una política dura, de respuesta a un gobierno nacido bajo la sospecha de fraude electoral y que en sus discursos de campaña amenazaba con golpear los logros sociales revolucionarios del sandinismo. Sin embargo, ambos agentes políticos principales pronto se dieron cuenta que era factible un campo de juego común con dos objetivos generales: estabilizar políticamente el país, de una parte, y reforzar la presencia nacional de los dos partidos con una intención no declarada públicamente de dibujar un bipartidismo frente a la existencia de una constelación de partidos políticos. Estabilizar el país pasaba así por una cirugía antidemocrática: la reducción de la pluralidad por la vía de facto de un acuerdo de leyes restrictivas entre los dos grandes partidos. Esta contradicción se manifiesta en esa esfera del problema al que hace referencia Linz²⁸ al decir que «la democracia política no asegura ne-

28. Linz, Juan J. *Ibíd*, p. 165.

cesariamente ni siquiera una aproximación razonable a lo que podríamos llamar sociedad democrática, una sociedad con una considerable igualdad de oportunidades en todas las esferas, incluyendo igualdad social, así como oportunidades para formular alternativas políticas y movilizar por ellas al electorado». FSLN y PCL decidieron bajar el perfil de la democracia para asegurarse su supremacía.

La aproximación de las dos fuerzas políticas principales, antes confrontadas incluso militarmente, daría lugar en 1998 a una apertura de negociaciones que culminarían en 1999 con un pacto que supera al Protocolo de Transición. Esta aproximación de partidos enemigos es factible porque se da el hecho de que ambos están de acuerdo en la conveniencia de que deben sobrevivir en estado de hegemonía, más aún cuando las dos fuerzas políticas comparten conductas económicas corruptas conocidas públicamente y necesitan ampararse mutuamente.²⁹ Hay un segundo aspecto como es el que la oposición sandinista renuncia a presentarse como la solución a las crisis que vive el país y, por consiguiente, se aleja de la oposición fuerte a las políticas del gobierno. El maximalismo de ambas partes, al enfrentarse a los problemas estructurales del país, ante los que nadie parece tener solución, cede a la necesidad de reconducir la vida política institucional y la confrontación social hacia un campo de acuerdos de hondo calado de beneficio mutuo.

Los nuevos acuerdos o pactos de transición, sin embargo, son contestados por fuerzas políticas perjudicadas por los mismos, así como por analistas que observan un daño a la democracia. Esto plantea dos problemas: de un lado los costos que tendrían que pagar los autores del pacto; de otra parte el juicio de la opinión pública y de la sociedad en el medio plazo, ya que en un tiempo no muy corto sería sancionado el pacto como una degradación de la democracia, en la medida en que, como dice Linz, «está claro que a la gente se la puede engañar algunas veces, pero no siempre». Uno de los firmantes, el ahora ex presidente Arnoldo Alemán, terminaría en la cárcel acusado de malversación masiva de fondos públicos.

29. Arnoldo Alemán salía de alcalde de Managua para ser presidente de la República con grandes escándalos de corrupción denunciados por Mónica Baltodano.

El pacto alcanzó dos planos: la reforma de la Constitución de 1986 y la reforma de la Ley Electoral. Mediante las reformas constitucionales se abordaron problemas políticos que afectan principalmente a los dos grandes partidos que juntos obtuvieron el 88% de los votos en las elecciones de 1996. La reforma sobre nacionalidad establece que ningún nicaragüense pierde su nacionalidad por el hecho de haber renunciado a ella para haberse acogido a otra en tiempo de guerra. Reforma solicitada por el PLC que cuenta con dirigentes de nacionalidad norteamericana. La reforma otorga un escaño de diputado al presidente de la República saliente. Incrementa el número de magistrados a la Corte Suprema de Justicia, lo que permite a los dos partidos una mayor presencia en la misma. Con la misma lógica se incrementa el Consejo Supremo Electoral. Se establece una Contraloría General de la República colegiada en la que ambos partidos se reparten sus influencias. Quizás, la reforma constitucional más relevante sea la que sitúa en un 40% el porcentaje de votos para ganar en primera vuelta electoral (antes el 45%), cifra que desciende al 35% cuando el partido ganador saca un 5% de votos a la segunda fuerza política. Reforma esta última que parece favorecer los propósitos del FSLN, sabedor que sus posibilidades bajan considerablemente en segunda vuelta frente a las alianzas de derechas.

Las reformas de la Ley Electoral suspenden las candidaturas de suscripción popular, crean Consejos Electorales Municipales, y crea limitaciones a la participación de los partidos políticos. Estas últimas exigen a los partidos la presentación de una aval consistente en un 3% de firmas del padrón electoral para poder presentar candidaturas, que en el caso de formarse alianzas supone la multiplicación por tres del número de partidos presentes en la misma (así por ejemplo, una alianza de tres partidos necesita el 15% de firmas del padrón). Por otra parte, en el caso de las elecciones municipales los partidos deberán estar presentes en al menos el 50% de los Municipios del país. La reforma deja establecida que un partido perderá su personería jurídica cuando no participe en cualquier proceso electoral, y lo perderá asimismo cuando no obtenga el 4% de los votos en las elecciones a presidente y vicepresidente de la República.

Como ya he indicado se trata de un acuerdo que dibuja un bipartidismo nacional muy criticado por las fuerzas perjudicadas que no dudan en acusar al FSLN de haber repetido el tristemente célebre

pacto del *Kupia Kumi*, firmado por el líder conservador Fernando Agüero y el dictador Anastasio Somoza. Así, una encuesta de Cid Gallup³⁰ daba el dato de que un 68% de la población lo considera como una repartición de cargos. Se plantea aquí un problema de dimensión ética: ¿Es legítimo un acuerdo entre partes que suponga un reparto de prebendas aún cuando ello suponga un alivio respecto del fraccionalismo partidario que empuja a la inestabilidad democrática? ¿Es legítima en democracia una gobernabilidad sellada sobre la base de una limitación de oportunidades para las fuerzas políticas?

Un problema añadido, directamente ligado a la estabilidad del nuevo pacto entre liberales y sandinistas, es el que tiene que ver con el ejercicio de una oposición fuerte ante el fenómeno de la corrupción. El sandinismo, en cierto modo, no puede denunciar con todas las consecuencias una corrupción extendida en la administración estatal y en el propio gobierno que preside Arnoldo Alemán, ya que ello plantearía dos asuntos de gravedad: el haber pactado con una fuerza política corrupta y sostener el pacto; el poner a este último en crisis. Esta cautividad del sandinismo la hemos podido comprobar reiteradas veces en los últimos años.

El pacto ha sido analizado por algunos autores como un paso más hacia la normalización de un sistema político de partidos y, por consiguiente, hacia una sociedad democrática. Pero como señala Sartori³¹ el formato de dos partidos con distancia ideológica máxima puede derivar finalmente en confrontación civil, siendo para el caso más conveniente un multipartidismo con todos sus costes. Como sabemos, las sociedades con sistemas de pluralismo son más ricas en democracia. Por otra parte, en Nicaragua, la competencia electoral de 1996 logró ya una reducción de la oferta política con la disolución de partidos pequeños que fracasaron en las urnas.

Siguiendo a Tocqueville, todavía en Nicaragua se está lejos de que los beneficios de la democracia se extiendan en estas dos direc-

30. Cid Gallup (1999), Encuesta publicada por Nuevo Diario el 18 de diciembre, 1999, Managua.

31. Sartori, Giovanni (1976), *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*, Alianza Editorial, Madrid, vol. 1, pp. 151-258, citado por Linz, Juan J. *Ibíd.*

ciones: a) el tratamiento equitativo de los ciudadanos; b) la igualdad sustantiva de los beneficios políticos más allá de una formal igualdad de oportunidades. La democracia parlamentaria pactada atraviesa por una cierta crisis derivada en cierto modo del declive de sus funciones, ocupando su lugar los grupos de interés, las iniciativas autónomas de los gobiernos, las negociaciones privadas entre los dos grandes partidos políticos, etc. Pero en cuanto a este fenómeno Nicaragua convive con los mismo problemas que cualquier país de su entorno.

Epílogo a este capítulo

Las razones para iniciar la transición derivan fundamentalmente de factores internos, afirman O'Donnell y Schmitter³² en referencia a una muestra de transiciones desde un gobierno autoritario. En el caso de Nicaragua los factores internos y externos se conjugaron bajo la dirección de una potencia que puso incontables recursos en la empresa de derrotar al sandinismo. La irrupción del sandinismo, su victoria frente al régimen de Somoza, dividió al país, no tanto en los primeros tiempos pero progresivamente desde mediados de los ochenta. Como luego abordaré la división no era exclusivamente de clases sociales sino también la expresión de una ruptura con el mundo anterior. Es cierto, creo, que los factores internos principales estuvieron alentados por el factor externo del intervencionismo norteamericano que acumuló además una fatiga social generalizada a causa de la guerra; un intervencionismo que fue sistemático y global, influyendo sobre la economía y la vida cotidiana de un modo brutal.

El factor externo tuvo en Nicaragua un peso real, determinante. Fue este mismo factor el que alimentó económica y militarmente a un ejército contrarrevolucionario que, denominado obscenamente por Reagan «luchadores de la libertad», actuó de acuerdo con manuales de la CIA que enseñaban a matar población civil como en la estrategia del Vietnam.³³ Este factor externo llevó a Nicaragua a la

32. O'Donnell, Guillermo y Schmitter Philippe C. *Ibíd.* Léase la Introducción.

33. Tiene interés la lectura de *La guerra y el campesinado en Nicaragua* (1995), Núñez, Orlando, Cipres, Managua.

extenuación. Y el acoso y derribo sufrido por el régimen sandinista creó un ambiente de chantajes, una dinámica viciada de negociaciones regionales y otras nacionales con la oposición derechista y la propia «contra», que finalmente pudo encontrar un desenlace positivo en Esquipulas II cuando los actores regionales tomaron autonomía respecto de la ingerencia norteamericana y acordaron las elecciones del 25 de febrero de 1990 en Nicaragua. Unas elecciones en las que el electorado no pudo sustraerse a la idea de que el gane de los sandinistas supondría la continuidad de la guerra, en tanto que la victoria de la UNO podría dar lugar a su fin y a la entrada masiva de dólares. En consecuencia una parte del pueblo de Nicaragua sucumbió al monstruo que seguía afilando sus garras bajo la absurda afirmación de que un pequeño país, agrietado por todos sus costados, era un peligro real para su propia seguridad imperial.

Laurence Whitehead,³⁴ centra bien la cuestión al decir: «Uno de los requisitos de cualquier genuino apoyo internacional a la democratización es que los actores locales dispongan de suficiente libertad de maniobra para actuar en pro de sus propios intereses, y que se presenten como agrupamientos auténticos y no como títeres manipulados por poderes externos».³⁵ En el caso de Nicaragua, como Susanne Jonas señala, Estados Unidos en Centroamérica terminó dando apoyo a los cambios políticos democráticos, pero su meta al intervenir en Nicaragua no era tanto la democracia como la derrota de los sandinistas.³⁶ En primer lugar, para la administración Bush era inaceptable una victoria sandinista en las urnas por lo que puso en marcha una enorme maquinaria propagandística con objeto de atemorizar al pueblo, cuyo lema era: «si ganan los sandinistas la guerra continuará», lo que indica su escaso apego al procedimiento democrático; en segundo lugar, el gobierno de Violeta Chamorro

34. Whitehead, Laurence (1988), *Aspectos internacionales de la democratización*, vol. 3 de *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Paidós, Barcelona, México, Buenos Aires, capítulo 1.

35. *Ibíd.*, p. 48.

36. Es revelador el artículo de Jonas, Susanne, *La política de la administración Bush en América Central*. En *Centroamérica 1990* (anuario) CEDEAL, Casaus, Marta y Castillo, Rolando (coordinadores).

no fue respetado, sino que fue sometido a un castigo económico y a una presión sistemática por el hecho de haber pactado con el FSLN la transición.

Es cierto, en todo caso, como dice Gustavo Palomares Lerma³⁷ que el debilitamiento de la Unión Soviética y la descomposición del bloque del Este, dio a Estados Unidos mayor margen de acción y maniobra en el área centroamericana, a la par que iniciaba su declive el argumento de la expansión comunista en el mundo y en la región, pilar doctrinal de su política de seguridad nacional. Pero la flexibilidad norteamericana llegaría lentamente a lo largo de la década de los noventa, ya en la segunda transición nicaragüense, cuando colocado en el gobierno una fuerza política de extrema confianza, consideró que el sandinismo no representaba ya un peligro grave. Logra, por consiguiente, poner fuera de agenda a Nicaragua como foco de conflicto en Washington y como un asunto de debate público dentro de Estados Unidos. Lo consigue, como dice Jonas³⁸ tras la derrota sandinista en 1990, pero sobre tras el triunfo del PLC en 1996.

Sin embargo, el concepto de «patio trasero» sólo está dormido, tal y como reflexiono en el último capítulo de este libro.

37. Para estudiar la política exterior norteamericana en sus aspectos conceptuales leer a Palomares Lerma, Gustavo, en *La política exterior de las últimas administraciones republicanas*. En *Centroamérica 1990* (anuario) CEDEAL, Casaus, Marta y Castillo, Rolando (coordinadores).

38. *Ibíd.*



VI. LO QUE VIMOS Y VIVIMOS

Desde mi ventana, ya en nuestra casa de Andoain, contemplo la lluvia de verano que filtra mi visión de la montaña, ahora brumosa, que preside el paisaje. Hace muy pocas semanas que regresamos de Nicaragua donde asistimos a las celebraciones del 25 aniversario de la victoria sandinista sobre Somoza. Pienso que ha llegado la hora, en este libro, de recordar algunos grandes logros de la década sandinista y para hacerlo me propongo reconstruir una hora de nuestra reciente visita a la ciudad de Masaya.

Estamos sentados en un pequeño café ubicado en el nuevo mercado de artesanías de Masaya, un gozo para la vista. Aquí se puede encontrar además de lo tradicional obras de vanguardia, formas muy trabajadas que pueden competir con las vasijas, platos, floreros y ánforas de los países más duchos en la materia. Y hamacas. Masaya es la patria de las hamacas. El nuevo mercado se encuentra en el interior del recinto amurallado que ocupa el centro de la ciudad. Estamos viendo llover. Llueve copiosamente en Masaya como siempre en el mes de julio. Mariví comienza a ojear el Nuevo Diario y yo pienso en aquella primera vez que visité la ciudad.

Llegué a Masaya en enero de 1984. Mi memoria puede rescatar de aquel tiempo al menos tres pequeñas anécdotas, simpáticas, que explican cómo era y es Nicaragua. En el bus que tomé en el Roberto Huembes, mercado y a la vez estación de buses de Managua, me senté al lado de un hombre de mediana edad que habiendo luchado contra Somoza me repitió a lo largo de los 30 kilómetros que el sandinismo era marxista y que por ello él emigraba para Costa Rica. Al

poco de pisar la calle, ya en Masaya, una mujer vestida completamente de blanco, Biblia en mano, se empeñó en convertirme a su religión, seguramente la auténtica y verdadera. No mucho tiempo después, al cruzar el parque de Julio César un señor de pelo blanquísimo me preguntó si era francés y se puso a recitar pasajes enteros de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas. Así me estrené en esta ciudad cuyo nombre quiere decir en lengua india *Ciudad que arde*. Masaya heroica, museo de rastros de balas y bombas,

En 1978, en el mes de septiembre, cuentan las crónicas que en esta ciudad caían las últimas lluvias del invierno y bajo la cortina de agua, el pueblo, sabio en pirotecnia, construía cañones de mortero con tubos de agua, y también inventa la bomba de contacto, sin mecha, que estalla al golpear. Y, allí, en medio del tiroteo y bajo los aviones del ejército somocista que bombardeaban la ciudad, las viejecitas caminaban cargando grandes bolsas llenas de ese tipo de bombas y las iban distribuyendo por las barricadas levantadas en los barrios como quien reparte pan. Muchos vecinos vieron entonces a Luz Marina Aguilar, muchacha de dieciocho años, correr con dos bombas de contacto en la mano, gritando: «¡Vamos a ser libres! ¡Viva el Frente Sandinista!» La vieron correr con su pañuelo rojinegro en el cuello, su pantalón campana meneado por el viento, sus zapatillas deportivas nuevas. Al día siguiente la encontraron en la carretera, a la entrada de la ciudad vecina de Granada, y dice un poema que sus dedos parecían hacer la señal de la victoria y su cuerpo estaba lleno de agujeros de balas y de bayonetazos. Pocos meses más tarde, en mayo de 1979, Masaya, en particular su barrio indígena Monimbó, fue una ciudad decisiva en la lucha contra Somoza. Monimbó era Nicaragua y a Nicaragua bien se la podía llamar Monimbó que era un barrio de artesanos de muchos pirotécnicos que inventaron la citada bomba que era como una naranja de tamaño y forma, rellena de charneles de hierro y materias inflamables como el clorato y el azufre. Envolvían la bola con cinta adhesiva y la lanzaban como si fuera una pelota de béisbol. Los artesanos construyeron pistolas de madera de un sólo tiro y una especie de bazokas construidas con tuberías de agua. A Monimbó la Guardia Nacional la atacaba con tanques, con aviones y helicópteros, pero su población resistía con cada vez más fuerza. Hasta las viejitas arrojaban agua hirviendo a los guardias desde las ventanas altas y tejados. Monimbo y Masaya fueron el comienzo

de la liberación. En aquellas horas finales de la insurrección, a muy pocos kilómetros, en Granada, sucedió un hecho del que fue protagonista nuestra amiga Mónica Baltodano. *El cuartel La Pólvora estaba rodeado por las milicias armadas. Cuando al coronel llega la noticia de la fuga de Somoza, manda callar las ametralladoras, abre el portón de hierro y se asoma agitando un pañuelo blanco. Grita: ¡no disparen! Atraviesa la calle y dice: Quiero hablar con el comandante. La mujer que tiene enfrente se quita la pañoleta que cubre su rostro y responde: La comandante soy yo. El coronel vacila: ¿Qué? ¿qué? y enseguida añade ¡yo no me rindo ante una mujer! Y se rinde.*

Veinte años más tarde de aquella mi primera visita a Nicaragua, no es mi intención hacer un recorrido nostálgico, ni dar rienda suelta a los sentimientos, aun cuando en la historia personal de muchos nostalgia y emociones forman parte decorosa de una experiencia personal irrepetible que nos llena de orgullo. ¿Cómo olvidar la primera vez que vimos Managua desde el aire? ¿Cómo no recordar aquellos días en que andábamos buscando el país? Viajábamos devorando el paisaje, bebiendo a la gente, mirando a los ojos en los buses, el sentimiento alerta, aprendiendo a hablar en nicaragüense y, sobre todo, aprendiendo a escuchar. ¿Cómo olvidar aquella primera vez en que con el nudo en la garganta, veíamos marchar a los milicianos camino de la guerra de agresión patrocinada por Estados Unidos? ¿Cómo no recordar los repartos de tierra, las cooperativas que visitamos en los primeros años de la revolución, cuando todavía los ideales estaban frescos y unían a la gente? La revolución sandinista llegó hasta nosotros como una noticia conmovedora. Una revolución política y social, con rostro y corazón humanos, nos invitaba a participar en el proceso de construcción de una nueva sociedad, en un país humilde, casi desconocido, cuyo sólo nombre al nombrarlo nos parecía misterioso.

Mariví ha dejado el periódico y juntos hacemos un repaso de inevitable añoranza acerca de lo que vimos y vivimos. Sigue lloviendo.

Vimos una voluntad mayoritaria por construir, generalizar y defender un sentido de identidad nacional, sin el cual la existencia misma de la nación independiente no es posible. Nos encontramos con un país que, por vez primera en la historia, tenía la posibilidad de ser él mismo, soberano, liberándose del agobiante dominio norteamericano que desde 1856, fecha en que desembarcó el filibustero William

Walker —quien se nombró presidente y proclamó la esclavitud y la anexión del país a Estados Unidos—, no ha dejado de poner su bota sobre Nicaragua, primero con ocupaciones militares, luego a través de la dictadura somocista que fue la que asumió la administración doméstica del proyecto de dominación de los gobiernos de Washington. Los sandinistas recuperaron el país, haciendo posible la construcción de la nación como concepto político consciente, pero también como fuerza ética, como identidad, como realidad autodeterminativa. Esta es precisamente la sustancia de la lucha que libró Sandino frente a la ocupación norteamericana.

Algunos dicen que los mayores logros del sandinismo son dos: haber derrocado a Somoza y organizar unas elecciones para la alterancia del gobierno. Estoy de acuerdo con matices. El sandinismo en 1979 hizo la nación. No lo olvidemos. Hasta entonces Nicaragua sólo era «patio trasero», una finca estadounidense. Y no se trata de decir que el sentido de nación surge improvisado por efecto de la revolución: estaba ya como hebra rebelde, como germen en medio de la historia, como bandera de sublevaciones contra las élites dominantes, estaba en Rubén Darío, en el general Benjamín Zeledón, en el escritor Salomón de la Selva y en incontables hombres y mujeres. Pero fue la victoria sandinista lo que dio a Nicaragua la oportunidad de ser ella misma.

Vivimos un esfuerzo extraordinario por transformar el mundo de las ideas y de las mentalidades modeladas durante décadas en la sumisión, gracias a una estructura económica casi feudal y a un sistema político genocida. Los sandinistas en el poder tomaron como una de sus primeras obligaciones morales y culturales, enseñar a leer y a escribir a cientos de miles de compatriotas que habían vivido en la ignorancia, bajando radicalmente el porcentaje de analfabetismo de más del 50% a menos del 12%. Aquella campaña movilizó a cerca de 100.000 alfabetizadores voluntarios. Transformar las mentalidades significaba asimismo extender en el campo y en la ciudad el sentido crítico, la libertad de hablar, la conciencia de apropiación de la tierra, el orgullo nacional, una nueva concepción de la vida frente a las supersticiones y al tradicional servilismo.

¡Cuántos internacionalistas estuvieron en aquella campaña épica! Víctor Pozas, ahora profesor en la Universidad del País Vasco fue uno de ellos. Él luego nos acogería en su casa de Managua que fue la

nuestra. Cuenta en su libro que ya he citado que la Juventud Sandinista organizó y envió al campo a 52.180 jóvenes, la Asociación de Trabajadores del Campo a 16.630 trabajadores y el gremio de maestros, los CDS y la asociación de mujeres AMNLAE a 16.772. La alfabetización provocó una extraordinaria conmoción cultural y social por el intercambio a que dio lugar entre la ciudad y el campo. Para muchos jóvenes alfabetizadores fue una oportunidad para su propia emancipación. Cuentan que las familias despedían en las ciudades en medio de una gran alegría a aquellas camionadas de jóvenes vestidos con sus cotonas grises. La alfabetización tuvo su continuidad en el programa de Educación Popular de Adultos, donde a finales de 1981 estudiaban unas 170.000 personas.

Vimos en Nicaragua la desigual lucha de los sandinistas por construir un Estado moderno, capaz de atender las necesidades básicas de la gente. Lucha desigual porque se libró en condiciones económicas precarias —cuando los sandinistas entraron en Managua el 19 de julio 1979 las cajas de caudales de la administración habían sido vaciadas, quedando sólo 3.000 dólares, y hasta las pocas máquinas de las fábricas y rebaños de ganado habían sido sacados hacia Honduras y Costa Rica— y porque Estados Unidos con su guerra de agresión desgastó cuanto pudo al pueblo de Nicaragua y a su gobierno. A pesar de todo los sandinistas construyeron un Estado de derecho, por primera vez en la historia; con división de poderes; con un ejército que como luego se ha demostrado es nacional y no partidista; los sandinistas hicieron una Constitución progresista que aún habiendo sido reformada, hoy sigue siendo el pilar del sistema político.

Sí, la lucha fue desigual. De hecho durante los casi once años de gobierno sandinista Nicaragua fue un país sitiado. La agresión fue militar, diplomática, económica, regional. Las administraciones de Ronald Reagan y luego la de Bush padre, decidieron que Nicaragua era un peligro de primera magnitud y levantaron una guerra de baja intensidad (GBI) en todos los frentes. Ridículamente las televisiones estadounidenses hacían creer que hordas sandinistas armadas de fusiles podían subir por el istmo en camiones para atacar alguna ciudad del sur de Estados Unidos. Semejante fabulación fue llevada al cine en la película «Amanecer rojo» que la solidaridad del País Vasco boicoteó activamente manifestándose ante los cinemas. En todo caso la GBI tenía consecuencias de alta intensidad para el pueblo de Nicaragua.

Sufría la guerra viendo caer a sus hijos, sufría la economía por todo el daño que hacían la guerra misma y el boicot norteamericano a los productos nicaragüenses, sufría la diplomacia en forma de hostilidad hacia Nicaragua de los gobiernos centroamericanos y de otros de América Latina. Tan obscena fue la agresión de Estados Unidos a Nicaragua que el Tribunal de Justicia de la Haya, por primera vez en su historia, condenaba a un gobierno por terrorismo de Estado, a raíz del minado del puerto de Corinto. Claro que Estados Unidos no reconoció ni al tribunal, que es de Naciones Unidas, ni la sentencia. Pero, incluso en aquel escenario de permanente alerta ante una posible invasión de los marines sobre Nicaragua, que por cierto no sería la primera en la historia, el gobierno sandinista persistió en construir un Estado moderno, atento a las necesidades de las mayorías sociales.

Y vivimos en Nicaragua un cambio social que transformó la estructura de la propiedad de la tierra, entregando a los agentes del cambio la mitad de las tierras cultivables. La reforma agraria confiscó unas 2.000 fincas de somocistas que abarcaban el 25% de la propiedad. Se impulsaron empresas estatales en el campo, creándose 827 unidades productivas. Más de 225.000 familias campesinas que no tenían nada se beneficiaron de los repartos de tierras. La transformación social sandinista entregó viviendas a decenas de miles de familias en las ciudades. Hizo posible mejores cuotas de bienestar en los campos de la salud y de la educación; por primera vez en la historia se desplegaron medidas preventivas para combatir epidemias, el dengue, la malaria. Recordamos 1981, año en que cerca 100.000 voluntarios se movilizaron en la campaña de vacunación antimalárica que alcanzó al 85% de la población. La revolución sandinista se preocupó amorosamente de los niños y niñas, escolarizándolos, dándoles refugio a aquellos que se encontraron arrojados a las calles.

Los niños y niñas que antes no veíamos tirados en las calles, los vemos de nuevo en los primeros años del nuevo siglo, malvendiendo en los semáforos. Es una visión que mejor que cualquier otra refleja la regresión sufrida tras la derrota electoral de 1990. Realmente es difícil contenerse ante los análisis neoliberales que celebran el nuevo régimen en el que la santísima trinidad son el dinero, el mercado y la explotación, cerrando los ojos ante ese paisaje que conforman en la Managua de hoy un ejército de niñas y niños descalzos en el asfalto ardiente tratando de vender algo. Una buena cantidad inhala pega-

mento, como una forma de sobrevivir al hambre y a la hostilidad que supone trabajar y dormir en la calle. Para colmo, la invasión de rotondas va dejando Managua sin cruces adecuados para que los niños y niñas puedan lograr algunos pesos con qué comer. Mirando lo que ocurre añoramos aquella Nicaragua que siempre protegió a la infancia, la educó, la curó y buscó para ella un futuro mejor.

Vimos asimismo un esfuerzo cultural sin precedentes en Nicaragua. Surgieron editoriales como Nueva Nicaragua y Vanguardia, se publicaba gran cantidad de excelente literatura y se cuidó a los artistas nacionales de todas las artes. ¿En qué lugar del mundo se ha visto que en los cuarteles militares y de policía se extendieran talleres de poesía? Le digo a Mariví que recuerdo de memoria un ingenuo y entrañable poema escrito por un niño leonés de 11 años de nombre José Ramos Salinas:

Verónica
cuando estuvimos en tercer grado
nos separamos para no vernos
ni vos a mí ni yo a vos
y ahora que estoy
en cuarto grado
Miro a todo lado y no te veo.
Te busco de aula en aula
y ya no puedo ver tu cara
con tu peinado media cola.
Sólo miro tu nombre escrito
en mi cuaderno de poesía.

Es el caso de que siendo como soy muy sentimental este poemita permanece en mí como un regalo de aquella época de la que guardo cuadernos en papel marrón acartonado llenos de poemas escritos por niñas y niños, por amas de casa, combatientes y policías en aquellos talleres que por todo el país impulsó el padre Ernesto Cardenal. Hasta las prisiones llegó aquella fiebre de la poesía que es una calentura hermosa que hacía posible descubrirse ante los demás, superada la vergüenza de los propios sentimientos. La poesía escrita muchas veces llevada al reino de los actos, era entonces poseía practicada que busca la transcendencia, «hechos son amores».

Vimos como en la efervescencia de tanto cambio surgían por todas partes movimientos populares, redes asociativas, aunque bien es verdad que con frecuencia bajo la tutela del partido. Evocamos en particular el enorme esfuerzo de las mujeres nicaragüenses que desarrollaron, y aún lo hacen en estos días, foros de debate, centros de atención y formación, clínicas para mujeres, instituciones populares para la planificación familiar y la orientación sexual, etc. Un esfuerzo de género con importantes connotaciones ideológicas y políticas, pues plantearon una lucha de ideas necesaria en la sociedad y en las fuerzas sociales y políticas, al tiempo que reivindicaron y lograron del Estado avances notables en el campo del derecho y de la igualdad de oportunidades, venciendo incluso la resistencia de dirigentes sandinistas impregnados de machismo. Cierto es que en el combate contra el patriarcado y contra ese machismo que atravesaba la sociedad en todos sus niveles, había aún mucho que hacer la Nicaragua de los ochenta; para empezar hubiera hecho falta lo que Orlando Núñez reivindicaba: una insurrección de la conciencia en la propia vanguardia. Cierto es asimismo que los gobiernos neoliberales que han sucedido al sandinismo en el poder han hecho mucho más por destruir los avances feministas y sus estructuras autónomas.

Muchas amigas nuestras estaban comprometidas de lleno en organizaciones de mujeres que, de verdad, habían asaltado realmente el cielo, en la gran batalla contra el obscurantismo, contra la sumisión, contra el patriarcado. Miles de mujeres que habían perdido el miedo a decir NO, que por fin ahora se sublevaban contra la esclavitud, que desobedecían, que salían a las calles gritando por sus derechos y por la felicidad, que desplegaban por el país la planificación, que procuraban abortos responsables, que bajo la consigna ¡nunca más! decían no al pasado y miraban al futuro de la liberación de género como una condición necesaria, inaplazable, de la revolución misma. Mujeres nicaragüenses e internacionalistas juntas en la gran aventura de poner el país patas arriba, cambiando los valores y las mentalidades.

Si, vimos cosas extraordinarias, me dice Mariví: «Un país con absoluta urgencia de construirse a sí mismo. En permanente vigilia para parar las incursiones de un ejército contrarrevolucionario dirigido por la CIA. Un país que en medio del dolor y de la muerte de sus hijas e hijos, en las fronteras, en las montañas del norte, cantaba a la

hermosura de su aventura, humanista como ninguna otra». Es el país que pudo ver nuestro hijo Zigor, cuando vino a visitarnos. Tenía 15 años. El primer día lo paseamos por los barrios de Managua en un coche que andaba a baterías y había que empujar a menudo. Por la noche le preguntamos acerca de si estaba impresionado por la pobreza. Dijo «No. Todo es como me había imaginado» frase que nos pilló de sorpresa y a la vez nos dio la pista de cómo se veía Nicaragua desde miles de kilómetros.

Ha parado de llover y ahora, parados los recuerdos, nos reímos con ganas de aquella vez que Mariví se fue a Granada para hacer de extra en la película *Walker*. Renunció al segundo día, agobiada por los vestidos de época que la sofocaban de calor.



VII. VALORES CONTRA VALORES

La revolución abrió un espacio de oportunidades para el desarrollo de nuevos valores. De este modo los ideales pudieron bajar al reino de la tierra y desplegarse en forma de conductas solidarias y de opciones de vida que incluían la presencia en todas partes de manera incondicional. El mundo subjetivo naciente se abría camino en unos años dramáticos y a la vez atravesados por la ilusión y el sueño de hacer posible lo que durante siempre se había visto como imposible. Debía abrirse camino muy duramente, peleando con un mundo viejo todavía vigoroso que contaba con numerosos apoyos. Este pulso se fue manifestando cada vez con mayor claridad según la revolución era más sandinista, pues ello fue desvelando que el 19 de julio de 1979 no era solamente la derrota de Somoza sino la inauguración de un nuevo orden social y político que incluía nuevas relaciones en la base de la sociedad. Si ello hubiera afectado únicamente a la estructura de la propiedad tal vez las divisiones ideológicas, de aceptación y rechazo del sandinismo, hubiesen sido expresiones de clase. Pero el mundo naciente era mucho más que eso e incluía códigos, tradiciones y creencias colectivas que atravesaban a todas las clases sociales. Si alguien cree a priori que el sandinismo tuvo el apoyo de todos los pobres y la oposición de todos los sectores de la burguesía, se equivoca.

Trabajé durante unos meses de 1986 y otros más de 1987 en la revista *Pensamiento Propio*, editada por el instituto CRIES, y ello me permitió explorar en la realidad social del campo y la ciudad. Pronto me di cuenta que había dos países: el oficial que abarcaba los medios

de comunicación, las voces de los dirigentes, las concentraciones multitudinarias, el activismo de las organizaciones populares, y el mundo silencioso invisibilizado del que también formaban parte gentes pobres de la frontera agrícola y de los barrios de las ciudades. En abril de 1987 fui enviado a la VI región que comprendía los departamentos de Jinotega y Matagalpa, justamente unos días más tarde que muriera asesinado el norteamericano Benjamín Linder, con la misión de hacer un reportaje que detectara la relación entre campesinado y sandinismo en el marco de los nuevos planes agrícolas del gobierno. Las visitas que realicé a las comunidades campesinas pronto me descubrieron que la base social de la revolución en aquellos campos y montañas era débil y en todo caso complicada. El gobierno sandinista, desde 1981, había implementado una política agraria que suponía una ruptura demasiado violenta de las redes de intercambio que vertebraban la actividad económica del campesino. La mentalidad de muchos campesinos permanecía atada a las intrincadas redes de intercambio tejidas por el somocismo. A través de ellas el campesino tenía acceso al crédito usurero, a los insumos y herramientas de trabajo. Podía vender las cosechas al comercio especulador con transporte asegurado. Los campesinos eran explotados por los compradores y comisariatos de montaña pero tenían seguro el abastecimiento para producir y malvivir. Su papel era el de productor de granos baratos sobre la base de un esquema de economía familiar de sobrevivencia o como proveedor de fuerza de trabajo estacional. La revolución quebró los antiguos canales y los substituyó por un Estado comprador que definía los precios a través del ministerio de Comercio Interior. De repente el campesino se encontró con que el crédito, los insumos, el abastecimiento de bienes de consumo, la venta del producto y el cobro, así como el transporte, había que tramitarlo con instituciones distintas y compartimentadas del Estado que impulsaban políticas propias en ocasiones contradictorias.³⁹ Estos cambios radicales chocaron con los valores campesinos anclados en la vieja sociedad. El campesino podía percibir que anteriormente le robaban en los precios pero sentía que era él y no el Estado quién decidía

39. Ver mi trabajo en Revista Pensamiento Propio n° 42, mayo de 1987.

sobre su vida. La dimensión individual o si se quiere individualista tenía un peso tan extraordinario que me encontré con muchos campesinos que rechazaban formar parte de cooperativas en las que las ventajas eran sustanciales. Poseer la tierra era para ellos tener una parcela individual. No es extraño que el mundo campesino tradicional formara un universo aparte de las unidades de producción estatal y de las cooperativas, pues a estas dos últimas formas de propiedad se destinaron el 60% de las tierras confiscadas para sospecha de buena parte del campesinado que comenzó a ver al Estado como una amenaza. Una parte notable del campesinado percibía que se desbarataba un sistema y se imponía otro como un implante artificial decidido en la capital. A ese mundo llegaron los mensajes conservadores de la Iglesia católica y de la contra de un modo eficaz. La idea de que el comunismo destruía el modo de vida campesino encontró un terreno abonado.

Algunos autores han puesto el dedo en las políticas sandinistas que daban preferencia a la colectivización, no forzada formalmente pero sí en la práctica a través del acceso a créditos. Estos mismos autores señalan como erráticos los planes del ministro de Reforma Agraria Jaime Wheelock consistentes en la puesta en marcha de grandes unidades de producción e ingenios que estaban fuera de las posibilidades de un país que tenía su capital en la economía campesina. Sinceramente no sé evaluar el alcance y el grado de razón de estas críticas. Sé, sin embargo, que en líneas generales la revolución urbana que instaló al sandinismo en el poder no entendía bien el pensamiento global campesino y que, además, concebía a este último como un hermano menor no como un sujeto principal de la revolución en curso. Es posible que la cooperativización y el impulso de grandes unidades de producción estatales hubieran podido convivir con una política agraria acertada que cuidara el modo de ser, producir y vivir del pequeño y mediano campesino, que cuidara su identidad. Sin embargo, el asunto se complicó aún más en el norte rural del país cuando la revolución, obligada a defenderse, golpeó la realidad campesina actuando con contundencia.

La región VI y la región I (Nueva Segovia, Estelí, Madriz) habían sido cantera del 80% de la guardia somocista, lo que permitió a la contra tener puntos de apoyo familiares, de orden social y militar. Mientras en muchos lugares del norte el ejército sandinista llegaba,

golpeaba y se iba, las bases de la contra eran firmes y estables. Carlos Zamora, ministro delegado de la Presidencia en la VI región, me llegó a confesar que no es raro que el soldado o el miliciano vea en el campesino un contra potencial. El zumbido de los cohetes «katiuska» no era el mejor mensaje sandinista. Por su parte, la contra, secuestraba, violaba y mataba, haciendo de las cooperativas el blanco obsesivo de sus acciones. Los crímenes de los contras eran infinitamente más indiscriminados y salvajes, pero en esa disputa por el control del territorio sus mensajes impactantes «los sandinistas te roban los hijos» «los sandinistas no creen en Dios» « los sandinistas te quitan la tierra» eran más eficaces que la promesa de un mundo mejor. Hay un buen número de análisis sobre la relación entre guerra y campesinado y el choque de valores entre dos mundos. Los trabajos de Orlando Núñez son de estudio obligado.⁴⁰

«El universo subjetivo, el espacio de los valores, el mundo de la cultura, continuó pagando el tributo de los esclavos: la sumisión y la dependencia del pasado». Nunca insistiremos bastante en estas palabras de Mónica Baltodano. El tributo de los esclavos se daba en el campo y en la ciudad, si bien en esta última las posibilidades de extender los nuevos valores eran mayores. Un dato: a las zonas de montaña del norte llegaban con nitidez no menos de treinta estaciones de radio de Honduras, Costa Rica y Estados Unidos —entre ellas varias de la contra—, mientras que las propias del Estado apenas se escuchaban. Un día de enero de 1984 pude comprobar en la ciudad costeña de Bluefields que la televisión estatal no se captaba y la población veía con normalidad cadenas colombianas. La investigación para el reportaje me llevó hasta un asentamiento de nombre La Esperanza al nordeste de Jinotega. Allí se encontraban 35 familias refugiadas procedentes de un pueblo llamado Yalí, muy castigado por la guerra. Luego visité Las Colinas al norte de la mencionada Yalí, donde había 100 familias también desplazadas por los combates. En ambos casos imperaba la resignación y la nostalgia por la tierra que abandonaron, pero también ansiedad, stress, que los mensajes de los contras logra-

40. Orlando Núñez y otros (1995), *La guerra y el campesinado en Nicaragua*, Cipres, Managua.

ron que fuera traduciéndose con mensajes sencillos en odio hacia el FSLN: «Los sandinistas te arrebatan tus hijos para enviarlos a la muerte». Unos campesinos me contaron que los sandinistas secuestraban niños para utilizarlos en transfusiones de sangre en los frentes de guerra. Averigüé que este grotesco rumor procedía de las emisiones de la radio «15 de Septiembre» que emitía desde territorio hondureño. ¿Cómo contrarrestar esta propaganda? Frente a ella los mensajes sandinistas resultaban complejos, abstractos, ajenos al mundo tradicional de muchos campesinos.

Desde luego el Servicio Militar Patriótico (SMP) afectaba igualmente a la ciudad. Los valores de defensa de la revolución chocaban necesariamente con otros valores menos idealistas. No podía esperarse que todo el país, que toda su juventud, fuera abnegada y dispuesta al sacrificio sin condiciones. En los barrios populares de Managua, León, Granada o Rivas, se vivía con temor el reclutamiento de los hijos y no era suficiente consuelo lo bien visto que era morir por la patria, los velatorios y homenajes con presencia de dirigentes gubernamentales y del partido. Es posible que nosotros, los internacionalistas, cegados por la luz del patrimonio moral del sandinismo sólo viéramos a los familiares de los combatientes como una retaguardia afectiva; les observábamos marchar a los acuartelamientos de las montañas para llevar a sus hijos las novedades de la familia y del barrio, azúcar, pinol, cuajada, algunas galletas, algunos pesitos y sobre todo abrazos. Pero las viajaderas acumulaban fatiga, el temor a una mala noticia al arribo al cuartel y especialmente el desconuelo del regreso. No veíamos la otra cara de la moneda, aquella en la que estaba dibujada el deseo inmediato de poner fin a la guerra. Sinceramente, yo al menos, sólo la vi cabalmente, en toda su profundidad y amplitud en la noche del 25 de febrero de 1990. Ni siquiera fui capaz de capturar toda la gravedad del problema en aquella visita a la VI región; pensaba que era el fruto de una brecha entre la revolución urbana y la realidad rural, un asunto de incompreensión, y que una buena rectificación resolvería el desencuentro. En un escenario complejo en el que los sandinistas eran prisioneros de una guerra impuesta y de su propia impericia para tratar la cuestión campesina la batalla entre dos mundos subjetivos estaba sin duda a flor de piel. Tras la derrota electoral descubrí que el mundo silencioso era un mundo opositor que habitaba incluso en mi centro de trabajo, algo que viví con especial pesar.

Nicaragua, *esa gran plaza abierta con olor a existencia*, era un escenario en el que valores opuestos discutían a todas horas. En ella intervenían la moral y la ética heredadas y la nueva moral y la nueva ética; la funcionalidad de las dos primeras radicaba en la aceptación de las normas y costumbres del mundo que representaba sobre todo la Iglesia Católica, una forma de existencia y del cómo vivir. La batalla era frontal pues la nueva moral y la nueva ética promocionaban la rebelión, el pensamiento crítico y la revisión del modo de estar en el mundo, un nuevo amor, una nueva familia, una nueva sexualidad. Frente a la relación secular del amo y el esclavo las fuerzas sociales y culturales emergentes promovían la emancipación en todas las esferas. Lo realmente singular es que este movimiento subversivo contaba con fuertes aliados en la iglesia popular. Igualmente la presencia de sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos públicamente con la fe era muy extensa en el organigrama institucional. Pero enfrente estaba un poder con raíces mucho más hondas: la Iglesia Católica oficial, con toda su maquinaria ideológica. Su trabajo fue una obra de ingeniería que supo explotar decisiones traumáticas y polémicas del sandinismo: el *affaire* de monseñor Bismarck Carballo, en agosto de 1983, filmado cuando huía desnudo de la ira de un marido engañado, algo que pudo ser montado por el servicio de seguridad dirigido por Lenin Cerna; el cierre de la Radio Católica en los primeros días de 1986; la expulsión del país, el 4 de julio de ese mismo año, del obispo de Juigalpa, Pablo Vega, por hacer propaganda a favor de la contra y de la intervención norteamericana; la confrontación entre el cardenal Obando y Bravo y el canciller Miguel D' Escoto, sacerdote de la orden de Maryknoll, suspendido a *divinis*. El caso del obispo Vega fue particularmente escandaloso. Tuvo que salir expulsado a Tegucigalpa y lo primero que hizo fue officiar una misa para 200 contrarrevolucionarios. Entonces el Departamento de Estado y la Casa Blanca lo presentaron como «un humilde obispo armado con la Biblia, un crucifijo y la palabra». Pero sobre todo, la Iglesia Católica supo explotar la visita del Papa, el 4 de marzo de 1983.

El Papa Juan Pablo II llegó a Managua un día muy caluroso con la idea perfectamente definida de reprender al sandinismo, a su gobierno y a sus sacerdotes. El Vaticano arriesgaba demasiado pero desde la lógica de un papado conservador y anticomunista tenía que

cortocircuitar las simpatías que la alianza entre el sandinismo y la teología de la liberación iba acumulando en América Latina. Era un juego a todo o nada. La secuencia del Papa regañando a Ernesto Cardenal en el mismo aeropuerto, humillante, fue como el pistoletazo de salida de una campaña que ya no cesaría en los años siguientes. En la guerra declarada la Iglesia explotó la fe de los creyentes a extremos insultantes para la cordura y resucitó las «apariciones». Mientras la revolución difundía literatura, extendía la educación, promocionaba todas las artes, era marco de reivindicaciones anteriormente imposibles (protección del aborto en supuestos avanzados, planificación familiar, etc), la Arquidiócesis de Managua lanzaba su ofensiva: el 8 de marzo de 1987 la Virgen se aparecía al campesino Bernardo, protagonista de otra aparición en 1980 en Cuapa, municipio del departamento de Chontales. En esta ocasión la aparición tuvo lugar en la iglesia de Santa María de las Victorias, en El Crucero, a 26 kilómetros de Managua. El mensaje de la Virgen transmitido por Bernardo tenía referencias expresas a la situación de Nicaragua: criticaba al gobierno por el defectuoso abastecimiento de la población y subrayaba la necesidad de dialogar con los contras. Tres meses más tarde el obispo auxiliar de Managua, Bosco Vivas, se desplazó a dicha iglesia y lanzó un sermón terrorífico: «Invito a los feligreses a hacer con fuerza todo lo contrario de lo que nos diga el diablo que anda suelto en estos tiempos. Pronto, muy pronto, llegará la redención a Nicaragua». La última frase correspondía con uno de los puntos del último mensaje de la Virgen a Bernardo. Mi mujer y yo seguimos la historia día a día, entre el estupor y la rabia, guardando recortes de prensa que ahora me son útiles para evocar un episodio que era mucho más que una anécdota. Sin duda los contenidos políticos eran evidentes y en ellos se expresaba una crítica al gobierno que iba más allá de la disconformidad con determinados asuntos. El anuncio de la inminente redención de Nicaragua, la asimilación de la revolución con el mal, el diablo o el poder satánico, ponía de manifiesto el propósito político de las autoridades eclesiales de no reconocer la legitimidad del poder constituido y abogar por su necesaria caída para restablecer un nuevo orden.

Valores contra valores. La revolución, aun con sus rasgos autoritarios y verticales, incluso con sus características monolíticas, era como

he dicho una plaza abierta. En ella florecían organizaciones de base de todo tipo: unas claramente alineadas bajo las banderas del partido sandinista, otras más desobedientes, plurales y listas para abrir las ventanas a nuevos aires ideológicos. Enfrente la Iglesia Católica armada con sus mensajes marianos manipulaba los sentimientos religiosos, con frecuencia de forma más atrevida y perversa que las iglesias evangélicas que poblaban los barrios populares y las zonas rurales. La jerarquía dirigida por Obando insistía en el carácter ateo del régimen sandinista, calificaba de pecados mortales los avances en los derechos reproductivos y los leves progresos en los derechos sexuales y la planificación familiar, y a todo ello añadía las persecuciones que afirmaba sufrir como prueba de que la lucha era entre comunismo y Jesucristo. La Iglesia Católica de Nicaragua recibía desde el exterior el apoyo de estaciones de radio religiosas que no paraban de tensionar la cuestión religiosa, acusando a los sandinistas de querer edificar la iglesia del anticristo con sus propios santos y mártires.

Mientras, la iglesia popular en lugar de avanzar fue replegándose. De los primeros esfuerzos por hacerse visible y militante entre la población se pasó a una vida de corta proyección social. Los domingos que asistí con mi mujer a la iglesia del Barrio Riguero donde se cantaba la Misa Campesina vimos más internacionalistas que gentes del barrio. Riguero es cuna del Movimiento Cristiano que se incorporó al Frente Sandinista; en él tuvo un liderazgo el padre Uriel Molina. Por el contrario, en nuestro barrio Altamira, las beatas aprovechaban cualquier festividad para hacer pequeñas procesiones portando imágenes de la Virgen. El caso es que la iglesia popular siempre tuvo mucha capacidad para generar literatura y reflexionar en voz alta su testimonio. Rescato el caso de Vidaluz Meneses, poeta e hija del general Edmundo Meneses que sirvió fielmente a Somoza. Al general lo ametralló una unidad del Ejército Guerrillero de los Pobres en septiembre de 1978, cuando se disponía a entrar en una barbería en la ciudad de Guatemala, casi a la misma hora en que Vidaluz protegía en su casa de Managua a un grupo de sandinistas. Vidaluz había roto con el mundo de padre con el que se sentía muy unida sentimentalmente. En 1982, el día en que su padre debía cumplir años escribió este poema:

Debiste haber cumplido años hoy
y ya no estás, para tu bien.
Guardo tus palabras
y tu postrera ansiedad
por mi destino,
porque la historia no te permitió
vislumbrar este momento,
mucho menos comprenderlo.
El juicio ya fue dado.
Te cuento que conservo para mí sola
tu amor generoso
tu mano en la cuchara
dándole el último desayuno al nieto,
haciendo más ligera
la pesada atmósfera de la despedida.
Cada uno a su lado,
como dos caballeros antiguos y nobles
abrazándose, antes del duelo final, fatal.

Sin embargo, para mi amiga María López Vigil, directora de la prestigiosa revista *Envío* y excelente voz de la Iglesia popular no se trató de un repliegue. «El punto esencial es que entre cristianismo y revolución sí había contradicción, al revés de cómo se decía. Y la contradicción no era precisamente la oposición de Obando y los suyos. Eran las mismas ideas religiosas prácticamente intocadas en Nicaragua, intocadas por la revolución. En Nicaragua nunca ha habido una reflexión teológica. Los sandinistas creían en el mismito Dios que Obando y orientaron todos sus esfuerzos a combatir a Obando, pero ni se les ocurría cuestionar las ideas sobre Dios. Creo que la fuerza de la Iglesia popular nunca fue real, fue sobredimensionada por la misma dirigencia sandinista en función de sus intereses y tuvo tanto eco en el mundo por el altavoz de la revolución. Fue uno más de los espejismos que provocó en todo el mundo la revolución sandinista».

En todo caso pienso que podemos estar de acuerdo en que la voz de la Iglesia popular llegaba a sectores muy informados e involucrados en la revolución e internacionalistas. Llegaba escasamente a la población normal y corriente. No desplegó de manera sostenible una

militancia de puerta a puerta y una mística capaz de unir las emociones al mundo de la razón. En cambio las iglesias evangélicas, entre las que había de todo, progresistas y reaccionarias, desarrollan una marcha constante, implantándose en los barrios con toda una parafernalia de altavoces, cánticos e invitaciones casa por casa. Por su parte Obando y Bravo realizó entre junio y noviembre de 1985 un número de ochenta visitas pastorales por todo el país con un lenguaje bíblico que daba soporte a la contrarrevolución al legitimarla como interlocutora necesaria del gobierno. Al mismo tiempo removía a los curas prosandinistas de las parroquias y fortalecía más y más su alianza con la política de Ronald Reagan. Todo lo demás lo hacía la vieja moral instalada en amplios sectores de la población, los miedos ancestrales, las supersticiones. La Iglesia es la Iglesia y el infierno es el infierno.

La revolución era una fuerza creadora, de ruptura, que comenzaba como un cambio de la voluntad colectiva. Era así, pero también era una línea divisoria incrustada en el mismo pueblo. El detalle es que el lenguaje de los dirigentes, de los medios de comunicación sandinistas y de nosotros mismos, los internacionalistas, no conocía matices, e incorporábamos a todo el pueblo como un sujeto cohesionado por los mismos ideales y propósitos. En realidad se trataba de una pugna de fuerza contra fuerza, avance contra reacción. Pero incluso aquí caben hacer matices. No todos los que estaban contra el nuevo orden eran partidarios iguales del viejo orden. Las propuestas de los ex somocistas no eran necesariamente coincidentes con las de aquellos que desde la burguesía deseaban un régimen democrático conservador. Lo fácil era colocarlos a todos en el contenedor del somocismo, pero la victoria de Violeta Chamorro y su disputa con Virgilio Godoy vino a clarificar que sus mundos eran mundos distintos.

El choque de valores entre el sandinismo y la burguesía realmente liberal —no del partido liberal— tal vez no estaba en las propuestas legislativas con que el sandinismo quiso hacer una planta estatal más moderna. Tal vez tampoco estaba en la aspiración sandinista a la soberanía nacional frente a la dependencia de Estados Unidos. La contradicción irresoluble estaba en la sustancia de las relaciones sociales, en la alteración de la estructura de la propiedad y la creación de un Estado interventor dispuesto a regular el mercado y los precios. La burguesía realmente liberal se hizo opositora del sandinismo

porque éste era portador de un cambio social que cuestionaba la enorme brecha entre ricos y pobres y dotaba al Estado de poder para aminorarla. Lo que ocurrió es que siendo tanta la fuerza del sandinismo los opositores se necesitaron mutuamente y todos ellos acabaron por ponerse alineados bajo la conducción de Estados Unidos que era el modo más seguro de conseguir la victoria. El somocismo no aspiraba a la democracia que no forma parte de su ideario y desde luego nunca fue su práctica. Pero había empresarios modernos que sí estaban por la democracia representativa, aunque ésta fuera más formal que participativa. En este punto de la democracia es donde creo que sí se ha dado un encuentro entre sandinismo y esta parte de la burguesía. Por su parte, el somocismo y con él Estados Unidos, contaban como base social para su proyecto restaurador a los sectores más atrasados de la sociedad, en el campo y la ciudad, entre las minorías étnicas que precisamente el régimen dictatorial había confinado. En este mundo atrasado tenía lugar una agitación sistemática que representaba un mundo conservador, individualista, intervenido por una espiritualidad mágica que recordaba a la guerra de los cristeros en Méjico contra los cambios agrarios en 1926. La batalla de valores contra valores se libraba en consecuencia en una realidad laberíntica no siempre fácil de resumir.

En la etapa revolucionaria de los años ochenta la modernidad como modelo cultural tuvo mucho peso: se sintetizaba en la idea de realización del sujeto colectivo a través de la historia y la fe en el progreso. Hoy, en la sociedad nicaragüense, tienen mucho más influencia los valores centrados en el individuo, el regreso a la familia tradicional,⁴¹ a las pautas religiosas, la búsqueda de la felicidad y del éxito en la vida privada.

41. Un ámbito especialmente interesante es el de la familia. Durante los años ochenta, particularmente en la primera mitad de la década, la familia llegó a estar absorbida por lo social y era un medio de socialización política. Vida privada y vida pública se funden y la familia se redefine en función de las urgencias de la revolución. Muchas mujeres se incorporan a tareas que anteriormente eran de los hombres en las esferas de la producción, el abastecimiento y la función pública, en tanto que aquellos estaban volcados en la defensa militar. En la medida en que la guerra se hizo más dura la fatiga fue haciendo mella en el rol de la familia que se

poco a poco fue replegándose a lo privado. La derrota electoral del sandinismo en 1990 hizo de la familia el refugio privilegiado de la frustración. Militantes probados se orientaron entonces a la búsqueda del bienestar de sus hijos por encima de cualquier otro ideal. Pero, en el campo de los valores, la familia, sobre todo en la ciudad, era un campo de pruebas de los efectos telúricos de la revolución en lo que tiene que ver con la asunción de nuevos valores, lo que puede resumirse en una apertura de las mentalidades hacia asuntos como el rol de la familia, el matrimonio, el acceso de la mujer no virgen al matrimonio, el casamiento civil, el aborto, etc. No digo que la familia durante la revolución fuera una realidad monolítica, lo que sería absurdo, lo que quiero indicar es que se vivía un ambiente en términos de progreso que empapaba el hecho familiar, lo que favorecía cambios en su interior aunque ni mucho menos de forma generalizada. No tengo datos de cómo pensaban los jóvenes en ese tiempo pero dudo de las estadísticas de una encuesta de 1992 realizada por la Fundación Dos Generaciones que daba los siguientes datos: el 52% de los jóvenes considera el aborto un crimen y otro 25% pecado; el 54% piensa que las mujeres deben ir vírgenes al matrimonio. Es interesante el estudio de Melvin Sotelo Avilés *Los jóvenes: otra cultura*, Editorial Nueva Nicaragua, 1995, Managua.

VIII. EL LUGAR DE LA CONCIENCIA TRÁGICA

La lucha entre valores contrarios, lo bueno y lo malo, delimitaba los campos de dos morales que no podían cohabitar. Una de ellas debía vencer. La moral encarnada en el sandinismo representaba el avance de la historia, la marcha de la humanidad hacia mejor, y nadie que comulgara con el proyecto de la revolución albergaba duda alguna respecto de cuál de las dos morales saldría vencedora. La modernidad era la representación de esta filosofía que tenía en el Estado, en el poder y en la vanguardia política, los resortes que la convertían en un río brioso, imparable, destinado a desplegarse necesariamente en el mar de una nueva Nicaragua. Este optimismo se abría espacio en medio de una guerra cruel y convertido en verdades sencillas suministraba al movimiento sandinista una fe, una conciencia de superioridad en relación con las fuerzas contrarias que buscaban el fin de la revolución. Los dirigentes reconocían que la vida diaria era una batalla permanente pero no había lugar a la incertidumbre: el sandinismo era dueño del futuro.

Pero en la vida personal de cientos de miles de nicaragüenses la lucha entre valores era conflicto, contradicción, no era un camino armonioso sino pulso trágico. La voluntad general de defender la revolución a toda costa no podía hacer olvidar que la experiencia individual, intransferible, estaba llena de imperfecciones y de elecciones entre males, no sólo entre el bien y el mal, y que la ética de la alegría proclamada chocaba con el viaje cotidiano lleno de trampas. La guerra misma era una fuente de hechos y conductas reprobables que iban desde la destrucción de bienes de campesinos pobres que se creía vin-

culados a la contra a ejecuciones extrajudiciales injustas. En su momento, los autores, soldados y milicianos, podían encontrar una coherencia moral entre los hechos y la suprema voluntad general de defender lo justo. Pero cuando el sandinismo perdió las elecciones, mostrando que el futuro puede ser regresivo y que no hay *mundo ideológico seguro*, y poco después los comportamientos de dirigentes emblemáticos comenzaron a ser contrarios a las creencias que alimentaron ¿qué pasó entonces con los de abajo, con los que estuvieron en la primera línea, los que tuvieron que vivir en sí mismos violentas batallas morales? Recuerdo un caso que impresionó profundamente a la sociedad nicaragüense. Es un caso extremo que tuvo eco en el diario *El País* narrado por el español Julián Egea Martínez y que de alguna manera representa bien lo dramático, la idea de que en la lucha de valores contra valores no todo era tan sencillo como la proclamación de la nueva moral, de lo bueno frente a lo malo.

El suceso cuenta las terribles vicisitudes de un soldado del Ejército Popular Sandinista capturado por la contra en la región de norte de la Costa Atlántica. Después de un combate el muchacho quedó perdido por la selva. Estuvo tres días sin dormir, caminando de un lado para otro, en busca de una pista que lo condujera a un lugar con población. Por fin quedó dormido, sentado junto a un árbol. Déjemos que nos narre su propia voz:

Me despertó un campesino cuando ya era de día. En las charlas de la compañía, el político nos hablaba mucho de los campesinos. Hay los que están con la revolución, nos decía, y los que están con la contra. Los que se van con la contra es que son ignorantes. Les cuentan la mierda de que nosotros les vamos a matar porque estamos en contra de la religión y que les vamos a quitar los niños para mandarlos a Rusia, y ellos se lo creen. También hay algunos que se venden por unos dólares. En la montaña, si se pierden, recurran siempre a los campesinos son los únicos que les pueden sacar. Si están con la contra les llevarán a su casa y allí les entregarán; si están con la revolución les llevarán directamente a la base. Nunca digan que andan perdidos.

Este me despertó. ¿Qué hubo?, me dijo. Aquí, durmiendo un poco, le contesté. No mienta, me dijo, usted anda perdido.

Sígame, soy su baqueano, usted quiere ir a Kukalaya, ¿verdad? Yo no le contesté y me levanté empuñando el fusil aka. El comenzó a caminar. Yo le seguía, a distancia.

Después de seis horas caminando ya no podía más [del hambre que tenía. ¡Ideay!, le dije, ¿anda comida? No ando, me dijo, ¿lleva hambre? Una barbaridad, le dije. Sígame, pues, respondió. Entonces nos desviamos de la trocha que llevábamos y en seguida llegamos a una champita de unos misquitos. Se conocían. La casa era de tablas. Ellos las hunden en el piso y las cubren con hojas. Por allí se miraban cuatro cipotes todos desnudos y bien tripones. Es que en la selva todo el mundo anda tripón. Ni chanchos, ni gallinas, ni chompipes, nada, ni siquiera peces se miraban. Nos sacaron unas tortillas. A mí lo de las tortillas me parecía como un gran lujo, de verdad. Las tortillas las preparamos nosotros con un poquito de arroz y luego los frijoles. Yo creo que me comí como quince tortillas, pero no de las chiquitas sino bien grandotas, como las que nos daban en los cortes de café. Es que con una tortilla de ese tamaño uno pasa todo el día. Pues quince me comí yo. Cuando terminé con las tortillas ya era por la noche. Muchacho, si quiere que le agarren, ¡camine! yo me quedo aquí, hay mucho movimiento estos días. Me prestaron una hamaca de saco, yo la colgué afuera de la casa y me dormí al ratito. Cuando me desperté ya no había nadie. Yo nunca me separaba del armamento. Allí seguía, en mi hombro. Por lo menos no se me han llevado el aka, pensé. Recogí unas tortillas y me puse a caminar por el río, para no dejar rastro.

Casi de inmediato noté que me seguían. Fuí a cargar el arma, pero le faltaba el cargador. Puta, me jodieron, pensé. Eran bastantes, o sea, cuando menos una fuerza de tarea. Unos cincuenta, pues. Caminaban rápido. ¡Hijueputa, párate! Yo corría como un loco. Entonces comenzó la balacera. ¡No disparen, me entrego! Si a! menos me hubiera quedado un tiro me habría matado. Tiré el aka al río y levanté los brazos. Aparecieron por todos lados. ¡Manos en la nuca! me gritó el jefe. ¿Dónde está el aka? Permanecí callado. Entonces me dio tal clase de golpe que me fui de bruces al río. ¡Levántate, cochón! Yo estaba vomitando las tortillas. ¡Que te levantes! El agua me llegaba por la cintura. ¿Y el fusil? Antes que contestarle a ese perro yo me dejaba ma-

tar. Máteme si quiere, le dije. ¡Te vas a enterar, tuco de mierda! Me dieron una mochila que pesaba una barbaridad, luego me hicieron quitarme las botas y me colocaron en medio del grupo. Caminar descalzo por la selva y encima con una mochila llena de balas es una salvajada. Yo me iba cagando en los pantalones y lo único que quería era que me mataran pronto. Yo sabía que tarde o temprano comenzaría el interrogatorio. A cada rato echaba a correr, entonces me zancadilleaban y me caía de bruces. ¡Al que dispare me lo cargo!, dijo el jefe. Entonces ya no intenté escapar más. Es que lo que yo quería era que me mataran, pero, qué va a ser, esos perros son unos sanguinarios. Cuando llegamos al campamento me ordenaron sentarme y me pusieron a un maje que no hacía más que apuntarme y darle golpecitos al fusil. Me ponía nervioso. Así me pasé todito el día. Tenía los pies ensangrentados y casi no los sentía. En cuanto fue de noche me ataron los dedos con un mecate fino y me pusieron a otro maje. Me dormí. Me desperté con el ruido. Los compas sandinistas les habían localizado. Era el amanecer. Se tiraron todos al suelo y empezaron a correrse. Caían los obuses sin parar. A mí me vigilaba un maje. El campamento era un claro de selva rodeado de cerros. Cuando ya todos se habían ido y yo pensaba que se habían olvidado de mí, apareció el jefe y me soltó los pies. Me apuntó con el fusil. Caminé delante de él saltando por entre los muertos, casi todos llenos de agujeros. Subimos a un cerro y entonces fue cuando me mandó cargar con uno de los nuestros que acababa de caer. Me lo cargué al hombro y nos unimos a un grupo de unos veinte contras. Entonces nos internamos en lo tupido de la selva y me mandaron cavar un hoyo. Allí enterraron a sus muertos. Después el jefe se dirigió a mí: ¡Tú, hijueputa, desnuda al compa! Me puse a desnudarlo. ¡Toma!, y me dio un machete. ¡Trocéalo! Yo me puse a correr. Noté un golpe seco y me caí de bruces. Entonces comenzaron a patearme, me pateaban hasta en la cabeza. Yo me quedé como tonto. ¡Levántate, mierda!, me gritó el jefe. Me levanté. ¡Trocéalo! Comencé a machetearlo. Era una tremenda asquerosidad, A mí me temblaba todito. Ellos estaban bien tranquilos. Saltaba la sangre y andábamos todos bien pringados. Duró como una hora. Yo no soy muy creyente, pero mientras duró lo que le

cuento yo rezaba por dentro para que Dios me perdonara. Yo creo que nunca me lo va a perdonar. Cuando terminé, el jefe me preguntó: ¿Dónde ibas ayer cuando te agarramos? A mí sólo me temblaba el cuerpo. Ya verás tú, hijueputa, murmuró. Entonces me dieron una mochila. Guarda al compa ahí. Mientras yo echaba los trozos dentro no paraba de rezar, comencé a rezar de una forma obsesiva, sólo rezaba para mí, ¿verdad? Padre nuestro que estás en los cielos... perdóname, Diosito, Diosito, rezaba a cada rato. Cuando el compa estaba todo en la mochila el maje me dijo: ¡Cárgalo, cabrón! Lo cargué. ¡Camina! Yo ya ni sabía lo que estaba haciendo.

Seguíamos en lo tupido. Como ya casi no sentía los pies, me iba cayendo a cada rato. Parecía borracho. En la noche me regalaron una tortilla. ¡Toma, cochón!, para que no te mueras. Cada vez que me hablaban se me ponía como un odio en el pecho y entonces en lo único que pensaba era en cómo matarlos a todos. Me imaginaba las muertes más horribles del mundo. Por la noche no me dejaron quitarme la mochila. Esta noche duermes acompañado», me dijo uno que era guatemalteco. Yo tenía como una nube en la mente y todo me daba vueltas. Los odiaba como no se imagina. Y así me dormí, con la mochila puesta. Esa noche soñé con mi mamá. Más que un sueño fue una pesadilla. Era cuando la insurrección. Los muchachos nos acababan de dejar unos fusiles de caza que nosotros guardábamos en depósito hasta que vinieran a buscarlos. Nosotros los escondimos en un cesto que tenía mi mamá lleno de juguetes, cuando de pronto apareció la guardia en dos jeeps. La guardia tiró la puerta y comenzaron a registrarlo todo. No decían nada. Como no encontraron nada, esposaron a mi hermano y ya Me despertaron a golpes. ¡Vamos!, y vuelta a caminar. A cada rato yo sólo pensaba en la mochila, y cada vez que me acordaba empezaba a rezar. Diosito, perdóname. Al tercer día de llevar la mochila en la espalda el olor era ya insostenible. El compa se estaba descomponiendo. Era un olor repugnante. Yo ese olor es que lo llevo grabado aquí, en mi cabeza, y no se me va nunca. Se te pega al cuerpo y ya está. El resto del grupo se alejaba de mí como si fuera un leproso. Ya me llamaban el apestoso. Debíamos andar perdidos porque yo sólo les oía comunicarse con su base en Honduras, pero nunca llegamos

a la frontera. Al quinto día de marcha nos encontramos con un IFA en la carretera de Siuna a Rosita. Un IFA es un camión militar. Sólo iban diez compas pero los mataron a todos. O sea, es que antes minaron todita la trocha. Entonces se repitió la misma operación, que lo cortes, que para dónde te dirigías, que lo metas en la mochila y así. Yo ya no rezaba para mí, sino que me ponía a hacerlo a gritos. ¡Padre nuestro que estás en los cielos! ¡Diosito, perdón! ¡Yo no quiero hacer esto, cabrones, cabrones! Ellos se ponían encachibadísimos y me empezaban a golpear con las culatas hasta que me callaban de puro golpe. Yo no podía vaciar la mochila y tenía que echar los trozos encima del otro compa. Fue todo tan repugnante y el olor era tan fuerte y tan asqueroso que de pronto se me nubló la vista y perdí el conocimiento. Cuando me desperté tenía la mochila cargada en la espalda. Estaba tumbado en la grama. Yo me miraba el cuerpo y ya no me parecía mío. Tenía los pies amoratados, pero ya ni los sentía siquiera. Yo no entendía muy bien qué pasaba ni qué estaba haciendo yo allí. Yo creo que me desperté por el olor. Me llegó de golpe. Comencé a gritar como loco: ¡Padre nuestro...! Entonces empezaron a golpearme. ¡Cochón! ¡Cochonazo! ¡Cállate! ¡Que te calles ya, mierda!, y así hasta que me callaba.

No sé cuánto tiempo me tuvieron así. Yo me iba volviendo cada vez más loco, principalmente por el olor. Ya ni comer podía, todo lo vomitaba. No sabía dónde estaba, no sabía lo que hacía. No me importaba nada. Pero no soportaba el olor. El olor se me metía dentro. Se me metía en el pecho, y entonces yo me quería morir. Ni me acuerdo a cuántos compas me hicieron cortar. La mochila ya se estaba pudriendo y los trozos se iban cayendo. Entonces me mandaron atarla con un mecate. Yo rezaba sin parar. Me estaba quedando imbécil. La mochila ya formaba parte de mi cuerpo. Nunca me la dejaban quitar, sólo me la descargaban para llenarla de más compas. No comía nada. Ellos jamás se acercaban a mí y ya ni siquiera me querían investigar. Ya nunca me hablaban. Una noche les escuché platicar. Se debe de estar volviendo loco, ¿se han fijado en su cara? Vamos a tener que matarlo. ¡Ni hablar!, dijo el jefe. Cuando se vuelva loco del todo le soltamos, para que vean los comunistas lo bien que tratamos nosotros a los prisioneros. A partir de ese día descuidaron mu-

cho la vigilancia. Una mañana, cuando desperté, el que me vigilaba no estaba. Ni siquiera lo pensé; solté la mochila, me robé un aka y me corrí de allí. No escuchaba nada, ni sé cuánto tiempo estuve corriendo. Sólo miraba lo tupido de la selva y lo verde por todos lados. Corría y corría para olvidarme de ese maldito olor, pero, ¡qué va a ser!, el olor no se iba, lo tenía pegado a la ropa. Me quité la camisa y seguí corriendo. Cuando no pude más me subí a un palo y allí me quedé. No pensaba bajarme jamás. Aquí me quedo, me dije. Aquí me muero. Esos hijueputas no me agarran otra vez, a mí no me ponen esa mochila de nuevo, antes me pego un tiro. Y le quité el seguro al fusil. Ni me acuerdo cuánto tiempo estuve subido al palo, pero notaba que todo me resultaba extrañísimo. Me obsesionaba encontrármelos de nuevo, bueno, me aterrorizaba, así que mantenía el fusil cargado y apuntando hacia abajo. Me aterrorizaba dormirme. A cada rato me venían a la cabeza pensamientos macabros; me acordé de lo que nos contaba el capitán de su mujer: fue cuando nos contó lo de la bolsa. Los mercenarios dejaron cerca de la base una bolsa abandonada. Alguien la recogió y se la entregó al capitán. Cuando la abrieron aparecieron restos humanos, entre ellos estaban la mano y una oreja de la mujer del capitán. Ella vivía en Bonanza y él reconoció los restos por el anillo de casado y por la chapa de la oreja. Le enviaron al hospital militar. Se escapó de volverse loco. Yo trataba de no pensar en esas cosas, pero los pensamientos me venían solos, pensamientos malos, morbosos, y yo me regodeaba con ellos. Entonces comencé a oír a los compas. No tardaron en aparecer. en aparecer. Les reconocí en seguida. Estaban Pichardo, Munguía, el capitán. Pero no me alegré nada de verlos. Lo primero que pensé fue que eran una banda de cabrones que me dejaron abandonado en la selva y que me estaban buscando para matarme. Entonces se me subió la sangre a la cabeza y de un golpe les vacié el cargador allí mismo. Se corrieron todos y se tiraron al suelo. El capitán me reconoció: ¡Loco, somos nosotros!, ¿que no ves? ¡Hijueputa!, le dije. ¡Cabrones!, ¿qué buscan? ¡Les voy a matar a todos, mierdas! Me dejaron en la selva como a un perro... ¡Cochones! No, me dijo, durante cinco días te buscamos y te dimos por muerto. Mentira, me abandonaron, a mí no me buscó nadie. ¡Les voy a matar! ¡Cabrones!, ¡cerdos! Munguía

se levantó. Loco, no seas baboso, yo mismo estuve en el pelotón, te buscamos cinco días sin parar. ¡Tapudo, jodido! Eso lo decís para que no te mate. ¡Sube aquí si eres hombre! ¡Cochón! Sentí un golpe en la espalda y ya no me acuerdo qué pasó. Me desperté en la base. Yo estaba completamente desorientado. No sabía por qué estaba allí, pero todos me parecían contras. Les miraba con cara de asesinos a todos, a mis propios compañeros, y sólo pensaba en matarlos a todos y en escapar de allí. Me levanté y agarré del cuello al compa que me vigilaba; se me subió la sangre y lo tumbé. Me agarraron y me ataron a la cama. ¡Asesinos!, les gritaba. ¡Os voy a matar! Entonces llegó un médico que me inyectó no sé qué y me dormí.

Desperté de nuevo en el hospital militar. Todo lo miraba borroso, me sentía como de cartón. Tenía un tubo enganchado al brazo y siempre dos enfermeros a mi lado. Creo que estuve allí cuatro meses. De cuando en cuando me despertaba con pesadillas. En las pesadillas siempre me miraba corriendo por la selva con la mochila en la espalda. Me seguían los hombres de azul y cada vez las piernas me pesaban más, era como si los pies se me volvieran de plomo. Era horrible. Me despertaba agitado y con la obsesión de escapar y destruirlo todo. Sólo pensaba en matarlos a todos. Matar a todo el mundo. Era como una obsesión. Es que yo vivo obsesionado, ¿sabe? Cuando salí me mandaron a casa. Cada dos horas tenía que tomar unas pastillas que me dieron. Todos en mi casa me miraban con miedo. Yo les odiaba por eso. En mi casa no me querían ni ver. Es que a mí me daban ataques y, claro, ellos me miraban como a un loco. Un día ya no tomé las pastillas. Me desperté por la noche, estaba asustadísimo. Lo único que quería era no despertarme por las noches, a mí eso me daba pavor, porque en el hospital lo rompía todo, por eso me daban las pastillas; eran para dormir. No sé cómo ocurrió, pero yo estaba intentando ahogar a mi madre y mi hermano me estaba golpeando con un fajón. Vinieron los vecinos a mirar. Entre todos me amarraron a la cama, entonces vinieron los enfermeros y me llevaron otra vez al hospital. Luego me mandaron aquí, al psiquiátrico. Yo todo esto lo tengo bien grabado, como si fuera una película, ¿sabe? A mí no me gusta contarlos, porque luego me dan pesadillas y empiezan

los ataques. Es que cuando me pasa eso no me controlo, soy como si fuera otro. Yo lo que quiero es curarme ya, no sé si me he vuelto loco o qué.

La historia de este soldado desvela el otro lado de la épica. Para él no hubo otra opción que elegir entre dos males: trocear a sus compañeros caídos violando un código sagrado o asumir su propio fin. Es muy posible que otros combatientes hubieran elegido su propia muerte, incapaces de sobrevivir a semejante precio; ello habría representado el lado de la armonía, de las ideas puras. Sin embargo, podemos pensar razonablemente que el protagonista de esta historia representa a las mayorías de Nicaragua, a las gentes normales, al sandinismo práctico: él quería sobrevivir. Sucede que la proclamación de Dora María Téllez, Tomás Borge y otros dirigentes de cómo ha de ser la mujer y el hombre nuevos respondía a un enfoque alejado de la realidad. Sencillamente esa figura ejemplar escapaba a toda posibilidad de una humanidad afincada en la tierra y con problemas reales. Es absurdo trasladar el perfil humano y revolucionario de los mejores a propuesta para la ciudadanía. La ciudadanía compleja y plural no puede ser lo que el sandinismo oficial proponía que fuera, la perfección. El imaginario de la mujer y del hombre nuevos, en la línea del Che y de acuerdo con ese valor que afirma que morir por la patria y la revolución es un privilegio, una disposición jubilosa, introduce una identificación entre pueblo y dios: los humanos convertidos en seres omnipotentes capaces de mover montañas, sin límites, ascendiendo por la ruta de una perfección casi directa. Una cosa es *el hombre medida de todas las cosas*, la aseveración de Eduardo Galeano de que el Che le devuelve al ser humano el protagonismo de la historia, pero ese ser humano (individuo, comunidad, pueblo) no puede ser pensado como el dios terrenal, el divino social, que para realizarse dispone de un rigorismo moral e incluso de una normativa no escrita que sirva de medida para el juicio de los comportamientos: olvidarse de uno mismo es el primer mandamiento. Los pusilánimes no pueden ser militantes del frente sandinista, decían los discursos.

En la Nicaragua que vivimos, no en la resultante de una visión, el pueblo en la pobreza no podía ser un pueblo movido únicamente por el motor de los valores buenos. La escasez crea mucha competencia por adquirir aquello de que se carece. Y si los primeros tres o

cuatro años de la década de los ochenta fueron el efecto de la fuerza derivada del nuevo poder político, en los años siguientes la realidad de cada día imponía la urgencia de vivir como fuera y el individualismo era la expresión siempre humana de buscar cómo dar de comer a la familia, cómo darle para vestir, cómo evitar ir a la guerra. No podía haber unicidad, ni la judeocristiana, ni la marxista, ni la sandinista. De modo que el listón puesto para alcanzar la humanidad nueva estaba demasiado alto. Los nuevos valores luchaban contra los viejos valores, pero los primeros tenían su propia batalla interna. Durante la campaña electoral de 1990 se decía que votar a la alianza de la derecha por temor a la guerra —«los sandinistas no nos asustamos» afirmaba Borge— era indigno, impropio de la nueva Nicaragua en construcción; pero después de las elecciones, cuando ya los hechos eran inamovibles, se trató de comprender las razones por las que sectores populares no votaron al sandinismo. La necesidad de perfección humana había sido vencida por una ciudadanía compleja, real, sujeta a la imperfección, a la tragedia de tener que elegir entre males, que vive en conflicto permanente y ello representa su lado más humano. El soldado que trocea a sus compañeros puede asemejarse a esa parte del pueblo que habiendo estado del lado de la revolución durante unos años termina votando a la derecha opositora para sobrevivir. No asimilar que esto es también racional es como tener la creencia de que hay una armonía previa en cada persona y en la relación de ésta con la comunidad política; pero en la realidad hay y habrá desgarramiento, no superhumanos. Dicho así la derrota electoral puede tener que ver mucho más con los errores del partido gobernante o con la dimensión trágica del problema (la guerra y la fatiga social) que con la imperfección de muchos votantes.

La nueva ciudadanía es más terrenal. No es que las vidas ejemplares no tengan cabida en esta ciudadanía. La tienen. Precisamente porque son excepcionales. Señalan una tensión necesaria ya que todas las personas tienen el derecho de ser mejores. La conclusión es que no hay contradicción entre la admiración hacia los mejores y la dignidad de todos —de la misma que muchos admiramos al Che con hondura—; ese todos concebido como plural, complejo, imperfecto y contradictorio, que puede variar sus comportamientos pues no están dirigidos por una racionalidad de la armonía. En mi opinión hay que rescatar la cohabitación entre orden y desorden, entre

contrarios, pues eso es lo que caracteriza a la realidad humana. Si comprendemos que esto debe ser así, podremos concluir que el pueblo de Nicaragua no nos falló el 25 de febrero de 1990; tampoco nos dejó de fallar. En realidad la pelota no estaba en su tejado sino en el nuestro. Nosotros pusimos el listón de las expectativas demasiado alto. El pueblo, en sus dos comportamientos electorales, quería vivir.

Diferente es la responsabilidad de los dirigentes, de los que alimentaron un discurso que invitaba una y otra vez al sacrificio total. Ellos son los que fallaron. Ellos los que se traicionaron y traicionaron. Los que parecían haber vencido a los viejos valores y eran portadores de los nuevos, una referencia, fueron derrotados por su propia incoherencia. ¿Tal vez no se creían aquello que predicaban? ¿Puede que su discurso moral estuviera en realidad ultrapolitizado, no interiorizado, no hecho vida espiritual real?

Nosotros, los internacionalistas que estuvimos allí, comulgábamos generalmente con el proyecto humano de la perfección y la armonía. En realidad el problema no fue exclusivo de Nicaragua. Forma parte de la literatura de la izquierda, del marxismo, del pensamiento judeocristiano que aspira a la redención. Así por ejemplo la anécdota que nos cuenta Galeano acerca del malestar del Che ante la visión de un vendedor de helados nos provoca simpatía, pero a nada que lo pensemos bien nos damos cuenta que responde a una visión peligrosa de la sociedad. La lección que podemos sacar es que los cambios sociales, las transformaciones profundas de la sociedad habrán de hacerse con la gente corriente; habrá santos, hombres y mujeres mejores en medio de una multitud llena de imperfecciones y siempre, siempre, dos mundos subjetivos, el viejo y el nuevo convivirán en permanente conflicto.

La literatura de la izquierda tiene sin embargo excepciones. Una de ellas es José Carlos Mariátegui. Curiosamente en Nicaragua el peruano fue un gran desconocido. En los supermercados era corriente encontrar muchos libros de Lenin, pero no de Mariátegui. Hubiera sido interesante que al menos los dirigentes del sandinismo supieran de su conciencia trágica. José Carlos Mariátegui en un comentario de la novela *El cemento para Repertorio Hebreo*, expresa una visión intensa: «La revolución no es una idílica apoteosis de ángeles del Renacimiento, sino la tremenda y dolorosa batalla de una clase por crear un orden nuevo. Ninguna revolución, ni la del cristianismo, ni la de la

Reforma, ni la de la burguesía, se ha cumplido sin tragedia. La revolución socialista que mueve a los hombres al combate sin promesas ultraterrenas, que solicita de ellos una tremenda e incondicional entrega, no puede ser una excepción en esta inexorable ley de la historia. No se ha inventado aún la revolución anestésica, paradisíaca y es indispensable afirmar que no será jamás posible, porque el hombre no alcanzará nunca la cima de su nueva creación, sino a través de un esfuerzo difícil y penoso, en el que el dolor y la alegría se igualarán en intensidad». La agonía de Mariátegui tiene que ver con la idea de que su destino es la lucha y no la contemplación. Es una lucha solitaria que no garantiza la consecución de sus fines. El socialismo mariateguista no significa la solución de todos los problemas ni la anulación de los conflictos. El socialismo en Mariátegui era un ideal que permitía cohesionar a la gente, obtener una identidad, construir una multitud en marcha y dar un derrotero por el que merece la pena vivir. Era ante todo una moral y un mito colectivo; una especie de religión de nuestro tiempo. Una meta por la que luchar sin que nada garantice su consecución. Su posición heterodoxa cuestiona el paradigma eurocéntrico, utilizando el marxismo como un instrumento de análisis y no como una teoría prescriptiva. Mariátegui piensa en un largo proceso de construcción de una voluntad nacional popular que se extiende a la manera del movimiento cristiano que su maestro Sorel había tomado como ejemplo para mostrar el mito de la formación de los grandes movimientos populares. El socialismo de Mariátegui no es ningún destino trazado, choca con el marxismo de herencia hegeliana que pretende haber capturado el curso de la historia. La esperanza es un valor superior que cualquier previsión razonable.

El enfoque de Mariátegui tiene mucho de incertidumbre, es una pasión más que una visión de la historia; la lucha no garantiza el final feliz. En él el dolor y la alegría cohabitan, el conflicto es permanente y la tremenda e incondicional entrega de unos no supone la armonía de todos.

IX. LA TERNURA DE LOS PUEBLOS Y EL EJÉRCITO *CHELE*

Un mediodía de diciembre de 1986 circulaba lentamente con mi modesta Suzuki por la avenida Bolívar, en dirección a la vieja catedral, cuando a la altura de unos magníficos murales de vivos colores que representaban algo así como la historia de América Latina observé a un grupo de cinco o seis personas rodeando a un policía de tráfico que, no sé por qué razón, me pareció en dificultades. Paré y me acerqué al grupo que enseguida supe que era italiano. Preguntaban al policía por un determinado lugar y tal vez debido a que no era managua él no estaba muy seguro en la respuesta. Pude ayudarles. Nos dieron las gracias y reanudaron su camino ayudándose de sus bastones. Sólo uno de ellos tenía visión y al parecer no completa. Los otros eran ciegos. Comenzaron a caminar dando voces animadas mientras el policía y yo les observábamos sumidos en la confusión. Luego nos miramos. El policía estaba conmovido y a mí me bajaba una lágrima por el rostro. Jamás olvidaré aquella escena.

Un grupo de italianos ciegos visitando Nicaragua no era sin embargo tanta novedad. Al país llegaban en aquellos años lisiados de todo tipo como parte de una oleada de solidarios de todas partes del planeta. Un alto porcentaje procedía de Estados Unidos. Eran hombres y mujeres de distintas iglesias, laicos, reverendos, religiosas, sindicalistas, ecologistas, feministas, veteranos de guerra. Eran personas muy valientes que se desplazaban a las zonas de riesgo donde actuaba la contra, tal vez empujadas por un sentido multiplicado de la responsabilidad, contestatarios como eran del gobierno de Ronald Reagan. La familia Linder, tras el asesinato de Benjamín, se compro-

metió para siempre con el pueblo nicaragüense, al igual que su novia Alison Quam. Su hermano John, con el apoyo del actor Kris Kristofferson al que vimos cantar el 19 de julio de 1987 en Matagalpa, inició un despliegue de denuncias en las que acusó a la Casa Blanca de apoyar a un ejército de asesinos. El atentado en su propio país, contra el veterano del Vietnam Brian Wilson, también tuvo mucho eco. Ocurrió que un grupo de pacifistas entre los que estaba Wilson quiso parar un tren cargado de armamento que se dirigía al puerto de San Francisco. Las armas estaban destinadas a Centroamérica. El convoy no paró y Wilson fue el último en escabullirse de las vías dejando sus dos piernas amputadas como cuota a su protesta. Wilson era conocido en Nicaragua por sus estancias siempre en zonas de guerra denunciando el apoyo que el gobierno de Estados Unidos daba a los contras. Recuerdo el emotivo acto de solidaridad con Wilson que realizó en Managua el colectivo de discapacitados, cientos en sillas de ruedas dando las gracias al norteamericano que trató de parar una nueva ayuda a la contrarrevolución. El gobierno le concedió la orden Augusto C. Sandino. Son incontables los hechos que demuestran la generosidad de esa parte del pueblo norteamericano que aterrizaba en Nicaragua en misiones casi siempre muy bien organizadas y sin necesidad de visa pues el gobierno nicaragüense la había suprimido para contrarrestar la posición hostil del gobierno norteamericano. No muy politizados pero cargados de un sentido radical de la justicia hombres y mujeres volaban desde Miami a un pobrecito y digno país cuyo nombre pronunciaban arrastrando la erre. Los veías delante de su embajada armados de carteles y pancartas; los encontrabas en los barrios populares y en zonas rurales haciendo ayunos; construyendo clínicas y escuelas; recolectando café y algodón; entregando manifiestos a los medios de comunicación y haciendo ruedas de prensa; eran como hormigas con sus caras generalmente *chelitas*⁴² y tocadas con sombreros de paja o gorras de béisbol. Particular importancia tuvo el colectivo Veteranos por la Paz constituido por ex soldados de las guerras de Corea y Vietnam. Recorrió Matagalpa y Jinotega desafiando a las emboscadas de la contra, renunciando a toda protección

42. En Nicaragua se dice *cheles* a las personas de piel blanca.

militar y confiando en sus camisetas blancas. Dormían en escuelitas y casa comunales y más de una vez arribaban a un poblado poco después de un ataque de la contra. El día que entraron en Wiwilí, cerca de la frontera con Honduras, cientos de habitantes salieron a darles la bienvenida como si fuera un Domingo de Ramos, portando palmas.

Nicaragua era el punto de encuentro de todas las solidaridades. La alemana perfectamente diseñada, muy bien articulada con los comités de base de su propio país. Tuvo en Bernd Koberstein a su propio mártir, asesinado el 28 de julio de 1986 precisamente en las proximidades de Wiwilí, pueblo hermanado con Freiburg que era la ciudad de Koberstein. Los mártires alemanes pudieron ser más pues ocho de ellos fueron secuestrados durante veinticuatro días de marchas forzadas por la selva. Los liberaron cuando Helmut Köhl se comunicó directamente con el presidente Reagan. La alemana era una solidaridad muy eficaz, tanto la procedente de la Federal como la que llegaba de la República Democrática. De esta última arribaron a Nicaragua muchos profesionales, médicos, enfermeras, técnicos de todo tipo. Los sindicatos de la RDA construyeron un avanzado y amplio hospital en la carretera norte de Managua al que pusieron el nombre de Carlos Marx. Las mujeres y hombres internacionalistas provenientes de la Federal eran un mosaico: libertarios, espartaquistas, comunistas, socialdemócratas, gays, ecologistas, feministas, pacifistas, luteranos, católicos, todo un despliegue que tenía su cuartel general, creo recordar, en el barrio 1º de Mayo de Managua, no lejos del famoso mercado Roberto Huembes que en tiempos de Somoza era Mercado Central. Los alemanes de la Federal fueron los primeros o al menos los más eficientes en levantar una red de tiendas en su propio país para comercializar el café nicaragüense. Otra cosa era la solidaridad italiana. Latina como la del estado español carecía de la organización de la alemana pero era campeona en inventiva y era enorme en cuanto a recursos humanos. En realidad las y los italianos son la alegría de cualquier evento internacional, también hoy en día. No hay más que acercarse al Foro Social Mundial. En la Nicaragua de los ochenta su solidaridad era poderosa y estaba formada por todo tipo de gentes desde muy jóvenes hasta ancianas partisanas. Sólo la Asociación italo-nicaragüense tenía más 3.000 miembros organizados en 150 círculos y no paraban de inventar actividades por toda

Italia. Asociaciones gremiales, católicas, políticas, universitarias, organizaban actos culturales para recaudar fondos y presionaban a su propio gobierno para que aumentara las ayudas al desarrollo de Nicaragua por la vía bilateral y de las ONG. Con los grupos de la solidaridad italiana era fácil conectar y hacer amistades; todos hablábamos alto y sabíamos las mismas canciones. Había una solidaridad nórdica, callada, reservada, pero potente en recursos económicos. Finlandeses, noruegos, daneses y suecos, construían. Eran capaces de levantar por completo una ebanistería en Chontales, una escuela perfectamente dotada en Carazo, cincuenta viviendas en Río San Juan, un reglamentario campo de béisbol en Chinandega, o una fábrica de cemento en la vieja carretera a León. Parecía que no estaban pero estaban en lo suyo. Quiero decir están. Tal vez la solidaridad nórdica, principalmente de los sindicatos, es de las que mejor han resistido las derrotas políticas. A lo mejor es un asunto de carácter. Puede ser que los nórdicos no hicieran la misma lectura que otros hicimos acerca de las expectativas revolucionarias y que fuesen más prudentes. El caso es que ellos han perseverado y el secreto puede estar en que nunca confundieron al pueblo sandinista con el gobierno y la directiva del partido en el poder. Es un asunto para indagar. La solidaridad suiza fue siempre muy firme en sus convicciones. Yo, pobre ignorante, creía que Suiza era un país de gente que se dedicaba esquiar y a disfrutar de su buen nivel de vida. En El Salvador conocí a mujeres y hombres suizos trabajando como médicos en las zonas guerrilleras mientras capeaban como podían los bombardeos. En Nicaragua pagaron también un precio doloroso por sus ideales. Sólo en 1986 fueron asesinados en sendas emboscadas el agrónomo Maurice Demierre y el cooperante Ivam Leyvraz que viajaba con el alemán Koberstein. A Maurice le conoció Maribel Wolf, una amiga mía veterana de la solidaridad que hoy trabaja en Terre des Hommes. «Recuerdo a Maurice una noche en las ruinas del Gran Hotel, disfrutando del ballet de Nicaragua bajo las estrellas. Luego supe de su muerte y aún lo evoco cuando veo las estrellas». Pocos años después de la derrota electoral de 1990 comités suizos decidieron dar su apoyo a la Izquierda Democrática Sandinista, sobreponiéndose a la depresión política y revelando que para ellos la lucha está lejos de haber terminado. Dieter Drüssel, un viejo amigo de Zurich, me explicó qué era esa corriente política y me animó a tomar contacto con sus miembros. Maribel

Wolf me habla de la solidaridad francesa: «Eramos de distintas ideologías y creencias religiosas, pero todos éramos sandinistas» Ella me recuerda la muerte de Joel Fieux, hijo de Bernadette, una amiga suya. «Lo mató la contra cuando regresaba de una misión arreglando radios en las cooperativas amenazadas. Lo hirieron y lo remataron en el suelo. Joel era insumiso y había salido de Francia por negarse a hacer el servicio militar. Su madre no la había visto en cinco años cuando él fue a recibirla al aeropuerto. Le dijo que estaría de regreso en unos días y pasarían juntos una semana de vacaciones, pero murió asesinado y Bernadette tuvo que asistir sola a su entierro. Nadie de la embajada de Francia acudió porque era objetor de conciencia».

No es mi propósito hacer un repaso prolijo de aquellas solidaridades. Los países eran muchos y las organizaciones y el número de brigadistas incontables. Enumerar los actos de abnegación, los hechos y los éxitos, las anécdotas significativas, sería una empresa de largo aliento. Pero lógicamente debo escribir unas notas sobre nuestra solidaridad, la de las mujeres y hombres del estado español. ¡Qué decir! ¿Cómo valorar tantos actos de amor? Bastantes vendieron sus coches u otras pertenencias para pagarse el viaje y permanecer un tiempo en Nicaragua. Un gran número puso un paréntesis a sus noviazgos y/o a sus matrimonios porque había que estar en Nicaragua. Otros dejaron el trabajo, los estudios. Muchos recolectaron dinero en pueblos pequeños y grandes de nuestra geografía, vendiendo calendarios, rifas o lo que fuera para que las brigadas pudieran viajar a Nicaragua. Unos iban, otros venían y otros terceros preparaban con ilusión su oportunidad. Cada brigada sembraba un surco y el fruto de la esperanza se multiplicaba en los barrios, universidades, centros de trabajo, asociaciones y comités de solidaridad. Era una fiesta. No había fin de semana que no hubiera un acto para defender Nicaragua: en Zaragoza o en Talavera de la Reina, en Oviedo o en Bilbao, en Barcelona o en Madrid, en San Sebastián o en Granada, en Marinaleda, en Santa Coloma, en Alcorcón, en Vigo, en Gijón, en Canarias, en todas partes sonaba la música de Carlos Mejía Godoy y lucían las banderas rojinegras.

En Managua se abrió la sede general en el barrio 14 de Septiembre con el nombre de Ambrosio Mogorrón. Pero la solidaridad vasca contaba a su vez con dos sedes acordes con distintas sensibilidades políticas: una en el barrio Pancasán, en la casa de Mertxe Brosa, mujer

solidaria afincada hace mucho años en Malpaisillo donde vive para sus ideales, y la otra en Linda Vista. Era una división motivada por el conflicto político de nuestro propio país, pero en Nicaragua sin ser lo mismo estábamos juntos allá donde había que estar. Es el caso que la solidaridad del estado español en su conjunto lo fue todo: entregada, valiente, convencida, generosa, alegre, coherente, radical, movilizadora, persistente, ingeniosa, una enorme familia que se conocía en los aviones, en las concentraciones grandes y pequeñas, en la recogida de cosechas, en los festivales de La Piñata en Managua, en las salas de baile, en los cafetines de León, en la isla de Ometepe haciendo un poco de turismo, ascendiendo volcanes, en el mar y en las lagunas, una gran familia unida por su decisión de dar apoyo a la revolución popular sandinista. No éramos, sin embargo, diferentes de las brigadas solidarias de otros países. ¿Cuál era realmente el cemento, las ideas-fuerza que unían las piezas del gigantesco puzzle de la solidaridad?

El internacionalismo fue una apuesta incondicional y gratuita para con Nicaragua. Por eso era auténtica y no mera proyección de intereses personales o de grupo. Comportaba una relación interhumana, una relación social con una doble dimensión: el que-hacer objetivo expresado en innumerables realizaciones concretas y el mundo subjetivo que era proximidad, humanidad, pasión, ternura, contacto de rostros y de manos. En la simultaneidad de ambas dimensiones se mostraba la aproximación al sufrimiento, la interiorización de las ideas, la ejemplaridad. Esa forma altruista de solidaridad arraigaba en la personalidad humana más genuina. No era un cálculo, no era instrumental, era la humanidad misma representada en sus mejores valores, la otra cara de la insolidaridad, de la indiferencia, que también son parte de lo humano. Era una solidaridad con convicciones, que defendía y atacaba, que amaba y odiaba. Aquella solidaridad colectiva fue aprendiendo, dotando a los ideales, a los sentimientos y a los talentos genéricos de un conocimiento acumulado, de una visión cada vez más compleja de la realidad. Y fue aprendiendo, codo con codo con los organismos gubernamentales nicaragüenses a ser más práctica y eficaz en las realizaciones. Se fue organizando mejor y articulando con mayor fluidez lo que se hacía en el terreno con toda la extensa retaguardia de la solidaridad activa en ciudades y pueblos regados por el mapa mundi.

El escenario conflictivo, de riesgo, nos ayudó a percibir que la solidaridad se construye en lucha, que la justicia se edifica contra fuerzas muy poderosas que actúan en todos los frentes. Y que semejante batalla exigía comenzar a recorrer el camino de la integralidad pues el futuro estaba en todas las trincheras, no sólo en las políticas, también en la cultura, en los estilos de vida, haciéndonos cargo de la realidad toda, cargando también con ella como lo hacía el sandinismo. No bastaba con ser políticamente firmes, debíamos ser y muchos lo fueron, personas dignas que supieron sellar amistades y lealtades profundas, dispuestas a lo que hiciera falta, con humildad en la forma y el fondo y una forma de vivir austera. La solidaridad así expresada era más que un movimiento para un proyecto futuro: era presente y revelaba que se podía afrontar las cosas más difíciles desde la fuerza de la pasión, de la voluntad, del «yo no me rindo». Era presente y además circular pues Nicaragua, sus gentes, los sandinistas, devolvían lo que recibían y nos enseñaban a «necesitar» del otro y de los otros. Lo devolvían de acuerdo con sus posibilidades y sus destrezas: nos daban poesía, literatura, hospitalidad y alojamiento, comida, afecto, acogida, historias, consejos, medicinas caseras, cantos, risas, motivos para llorar, amistad, una forma de mirar el mundo, solidaridad política cuando la necesitábamos. Era por consiguiente una solidaridad dialógica, de ida y vuelta, altamente ética, fieramente enraizada en la vida.

La solidaridad tenía en su origen muchas lecturas políticas. Quiero decir que si bien su destino era el pueblo de Nicaragua, y él era el punto de partida y llegada, el internacionalismo tenía en París o en Madrid, en Bruselas o en Bilbao, fuentes ideológicas variadas. Con frecuencia la solidaridad era la expresión de muchas derrotas políticas. Mayo del 68 había quedado atrás como un recuerdo, una nostalgia vivida con sabor a impotencia. El Che había caído. Nos llegaban noticias de los horrores de los países del llamado socialismo real. A Salvador Allende le dieron un golpe de estado y cientos de miles de chilenos huyeron a Europa. En nuestro país la muerte de Franco no había dado lugar a la esperada ruptura política; todo estaba atado. Vivíamos una época con escaso optimismo cuando el sandinismo derrocó a Somoza. Y todo empezó a ser distinto. Un poco de luz asomando por entre las nubes. Y ello hizo que miles, hombres y mujeres influidos por los mismos acontecimientos pero de ideas y

creencias diferentes se unieran en una empresa común. Había algo que los unía además de la defensa política de la revolución sandinista: el humanismo. Una solidaridad radicalmente humanista como lo era la propia revolución sandinista en sus raíces filosófico morales. El afán por lo justo no puede realizarse en el individuo, sino sólo en la comunidad humana, dejó escrito Martín Buber. Esa era precisamente la gran tarea del ejército de *cheles* en su misión de acompañamiento al proceso revolucionario: soldar una alianza entre seres humanos separados por la geografía y las latitudes, por la economía, el desarrollo y las culturas, para hacer juntos la obra de otra humanidad. Ese afán, esa avidez por una humanidad nueva también estaba en el internacionalismo. Y aun cuando fuimos partícipes de los enfoques erróneos ya señalados en páginas anteriores, la misión de humanizarlo todo era una pretensión loable. De hecho al desplegar en nuestras propias sociedades actividades en pro de Nicaragua y contra el imperialismo estábamos empeñados en cambiar los valores imperantes. En la práctica íbamos difundiendo esa buena nueva que late en el núcleo humanista: la idea de que la felicidad es derecho de todos, incluso de un pequeño y pobre país. Así era como regábamos el jardín de los valores universales, concibiendo el mundo como el lugar de una suerte común del género humano. Al defender a Nicaragua defendíamos el universalismo como nuevo mundo sentimental, nueva cultura y nueva civilización, el bosquejo fundacional de una nueva realidad humana.

El movimiento de la solidaridad con Nicaragua fue el más grande desde la guerra de Vietnam. En tamaño fue seguramente menor, pero incorporó al mundo religioso, al académico y a las incipientes ONG. Dio impulso a una globalización nueva, solidaria, en unos años de auge del neoliberalismo que ya entonces difundía una cultura cargada de contravalores y dificultaba la autonomía de los pueblos. El fenómeno solidario se expresó como una invasión pacífica de un pequeño país que convocaba a la lucha contra el imperio y en defensa de los humildes. La solidaridad era también política y centraba sus afanes en la resistencia frente al imperialismo norteamericano y el derecho a la autodeterminación de un pequeño país. Era por eso que el ejército de *cheles* cantaba con ímpetu esa estrofa del himno sandinista que dice «*luchamos contra el yanqui, enemigo de la humanidad*». Era la sociedad civil que se levantaba frente a las estructuras de po-

der, contra sus propios gobiernos que no hacían lo necesario para defender el derecho de Nicaragua a vivir libremente y lanzaba un grito moral. La nueva globalización construía una interdependencia de actores sociales, una alianza de valores, de lucha y de propuestas. Se erigió consecuentemente en una plataforma de pensamiento global, pero también de lazos sentimentales poderosos. Este movimiento cometió errores: en ocasiones quiso empujar la realidad de Nicaragua hacia sus propios modelos. No lo consiguió y además siempre tuvo que rectificar. Por lo demás, si alguna crítica global puede y debe hacerse al internacionalismo que pobló y amó Nicaragua deberíamos fijarnos en el ámbito del pensamiento y de las conductas a él vinculadas: fuimos poco críticos. Excesivamente complacientes con aquello que no nos gustaba. Fuimos sumisos, leales, incondicionales, creyentes, seguidistas. Todos ellos eran síntomas de una enfermedad infantil, pero también la expresión, se quiera o no, de una generosidad total, completa.

Hoy, mirando hacia atrás sólo se me ocurre decir que esos errores fueron poca cosa comparados con los aciertos. Y el gran acierto fue estar allí.

Mi crítica —que es también autocrítica— al movimiento de solidaridad con Nicaragua no mira a los ochenta, mira a los noventa. La derrota electoral nos dejó fuera de combate, mucho más de lo que hemos sido capaces de aceptar. De la confusión inicial pasamos progresivamente al alejamiento cuando no a la censura global contra el sandinismo, en una especie de catarsis que recuperaba el tiempo de la crítica no realizada. Del idealismo tal vez extremo pasamos al pesimismo desenfrenado. Es verdad que las noticias relacionadas con la *piñata* eran de suficiente calado como para invitar al movimiento de solidaridad con Nicaragua al repliegue. Si nos fallaban aquellos en los que tanto creímos ¿no era mejor abandonar discretamente? Sin embargo, estaba la gente, el pueblo llano con el que moralmente nos habíamos juramentado. La gente ahora sin guerra pero sometida a un proceso de acoso por parte de las nuevas fuerzas neoliberales en el poder y de los deseos de revancha de la derecha somocista. Estaban también expresiones organizadas de base, de mujeres, de campesinos, de jóvenes, que pronto se dispusieron a resistir los embates de la violencia jurídica que pisoteaba derechos y de las nuevas políticas gubernamentales. Estaban también sandinistas históricos que con el

paso del tiempo han ido ensayando formas de agrupamiento y que siguen, pacientes, esperando su hora, la hora del sandinismo popular. Sin embargo, nos falló la vanguardia histórica y nos alejamos de Nicaragua.

Después de 1990 la solidaridad con Nicaragua casi desapareció. En todo caso perdió su carácter libre, popular, y comenzó a quedar mediatizada por las agencias de financiamiento de proyectos de desarrollo. Las ONGD sustituyeron en buena parte a las redes solidarias anteriores y todo se hizo más espeso, más calculador, menos generoso. Pero la responsabilidad no es de las ONGD que hacen lo que pueden; lo es de quienes no pudimos sobreponernos al declive de un movimiento. Los veteranos de la solidaridad hemos asistido al transcurrir del tiempo, callados, sin levantar la voz ante hechos que conciernen gravemente al pueblo de Nicaragua, y si fue verdad que nos creímos fusionados con ese pueblo, parte de ese pueblo, también nos conciernen a nosotros. Estoy pensando en las políticas de restauración de los tres gobiernos liberales que han atacado gravemente las conquistas de la revolución. Bastan dos ejemplos: el analfabetismo drásticamente reducido durante los ochenta galopa otra vez sin freno y el sistema de salud ha dejado de ser universal y lo es para quienes lo pueden pagar. Pero también estoy pensando en la política del FSLN, particularmente en el pacto con el gobierno de Arnoldo Alemán en ese capítulo que es la justicia. La marcha al bipartidismo es negativa pero más aún lo es el pacto que reparte el poder judicial entre los dos partidos para protegerse de la corrupción. ¿Por qué el FSLN dirigido por Daniel Ortega buscó y logró que la justicia esté en manos de dos partidos políticos? Se han parado a pensar los dirigentes del sandinismo oficial cuánto ha dañado a la democracia la falta de división de poderes. ¿Cuánto lesiona a la legitimidad del Estado que jueces sandinistas protejan actos delictivos de sandinistas, y jueces liberales hagan lo mismo con sus correligionarios? Esto es lo que está pasando.

Mis amigos del sandinismo crítico, me dicen que hace falta paciencia. Esperan el momento en que sea posible una regeneración del movimiento y del partido. Doctores tiene la iglesia. Pero a veces pienso que de todos modos no hay tiempo que perder, pues los cambios requieren ser empujados, y me pregunto qué papel tiene que jugar la solidaridad.

Es absurdo pensar que aquélla solidaridad puede volver. Lo sabe muy bien el Comité de Solidaridad de Zaragoza que como los suizos nunca ha dejado de estar presente en Nicaragua. También lo saben esos solidarios de Catalunya —entre los que se encuentran los infatigables Pablo Otero, Joan Palomés, Sonia Potoy que es natural de la isla de Ometepe—, que apoyan sin complejos aquellas propuestas ligadas a la corriente de izquierda del sandinismo. Ningún viento sopla igual ni en fuerza ni en intensidad. Aquellos años ochenta simplemente no volverán y ahora las urgencias solidarias tienen tareas urgentes en Palestina, contra las guerras y por la paz. El nuevo internacionalismo apunta hacia causas globales y señala a los poderosos de la Tierra. Tiene la virtud de una visión holística, transnacional, capaz de capturar la relación entre lo global y lo local. Ello constituye un paso de calidad pues nos acerca al empoderamiento de una propuesta civilizatoria, cuya dejación en el pasado dio lugar al empobrecimiento de la izquierda. Una de sus dimensiones es precisamente la *civilización de la solidaridad*, propuesta que no pretende situarse en las llamadas coordenadas del progreso, como si éste fuera un aliado cómplice seguro de las aspiraciones de liberación, sino que surge teniendo como compañía la incertidumbre, el no saber apenas nada de cómo será el futuro, teniendo como compañía una cierta conciencia trágica. Este nuevo internacionalismo se ha alejado con razón de los grandes relatos y de sus utopías acabadas, pero no de la utopía comprendida como tensión, como camino, como lucha permanente por lo que no es y queremos que sea. En el pasado la creencia de que los hechos y la historia acabarían por darnos la razón nos otorgaba una seguridad pero también una soberbia ideológica que era la palanca del dogmatismo y del sectarismo; todo cuanto hacíamos, cada acto, tenía ese telón de fondo que concibe el movimiento de la historia de un modo simple y unilateral, desplegándose ascendente según la dialéctica de Hegel y de Marx en la dirección correcta. Ahora, el nuevo internacionalismo cree menos en la historia y más en lo que puede hacer a cada momento. Es el presente y la fuerza real social lo que cuenta. Es verdad que por eso mismo nos movemos en la inseguridad y somos más prudentes. Pero la misma idea de que el futuro es inseguro, no comprobable, y que lejos de cerrar el círculo de los asuntos a debate hay que abrirlo ya que no existen esquemas preestablecidos que enseñen el camino, nos hace más revolucionarios. Ya la transfor-

mación no puede ser decretada siquiera por la autoridad de la historia. Es la hora de desarrollar una fuerza intelectual, espiritual y práctica, una potencia crítica a todo lo existente, una actitud de investigación, a sabiendas de que el añorado Cambio Social no es inevitable y resultado seguro de las contradicciones que vive el capitalismo. El postcapitalismo al que aspiran los nuevos movimientos internacionales surge como lo deseable en medio de la amenaza del neoliberalismo y también como ejercicio de la razón crítica.

Puede parecer que propongo sustituir una concepción optimista de la historia por otra pesimista de igual peso. No, en absoluto. De lo que se trata es de concebir la vida como una batalla permanente superando todo pensamiento complaciente con el llamado progreso. Ahora sabemos que el movimiento de la historia no es una rueda de luces en expansión jubilosa hacia el futuro. En realidad, en la literatura y en las proclamas de la izquierda social y política había mucho conservadurismo agazapado que confiaba en la famosa revolución por etapas. Lo decía Rosa Luxemburgo: «Sólo la vida, en su efervescencia, sin obstáculos, es capaz de producir miles de formas nuevas de vida, de improvisar, de hacer surgir fuerzas creativas y de corregir ella misma todos los intentos equivocados». Si esto es así, los determinismos históricos ya no tienen lugar en lo que debe ser un nuevo mundo subjetivo de la izquierda social y política. Luchar por la igualdad y la justicia sin saber cuánto podremos lograr, constituye una aventura moral de inspiración netamente humanista, radical. Estos objetivos dan una idea de dirección pero no pueden resolver cómo tomarán cuerpo institucional. Por otra parte, la sustitución de una visión armoniosa por utopías más modestas, lejos de ser un factor desmovilizador debe motivar exactamente lo opuesto: una rebelión cotidiana frente al espanto. Lo que debilitó a la izquierda fue el creerse poseedora del futuro y conecedora de todas las soluciones. Esta creencia fue doblemente dañina: en primer lugar por ilusoria, y en segundo término porque desconsideró profundizar sobre problemas de los que, en realidad, sólo sabíamos el enunciado. Así pues tenemos motivos para ver en los nuevos movimientos un aire fresco inspirador de *Otro mundo posible*.

Hay sin embargo en el movimiento altermundialista algunos puntos débiles de los que rescato dos por su relación con este libro sobre Nicaragua. Uno de ellos tiene que ver con la brecha entre el impacto mediático global del movimiento y su frágil arraigo local. Pienso que

se ha dado un desplazamiento, un bandazo unilateral, de un internacionalismo localizado e identificado con luchas concretas a un internacionalismo que plantea batallas globales. La oposición global es muy necesaria y permite tener una visión del mundo, una vigilancia sobre los poderes en la sombra, una mirada crítica sobre las relaciones internacionales, un diagnóstico del capitalismo deslocalizado y desregulado, pero tiene la dificultad de que las batallas son saltos calendarizados en una agenda global de movilizaciones y reuniones continentales y mundiales; hay poco arraigo local, concretado en agendas que puedan incorporar mayor número de gentes alrededor de objetivos más tangibles. El internacionalismo localizado en la solidaridad con pueblos concretos tiene la ventaja de poner toda la fuerza en la consecución de metas cercanas, como puede ser el apoyo a una comunidad campesina, a una municipalidad que empuja el presupuesto participativo, a un movimiento social y sus luchas, a una corriente política que se propone liderar un proyecto de sociedad, etc. Los grupos solidarios que aún son fieles al pueblo nicaragüense están en el movimiento altermundialista pero simultáneamente dan apoyo y acompañan esfuerzos concretos de resistencia y luchas por la transformación social y política. El altermundialismo debe aterrizar en procesos sociales muy localizados so pena de quedar encerrado en una dimensión discursiva e ideológica. Los cambios globales necesitan de cambios locales pues sin estos últimos los primeros no son posibles. Otra cosa es que sin cambio global lo logrado localmente es siempre vulnerable.

Un segundo asunto que me preocupa es la cuestión política del poder. Ahora está de moda en algunos segmentos de la solidaridad la idea de que el poder no es importante, ya que lo que cuenta es la fiscalización del poder existente desde la llamada sociedad civil. Ello me recuerda a la consigna de Daniel Ortega de *gobernar desde abajo*, algo que en la práctica se demostró inviable. Gobierna quien tiene el gobierno y ejerce el poder quien tiene el poder. Cosa diferente es que debemos cuestionar la concepción verticalista que considera que para la transformación de la sociedad lo que cuenta esencialmente es la conquista del Estado siendo todo lo demás, incluido el papel de la sociedad y de sus movimientos, factores subordinados. Una larga experiencia revela que este enfoque es fuente de un poder burocrático, autoritario y conservador. Rescatar el protagonismo central de la sociedad, de sus

organizaciones, es básico para la realización de una democracia económica, social y política. Pero creer que la función histórica de la izquierda social y política es la de ocupar permanentemente el lugar de la oposición para así preservar mejor la pureza de sus conductas es un error. Por otra parte, abogar por la centralidad de los movimientos sociales sin considerar muy sinceramente sus límites y sus propias desviaciones es tomar asimismo una posición errática. Volviendo siempre a Nicaragua, es una necesidad derrotar a la derecha en sus distintas versiones y recuperar para una izquierda renovada, regenerada, el poder político. Objetivo que para ser posible requiere el ejercicio previo de una revolución interna que desplace la hegemonía *orteguista* por una dirección democrática y fiel a los fundamentos históricos del sandinismo. Y si no es desde dentro habrá de ser desde fuera. Claro que para ello es decisiva la existencia de un poderoso movimiento social, independiente de las fuerzas políticas y capaz de avanzar con su propia agenda. Un movimiento que desde la soberanía pueda concertar con los espacios políticos ocupados por un nuevo sandinismo.

Ambos asuntos: la necesidad de hacer solidaridad con procesos sociales y políticos concretos, sea en Nicaragua, en Chiapas, en Bolivia, en Venezuela o en Brasil, así como la recuperación del sentido de la política en su integralidad, me hacen pensar que sí es importante regresar al país que en los años ochenta nos hizo vivir buenos años. No se trata de una invitación a lo imposible. El asunto es sencillo: ¿no es hora que las fuerzas solidarias todavía sensibles para con Nicaragua localicen sus apoyos en sectores políticos que antes o después deberán encabezar la recuperación del compromiso sandinista? Es legítimo ignorar la pregunta. Pero pienso que es también una obligación moral de toda una generación no olvidar lo que vivimos y, sobre todo, oponernos a la liquidación de aquellos logros que beneficiaron a las mayorías. No me parece, por otra parte, que la indiferencia o la «neutralidad» hacia lo que sucede en el sandinismo se corresponda con la actitud colectiva de implicación y entrega del internacionalismo de los ochenta. Es posible que las tentativas de los críticos, de los disidentes, de los que crean opinión desde radio La Primerísima, tengan por delante una larga travesía y sus éxitos no sean seguros en el futuro; pero tal vez merezca la pena apostar por aquellos hombres y mujeres que de una manera metafórica han vuelto a las montañas.

X. CERRANDO EL CÍRCULO: LA MUERTE CONTRA LA VIDA

Nicaragua tras el triunfo andinista no tuvo un día de tregua. El año de mi primera visita, 1984, la contra realizó 68 ataques en toda regla, atentó 513 veces contra la población civil, al tiempo que la aviación hondureña violó territorio nicaragüense en 407 ocasiones y la norteamericana en 149. Así año tras año.⁴³ Cuando regresamos en 1986 ya el «pájaro negro» no volaba sobre Managua rompiendo la barrera del sonido, pero los ataques de la contra habían empeorado ostensiblemente. No sería completa una mirada hacia aquellos años ochenta que no contemplara con detalle la enorme oposición de Estados Unidos a una revolución que despertó tanto entusiasmo y era por consiguiente una gran potencia moral.

Cuando el mandato de Somoza fue amenazado por los sandinistas, a finales de los años setenta, el presidente James Carter trató primero de instituir lo que se denominó un «somocismo sin Somoza», es decir un sistema reformado pero básicamente dócil a los Estados Unidos. La idea no funcionó, pero el presidente Carter intentó mantener a toda costa a la Guardia Nacional de Somoza como elemento de confianza dentro del nuevo régimen. La Guardia Nacional siempre fue particularmente brutal y sádica, llegando a bombardear a barrios, pueblos y ciudades, para detener la insurrección popular. El fracaso

43. Lilia Bermúdez y Raúl Benítez «La guerra de Baja Intensidad contra Nicaragua» Investigadores de la UNAM de México, 1986.

de los planes de James Carter y el avance militar del sandinismo obligaron al presidente Somoza a volar a Miami con lo que quedaba del tesoro nacional, y la guardia se desmoronó.

La Administración Carter sacó del país a varios comandantes de la Guardia Nacional, en aviones marcados por la Cruz Roja y comenzó a reconstruir al ejército somocista en las fronteras de Nicaragua. No obstante, el presidente Carter, había cometido ya el grave error de no impedir la toma del poder por los sandinistas. De modo que su opositor republicano Ronald Reagan hizo su campaña electoral acusándolo de cómplice por omisión de una nueva amenaza comunista. Lo que vino después, durante la década de los ochenta, fue el horror, sobre todo para los pobladores de las regiones rurales de Nicaragua. Por qué llegó Estados Unidos al extremo de hacer una guerra despiadada contra un pequeño país sin recursos lo resume Palomares Lerma: «La perspectiva del mundo del presidente Reagan estaba basada en la premisa de que el desorden internacional resultaba de las actividades de la Unión Soviética y sus agentes». ⁴⁴ Sin embargo, la Organización Internacional para el Desarrollo Oxfam, explicó las verdaderas e inconfesables razones, al reconocer que después de su experiencia de trabajo en 76 países en vías de desarrollo, en Nicaragua, la fuerza del compromiso del gobierno para mejorar las condiciones de vida de la gente y fomentar su participación activa, fue excepcional. ⁴⁵ Oxfam fue tajante al declarar que de los cuatro países donde tiene presencia significativa (Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua) sólo en Nicaragua se hizo un esfuerzo sustancial para solucionar la desigualdad de la tierra y extender la salud, la educación y los servicios agrarios a las familias campesinas pobres. Y, el propio Banco Mundial calificó como éxitos extraordinarios sus proyectos en algunos sectores de Nicaragua «mejor que en ningún otro lugar del mundo».

El éxito de las reformas sandinistas atemorizó a los dirigentes de los Estados Unidos. Nicaragua era un ejemplo más amenazante que

44. Palomares Lerma, Gustavo (1999), *Política y Gobierno en los Estados Unidos (1945-1999)*, Tirant lo Blanch, Valencia, p. 116.

45. Anuario Oxfam (1986).

Cuba. A fin de cuentas la revolución castrista era inviable en el continente; no así la economía mixta de Nicaragua bajo un liderazgo de alta sensibilidad social. De manera que la Seguridad Nacional de Estados Unidos temía el efecto dominó más que una eventual utilización del territorio nicaragüense para fines militares soviéticos o cubanos. Una repetición de los auténticos motivos por los que Estados Unidos intervino en Guatemala contra el gobierno de Jacobo Arbenz en 1954.⁴⁶ No obstante, Reagan no cesó nunca de difundir la idea tan ridícula como paranoica del peligro de la llegada de comandos comunistas latinos a territorio de Estados Unidos.

Revertir la revolución nicaragüense fue una de las principales tareas de la Administración Reagan, «el nido comunista que era necesario eliminar».⁴⁷ El Consejo de Seguridad Nacional y específicamente la CIA, fueron los encargados de crear las condiciones y conducir la Guerra de Baja Intensidad (GBI). El inicio de la guerra encubierta, no declarada, tuvo su momento a partir de la presentación del Documento o Libro Blanco en 1981 ante el Congreso.⁴⁸ De inmediato William Casey inició la guerra secreta a través de contactos en Miami con grupos de guardias nacionales del derrocado dictador Somoza, con el objetivo de socavar al gobierno de Nicaragua. Desplegó asimismo contactos con Argentina e Israel para el reclutamiento de entrenadores y armas, y con Guatemala y Honduras como territorios para el entrenamiento. La acción contra Nicaragua, para que tuviera el consenso interno e internacional necesario, se presentó como un imperativo para eliminar el apoyo de los sandinistas a las guerrillas salvadoreñas que estaban subvirtiendo un sistema democrático. Nicaragua quedaba catalogada como una amenaza, no sólo por su sistema interno atentatorio de las libertades y de la propiedad, sino que también por su inclinación abierta a intervenir en la región para extender el comunismo. El Salvador dejaba de ser un problema local, era tam-

46. En la intervención de la CIA en golpe de estado de Castillo Armas contra Arbenz tuvo mucho que ver la expropiación que este gobierno hizo de tierras pertenecientes a la United Fruit Co.

47. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd.*, p. 117.

48. Nuñez, Orlando (1995) *La guerra y el campesinado en Nicaragua*, CIPRES, Managua, p. 162.

bién un problema regional. Así, la política reaganiana para América Central se definió en tres ejes: derrocar al gobierno sandinista de Nicaragua; derrotar militarmente a las guerrillas salvadoreñas del FMLN; y establecer una base militar permanente en Honduras.

La guerra de la Contra fue brutal. Como dice Palomares Lerma, quedaron relegados los Derechos Humanos, de la anterior administración Carter, a un inexistente plano.⁴⁹ Los contras eran sobre todo campesinos, pero el centro de decisiones y operaciones dependía de un pequeño grupo selecto, conocido como el Comité 208, formado por miembros del Departamento de Estado, del Departamento de Defensa, de la CIA y del Consejo de Seguridad Nacional (CSN). Este Comité llevaba a la práctica la Doctrina Reagan contra el comunismo e impartía instrucciones a políticos nicaragüenses involucrados en la Contra. Después de 1984 sería el CSN el instituto de más alto nivel para dirigir las actividades de inteligencia.

La guerra contra Nicaragua desplegó una red compleja para lograr apoyos de gobiernos extranjeros, privados e instituciones nacionales. Este esfuerzo maquilló a los contras como movimiento civico-militar para encubrir su verdadera constitución ante el público y congreso norteamericano. En realidad la guerra encubierta contra la revolución sandinista no hubiera podido funcionar con la misma eficacia sin el apoyo que terceros países brindaron a los norteamericanos y al propio ejército de la Contra. En febrero de 1982, entre los Estados Unidos e Israel se inició un programa secreto de colaboración militar, convirtiéndose este último país en una de las fuentes más importantes de suministro de armas a la Contra, teniendo al MOSSAD —organización de inteligencia israelí— como intermediario. En este programa participaron asimismo los gobiernos de Corea, Taiwan y la República Popular de China.⁵⁰

La guerra se volvió cada vez más abierta, ya que públicamente el Congreso y la prensa norteamericana debatían sobre la ayuda militar a la Contra. Lo que permanecía encubierto eran montos importantes de dólares conseguidos a través del sector privado en conexión y a

49. Ibid, p. 117.

50. Nuñez, Orlando. Ibid, p. 177.

petición de los aparatos políticos-militares norteamericanos. Se pueden indicar las funciones de la red del apoyo privado en cuatro direcciones: 1) cabildeo y propaganda; 2) consecución de fondos; 3) provisión de ayuda humanitaria; 4) compra de armas y entrenamiento.

Palomares Lerma revela el alcance de la determinación de la Administración Reagan para acabar con los sandinistas cuando en 1986 el Partido Republicano pierde la mayoría en el congreso y los demócratas incrementan su peso en el senado. «Este cambio en la tendencia del voto en ambas Cámaras era un importante obstáculo para la Administración Reagan a la hora de pedir la autorización legislativa para incrementar la ayuda a la contra. Kryzanek señala cómo, en la intervención en la Cámara, Reagan se presentó como heredero del sentir norteamericano en la tradición histórica de las relaciones mantenidas con el continente americano, llegando a existir por parte del presidente y de una parte de su gabinete una apropiación personal del <<Interés Nacional>>, por encima incluso de las Cámaras. En este orden de cosas, donde el presidente se presentaba como el único garante de la lucha anticomunista frente al poder legislativo, era lógico el comportamiento de la Administración y de algunos sectores militares dentro de ella que se consideraban en consonancia con el sentir de su presidente. La desviación de fondos asignados para el caso iraní para mantener una financiación ilegal de la contra fue el caso emblemático del mantenimiento de la lucha anticomunista a toda costa, incluso con la oposición de las Cámaras. El comportamiento de Oliver North en el <<asunto Irán-Contra>>, no era consecuencia de un sentimiento individualizado, sino que respondía a la exacerbación de un sentir generalizado en el ejecutivo».⁵¹

En el caso de El Salvador Reagan tuvo inicialmente dificultades pues el famoso Libro Blanco adolecía de tres debilidades: Los documentos de apoyo no respaldaban las afirmaciones de embarques de armas para las guerrillas desde Nicaragua; la mayoría de los aliados de los Estados Unidos no creyeron la evidencia del control soviético o cubano de las fuerzas revolucionarias; el Congreso, sometido a crecientes presiones de la opinión pública no se dejó convencer. En su

51. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd*, p. 133.

lugar el Congreso introdujo un proyecto de ley que prohibiría toda ayuda militar y la presencia de asesores norteamericanos, a menos que el presidente Reagan certificara cada seis meses que el gobierno salvadoreño cumplía con la salvaguarda de los derechos humanos. Lamentablemente la certificación se convirtió en poco más que un juego y las violaciones de los derechos humanos aumentaron. El asesinato de monseñor Romero estuvo en el inicio de la intervención norteamericana y la matanza de los jesuitas, a finales de 1989, en la recta final de un escenario de guerra en el que el ejército gubernamental estuvo asistido por asesores estadounidenses y hasta por la propia CIA. Así, el periodista Rod Nordland denunció que los «oficiales estadounidenses habían llegado calladamente hasta los niveles más elevados del alto mando del ejército y están ahora dirigiendo la guerra en El Salvador».⁵²

Por último la Administración Reagan no tuvo reservas a la hora de involucrar a Honduras como territorio base para los *boinas verdes* y para la Contra. Bajo presiones y utilizando su capacidad de cooptación de altos mandos militares hondureños, Reagan y su equipo no reparó en la suerte que podía correr la soberanía hondureña ni su relación presente y futura con los vecinos países.

El Informe Kissinger

La Comisión Kissinger clarificó y sistematizó la política norteamericana en la región. Definió un marco conceptual para una política integral y de largo plazo, acorde con los intereses de la seguridad nacional de los Estados Unidos. Antes de la propuesta Kissinger la política hacia América Central fue fragmentaria, a veces contradictoria entre los aspectos militares y no militares, y de carácter cortoplacista.

Palomares Lerma clarifica la política Reagan, anterior al Informe Kissinger, al recoger la opinión de algunos críticos que la denominaron «razonamiento pobre para un anticomunismo simplista»⁵³ En ese momento la política Reagan, afirma Palomares Lerma, era la vuelta

52. Publicado en el Philadelphia Inquirer del 29 de mayo de 1983.

53. Palomares Lerma, Gustavo *Ibíd.*, p. 120.

a la Doctrina Kennan, o lo que es lo mismo al uso de la fuerza como estrategia central que desplaza otros aspectos de cooperación y ayuda a un orden secundario. El Informe Kissinger, en cambio, reconoce los factores socio-económicos como causas importantes de las insurrecciones populares en la región y sienta las bases para el diseño de una política mucho más coherente y comprensiva que la anterior. En realidad lo que propone es que los Estados Unidos tenga mayor injerencia en los múltiples aspectos de la vida nacional de los países centroamericanos. Ello suponía aumentar considerablemente los montos de la ayuda no militar.

El Informe Kissinger plantea una modificación del concepto del interés nacional de Estados Unidos en el sentido de que «la cooperación política cumple el objetivo de obtener el <<orden legítimo>> (sumisión voluntaria acordada), y la cooperación económica evita el surgimiento de focos revolucionarios, intentando paliar los altos niveles de pobreza que sean el <<caldo de cultivo>> para procesos revolucionarios como el nicaragüense, que han demostrado su posibilidad de éxito».⁵⁴ A este respecto me parece revelador que para Reagan la fuente del problema siguiera estando en la Unión Soviética y Cuba. Algo que no es tan contradictorio con el Informe Kissinger, ya que éste articula el problema socio-económico (causa de revoluciones locales) con el expansionismo soviético, de tal manera que acaba elevando el conflicto a un asunto que amenaza la seguridad de los Estados Unidos.

La lógica del Informe Kissinger propone que los Estados Unidos extienda su proyecto de seguridad nacional a los gobiernos aliados de la región, los cuales deberían asumirlo como propio. De esta manera se lograría dar cobertura a un programa de contrarrevolución regional. El carácter contrainsurgente constituye por lo tanto la idea-fuerza del informe, siendo la ayuda económica y social con apariencia muchas veces humanitaria un elemento subordinado a la estrategia militar de *quitar el agua al pez*. En el caso de El Salvador es donde esta política integral trató de obtener resultados a través de programas como el CONARA⁵⁵ que aplicado en los departamentos

54. *Ibíd.*, p. 128.

55. Comisión Nacional de Restauración de Áreas.

de San Vicente y Usulután contemplaba acciones cívicas con el fin de disputarle las bases campesinas a la guerrilla.⁵⁶

Las recomendaciones de la comisión Kissinger consiguió es neutralizar una buena parte de la oposición demócrata en el Congreso. Por su parte, Reagan decidió promoverlas a través del Acta de Iniciativa de Democracia, Paz y Desarrollo para Centroamérica, que en 1984 sometió al Congreso, sin por ello claudicar de su obsesión respecto de la causa soviética del problema. La nueva política desplegó una mayor iniciativa de la Agencia Internacional de Desarrollo (AID) que expandió programas de ayuda para la estabilización económica, la pacificación y el apoyo al sector privado. Esta ayuda de la AID se amplió a Guatemala, concentrándose en el Altiplano y teniendo a los militares como administradores de los fondos. En este contexto, la Iniciativa de la Cuenca del Caribe recibió un impulso.

Las directrices del Informe Kissinger para abordar las causas socio-económicas, no contemplan un descenso de la ayuda militar a las fuerzas anticomunistas en entrenamiento y armas. Lo que sí recomiendan es el no involucramiento directo de tropas norteamericanas en los conflictos. La ayuda se incrementó por encima de lo declarado en los años 1984 y 85, siendo importantes los rubros destinados al entrenamiento de fuerzas policíacas en Honduras, Costa Rica, El Salvador y Guatemala, saltándose la Administración Reagan las reservas acerca de los Derechos Humanos.

La Guerra de Baja Intensidad (GBI)

La lógica del Informe Kissinger coincidirá plenamente con la doctrina de la GBI. Este término designa el grado de fuerzas que debe emplearse en los diferentes tipo de conflictos: desde lo nuclear, que representa una alta intensidad, pasando por lo convencional, hasta terminar con los conflictos de baja intensidad. La GBI contempla desde la desobediencia civil, la subversión, la insurgencia, la guerra de guerrillas y los movimientos revolucionarios contrarios a los regímenes

56. Véase Perales, Josu (1988), *El volcán en guerra. El Salvador 1979-1987*, Editorial Talasa, Madrid.

aliados de los Estados Unidos.⁵⁷ Son vistos como conflictos que no requieren una fuerza militar masiva para resolverlos. El énfasis está, precisamente, en la conjugación de aspectos militares, con políticos y diplomáticos, económicos, psicológicos y mediáticos. Se trata de lograr objetivos sin costos militares propios.

Sin embargo, la GBI en América Central fue un eufemismo. La propia contra nicaragüense reconoció: «Ha sido diseñada (la GBI) para desgastar y desangrar tanto al aliado como al enemigo, no para ganar. Los dólares los ponen unos y los muertos otros. Esta estrategia geopolítica mantiene la presión, la contención y las opciones a un bajísimo costo y sin el riesgo de evidencias o de confrontaciones militares directas. En realidad la contra venía siendo utilizada para tales fines. Fue un secreto urdido y mantenido en un estrecho círculo: un pacto horrendo entre quienes sabían conscientemente que están cometiendo un genocidio».⁵⁸ Así pues, el calificativo de baja intensidad esconde una evaluación cínica de los resultados de una guerra: se limita a considerar las fuerzas norteamericanas involucradas directamente en el conflicto, omitiendo las bajas locales y los estragos sociales y económicos de la agresión.

El denominador común de los expertos de la GBI es que la guerra es más política que militar, principio que debe orientar la acción contrainsurgente. Pero la actividad política en América Central no se limitó a la lucha civil, a la preparación de partidos políticos, a la acción diplomática; ni se centró en la mejora de la vida de las gentes en El Salvador y Guatemala para así quitarle oxígeno a las guerrillas. No se limitó a deslegitimar a las fuerzas comunistas y a su aislamiento. Angel R. Kauth, haciéndose eco de la desclasificación parcial de siete manuales utilizados por el Pentágono y el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, explica cómo fueron utilizados en América Central para entrenar a policías y militares en el

57. Barry, Deborah (1986), *Centroamérica: la guerra de baja intensidad*, Cuadernos de Pensamiento Propio, CRIES, Managua.

58. Morales Carazo, Jaime (1989), *La Contra*, Editorial Planeta, México.
Morales Carazo ex banquero, fue asesor de la Contra. Hoy, diputado liberal, disidente del PLC de Arnoldo Alemán.

uso sistemático del asesinato y la tortura, siendo el propio Reagan quien ordenó reactivarlos.⁵⁹

La GBI en Nicaragua tuvo consecuencias muy altas, a pesar de que supuso una represión más selectiva que en la etapa anterior. En todo caso el concepto de guerra total asume la casuística centroamericana como un conflicto regional único, en el que el rol que se le asigna a Nicaragua comprende el acoso total, al límite de la intervención directa. En términos militares la GBI tenía una dimensión estratégica mucho mayor, en la línea del Informe Kissinger, que la contrainsurgencia recomendada por Kennan. La población civil se convierte en objetivo estratégico de la guerra. Se trata de disputar la lealtad de la población a la guerrilla o al gobierno, para lo cual las operaciones psicológicas son relevantes. Estas últimas tuvieron su expresión más notable en las maniobras que por tierra, mar y aire llevaron a cabo tropas norteamericanas, en cantidad, extensión y frecuencia sin precedentes.

La agresión diplomática contra el gobierno sandinista centró su actividad bajo el lema «hasta que los luchadores de la libertad (los contras) no tengan éxito no habrá paz en América Central». Esta posición norteamericana, militarista, chocó en 1986 con las iniciativas de Contadora y el Grupo de Apoyo. Palomares Lerma resume la contradicción de este modo: «La Administración Reagan va a caracterizarse, en su visión de los objetivos internacionales en Centroamérica, por una oposición abierta a todos los procesos de paz que se ponen en marcha en el área desde 1983 y que tendrán como resultados más significativos la firma del Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica (6 de junio de 1986) y el Acuerdo de Esquipulas II (6 de agosto de 1987)».⁶⁰

Cambio de posición norteamericana

La política norteamericana apoyó acuerdos entre los gobiernos centroamericanos en aquellos casos en que consideraba que Nicaragua no daría su firma. Era una forma más de buscar el aislamiento de los

59. Kauth, Angel R. (1999), «Estados Unidos y los derechos humanos en Latinoamérica», Revis. *Iniciativa Socialista*, nº 54.

60. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd*, p. 134.

sandinistas y de hacer valer la estrategia militar como la única realista para derrocar la revolución. Estados Unidos se centró fundamentalmente en encontrar mecanismos no negociados para restablecer el orden, acorde con sus propias pautas en el marco de la guerra contra el comunismo. Así, por ejemplo, en julio de 1984, el Grupo de Contadora presentó a los países centroamericanos un proyecto de Acta, al que Reagan dio su apoyo. Pero como al mes siguiente Nicaragua suscribió el Acta después que se hicieran algunas modificaciones, Estados Unidos le retiró su apoyo bajo la excusa de un supuesto desembarco de aviones MIG soviéticos en suelo nicaragüense.

Reagan había dejado claro que su objetivo principal era desalojar a los sandinistas del gobierno, y por ello no contemplaba un desenlace negociado que dejara a los sandinistas en el poder. En su estrategia el presidente norteamericano aprovechó cualquier circunstancia, como es el caso de la visita que en la primavera de 1985 hizo Daniel Ortega a Mijail Gorbachov. Reagan presentó el hecho como una prueba de la obediencia de los sandinistas a la URSS y convenció al Congreso para que liberara 27 millones de dólares para la contra, declarando paralelamente el embargo comercial a Nicaragua. Sin embargo, la estrategia reaganiana, comenzó a encontrar cada vez más obstáculos. Los sandinistas se afanaban en derrotar a la GBI incluyendo las negociaciones políticas como un elemento vector de la revolución, en tanto que algunos países como Guatemala y Costa Rica, con el apoyo de España, Venezuela, Colombia, México, entre otros, manifestaban progresivamente una autonomía amenazante para Estados Unidos. Así, por ejemplo, los representantes de Contadora y del Grupo de Apoyo se reunieron a finales de 1985 en Caravalleda (Venezuela) y adoptaron un documento cuyos puntos principales eran: el cese de la intervención externa; la solución negociada de los conflictos internos; la creación de un Parlamento Centroamericano; y la autodeterminación democrática, la integridad territorial y la no-injerencia. Semejantes principios, aun careciendo de un proyecto concreto, abrieron procesos acelerados que desembocarían en los acuerdos de Esquipulas. La reacción norteamericana fue curiosa: la Administración Reagan sentó las bases de un nuevo paradigma de relaciones hemisféricas concebidas como democracia (controlada, evidentemente) y seguridad.

El pulso prosiguió en el mes de marzo de 1986, cuando basándose en el documento de Caravalleda los grupos de Contadora y Apoyo

hicieron una propuesta de paz. La respuesta del gobierno norteamericano fue el pedido de la aprobación por el Senado de cien millones de dólares de ayuda para la contra. En mayo, el presidente de Guatemala Vinicio Cerezo tomó la iniciativa de convocar la primera reunión de Esquipulas, y dos meses más tarde el FLMN salvadoreño propuso abrir negociaciones al gobierno de El Salvador.

La posición intransigente del gobierno de los Estados Unidos tenía como puntos de apoyo a los gobiernos de El Salvador y Honduras, a los que instruía bajo presiones económicas. Pero en noviembre de 1986 Contadora hace una nueva propuesta para la pacificación, incluyendo tres puntos significativos: 1) el derecho de los pueblos de elegir su sistema político, económico y social; 2) la solución global, integral y negociada del problema centroamericano; 3) la abstención por todas las partes de ejercer presiones militares. Poco después se produce un cambio en la Administración norteamericana como derivado de los problemas internos (Irán-Contra), de las dificultades para obtener la autorización para la ayuda a la Contra y de una nueva situación internacional provocada por la reunión entre Reagan y Gorbachov en Ginebra. «Este cambio se traduce en una disminución de la presión realizada a Honduras y El Salvador, lo que propicia que el presidente Oscar Arias de Costa Rica, inicie un plan de paz para superar el punto muerto en el que se encontraba el esfuerzo de Contadora».⁶¹

No obstante, la posición norteamericana prosiguió ejerciendo fuerte presión contra el proceso de paz, aun cuando pareció manifestar apoyo al presidente Arias. Esta contradicción creo que hay que entenderla como la necesidad del presidente Reagan de no confrontarse directamente contra la iniciativa de un aliado, al tiempo que prosigue ayudando financiera y militarmente a la contra. Este complicado equilibrio dibuja en cierto modo una transición todavía incierta hacia un cambio de política que encontraría en el presidente Bush padre una priorización de la vía cívica para apuntalar la derrota electoral del Frente Sandinista. Ciertamente, Bush se encuentra con un escenario de claro debilitamiento de la URSS que ya apunta hacia

61. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd*, p. 135.

el desenlace que ya conocemos. Ello le permitirá un mayor margen de maniobra en América Central.

Los principales rasgos de la estrategia de Bush, desde febrero de 1989 y para el caso de Nicaragua pueden definirse del modo siguiente: logro de un acuerdo bipartidista en el Congreso y el Senado, para seguir apoyando activamente a la contra hasta febrero de 1990 —fecha de las elecciones en Nicaragua—, en abierta contraposición a los acuerdos de Esquipulas II; prorroga el embargo comercial a Nicaragua, enviando con ello el mensaje de que la presión no cederá; firma de un protocolo con Honduras para la realización de maniobras militares conjuntas. Junto con estas medidas Bush va aún más lejos, al cuestionar la Ley Electoral de Nicaragua y la Ley de Medios de comunicación, todo ello con objeto de anunciar que una victoria electoral del sandinismo no sería reconocida por su Administración. Y, para fortalecer esta posición rechazó el diálogo que le había solicitado el gobierno nicaragüense en el mes de julio de 1989.

La Administración Bush tomó una decisión: apoyar el proceso de paz, sin aflojar la presión, y condicionando ese apoyo a la derrota electoral del sandinismo. Sólo en el caso de una victoria de la coalición Unión Nacional Opositora (UNO) que agrupaba a catorce partidos y encabezaba Violeta Chamorro, Estados Unidos ratificaría los acuerdos de paz del plan Arias ratificado en Esquipulas V en agosto de 1989.⁶² De este modo jugaba con ventaja cualquiera que fuese el desenlace del proceso abierto. En este sentido es sumamente acertado el diagnóstico que hace Palomares Lerma de la posición de Bush: «Los primeros meses de la Administración Bush hacían suponer un relativo abandono de la doctrina Kennan y la vuelta a los planteamientos esbozados por las anteriores administraciones y recogidos por el Informe Kissinger: no renuncia a la utilización de la fuerza y

62. La Administración Bush ejerció distintas presiones sobre los presidentes centroamericanos para lesionar el proceso de paz: gira del vice-presidente norteamericano a Centroamérica en julio de 1989; carta a los presidentes de la región condicionando la desmovilización de la Contra a una previa democratización de Nicaragua; reunión de Bush con jefes de la Contra; llamada telefónica de Baker a Arias para impedir la desmovilización de la Contra; congelación de un préstamo a Honduras. (Revis. *Envío*, 1989, nº 96, p. 13)

negociación-cooperación» y más adelante agrega: «Los pilares básicos de la nueva Administración, citando literalmente serán: fuerza, realismo y diálogo. Los tres recogen la tradición de los principios conceptuales que articularon la política exterior de los Estados Unidos, con las matizaciones introducidas por Kissinger...»⁶³

Esta conjugación de pilares siguió estando en la base de las acciones contra los sandinistas aun en la campaña electoral de 1990. De hecho, dos meses antes del 25 de febrero, fecha de las votaciones, alrededor de 2.000 contras ingresaron en Nicaragua procedentes de Honduras, sumándose a los 3.000 que se movían principalmente por las regiones de Chontales, Matagalpa y Jinotega. Este hecho obligó a que el gobierno de Nicaragua rompiera el alto al fuego unilateral que había mantenido durante diecinueve meses con el propósito de proteger el proceso electoral y presionar a Estados Unidos a respetar los acuerdos centroamericanos. En síntesis, todos los pasos dados por el gobierno de Nicaragua en el marco del proceso de paz centroamericano, no lograron que el gobierno norteamericano abandonase su estrategia de GBI y que aceptase la desmovilización de la Contra. Como resultado de este pulso, es cierto que la opción militar norteamericana no consiguió derrocar al sandinismo del modo que hubiera deseado, pero la táctica de Bush contribuyó decisivamente a desgastar la revolución sandinista y al partido que la lideraba, facilitando el triunfo electoral de la UNO. La GBI, al prometer que la guerra tendría continuidad en el caso de que los sandinistas ganaran las elecciones, sometió al electorado a un chantaje sin precedentes. Es mi punto de vista que las elecciones no fueron democráticas por la parte que le toca a Estados Unidos. La libertad de un pueblo al que se amenaza, se agrede, se somete a la pobreza y se le anuncian nuevos muertos, es una caricatura de libertad. No es un secreto que una buena parte del electorado que dio la victoria a la UNO lo hizo con la esperanza de no seguir enterrando muertos y la creencia de que Estados Unidos premiaría al país con una sustancial mejora económica.⁶⁴

63. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd*, pp. 139-140.

64. Perales, Josu (1990), *Elecciones en Nicaragua*, Ed. Talasa, Madrid.

Hacia dónde va la política exterior de Estados Unidos en América Central

Susanne Jonas defiende la idea de que los dirigentes de Estados Unidos no han elaborado un nuevo pensamiento tras la guerra fría, sino que han visto en su fin una buena oportunidad para moverse en contra de las amenazas procedentes del Tercer Mundo. Rafael Grasa,⁶⁵ tras preguntarse si habrá o no cambios en las relaciones de Estados Unidos con la región, se hace eco de analistas que pronostican una menor conflictividad en esas relaciones, en virtud del debilitamiento de los intereses de seguridad y geopolíticos en la posguerra fría, y asimismo de analistas más pesimistas que sugieren que el intervencionismo continuará, aunque invocando razones diferentes, como promover la democracia, combatir el narcotráfico, etc. El propio Grasa define su posición afirmando que no hay razones suficientes y sólidas para considerar un probable cambio sustancial; reconoce que el fin de la guerra fría facilitó negociaciones de paz en la región, pero al mismo tiempo la ha sacado de la agenda de Washington. Su tesis señala que no se dará una alteración de los rasgos de la política exterior norteamericana en la región, aunque se refuerce la autonomía de la zona y se reactiven elementos de cooperación e integración.

Me interesa sobremanera el punto de vista de Palomares Lerma. En primer lugar afirma que la política exterior desarrollada por James Baker durante la Administración Bush «supuso una mayor complejidad en el análisis aplicado a la hora de afrontar los problemas internacionales, yendo más allá de lo que venía siendo tradicional entre los republicanos, constituyéndose en el heredero de algunos principios que, como los de negociación y diálogo, se encontraban más cercanos de la tradición demócrata».⁶⁶ Palomares Lerma defiende la idea de que Baker dio brillantez a la diplomacia americana, constituyéndose en la base de lo que sería la política exterior del presidente Clinton. Sin cuestionar la aseveración de un cambio en la política

65. Grasa, Rafael (1998), *Centroamérica en el sistema de la posguerra fría*, en el volumen de Cardenal, Ana Sofía y Martí i Puig, Salvador, *América Central, las democracias inciertas*, Tecnos, Barcelona, pp. 51-52.

66. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd.*, p. 152.

exterior de Bush, lo cierto es que este presidente mantuvo la idea tradicional norteamericana de «haga su juego como quiera, pero en el mundo real se hace lo que nosotros decimos». De hecho Irak es un buen ejemplo que ilustra la verdad duradera del mundo real. Ya lo dijo Madeleine Albright ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, con motivo de una resolución sobre Irak: «Estados Unidos seguirá actuando de manera multilateral cuando podamos y unilateral cuando tengamos que hacerlo». En este sentido en el conflicto del Golfo Pérsico, la política exterior de Estados Unidos mostró en toda su magnitud el papel de única superpotencia. En este conflicto el despliegue diplomático de la Casa Blanca no fue con el enemigo, sino orientado a lograr aliados para incrementar la presión militar sobre Bagdad y hacer la guerra.

En todo caso Clinton heredó nuevos perfiles en la política exterior, con un despliegue de iniciativas hacia América Latina, entre las que destaca el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México. La nueva Administración puso el acento en los intereses internos como guía para la acción exterior, y para ello se volcó en extender las llamadas democracias de mercado. En este sentido, Anthony Lake, asesor de la Seguridad Nacional, al presentar la Doctrina Clinton en septiembre de 1993 dijo algo revelador: «Durante la Guerra Fría contuvimos la amenaza global hacia las democracias de mercado: ahora deberíamos ampliar su alcance».⁶⁷ De modo que puede decirse que la Guerra Fría tan sólo fue una fase en la historia de la política exterior norteamericana. Después de ella la verdad duradera persiste, de la misma manera que antes de la segunda guerra mundial ya se manifestó en sucesivas intervenciones militares de Estados Unidos en la región de América Central y el Caribe.

En realidad la identidad nacional de Estados Unidos, está definida por una serie de valores políticos y económicos universales, particularmente su particular visión de la libertad, de la propiedad privada y de los mercados. Esta temática básica construye una política exterior, invariable filosóficamente, aun cuando pueda expresarse con formas variables. La política básica, «por encima de enfoques idealistas

67. Citado por González, Antonio en *Orden mundial y liberación* (1997), Diakonía 71, UCA/CICA, Managua.

o pragmáticos de sus presidentes, más allá de posiciones más o menos intervencionistas de las distintas administraciones, y salvo la tormentosa experiencia de Vietnam, Estados Unidos no ha dado marcha atrás en cuestiones que históricamente han sido vinculadas de forma directa a su interés nacional y que puedan poner en duda su credibilidad y prestigio internacional, continental y mundial». Y remata su reflexión así: «Ese objetivo que es considerado parte indivisible del histórico interés nacional de Estados Unidos y que se encuentra por encima, incluso, de su presidente».⁶⁸

Los nuevos objetivos internacionales de Estados Unidos en el exterior, pueden tomar el nombre de narcotráfico (Plan Colombia), defensa de los intereses de occidente (control del petróleo), derechos humanos y democracia, y, sin embargo, ello no es sino otra manera de clasificación de prioridades cuyo telón de fondo es la defensa de los intereses propios. ¿Puede ponerse en duda que un nuevo movimiento revolucionario en América Central llevaría a la Administración norteamericana a tomar medidas de fuerza? Mi opinión es que Estados Unidos puede consentir que otras naciones de su espacio geoestratégico actúen con independencia, excepto cuando ello afecte a los intereses estadounidenses. Dicho de otra manera: Estados Unidos puede no necesitar controlar a los países centroamericanos y del Caribe, mientras que no se salgan de su control. El derecho de la primera potencia mundial a actuar unilateralmente y de controlar las regiones que selecciona, está «definida» de tal manera que si los latinoamericanos, por poner un ejemplo, quisieran imponer su fuerza numérica en la OEA para actuar «irresponsablemente» Estados Unidos actuaría para «proteger sus intereses». Por otra parte y a propósito de la democracia: donde la influencia norteamericana ha sido menor (el cono sur de América Latina) el progreso fue mayor; y donde la influencia ha sido y es mayor (Centroamérica) el progreso ha sido menor. No creo que esta constatación empírica conduzca a un mal razonamiento.

Robert Pastor,⁶⁹ escribió algo que sigue vigente: «Estados Unidos quiere que otras naciones actúen de manera independiente, excepto

68. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd*, p. 189.

69. Asesor del presidente Carter, especialista en asuntos Latinoamericanos. Hoy profesor en Emory University.

cuando ello se convierta en algo adverso». Lo que quiere decir que la libertad concedida por Estados Unidos a sus «subalternos» es para actuar de acuerdo con el poder que los tutela, no para usar la libertad «neciamente». Por supuesto, América Central y el Caribe es la región que refleja más claramente esta idea de hegemonía norteamericana. Este dominio, en los años ochenta, se manifestó en una fiesta del horror, violando Estados Unidos los llamados de Naciones Unidas. Grandes almas se preocupan poco por pequeñas moralidades.

Una mirada histórica a esta región nos indica que las políticas intervencionistas de los gobiernos norteamericanos fueron las mismas antes de la Revolución Bolchevique que después. Sin amenaza soviética Wilson invadió Haití (y la República Dominicana) desmantelando el sistema parlamentario porque éste se negó a permitir que norteamericanos se apropiaran de las tierras. El filibustero Walker, mucho antes, ya se había autonombrado presidente de Nicaragua con el apoyo de renombrados banqueros estadounidenses. Lo paradójico es que ochenta años después Clinton mostrara su intervención en Haití como un ejemplo de pureza moral.

En el mundo real, ese sobre el que se vuelca la verdad duradera de la primacía mundial, democracias, mercados, y derechos humanos, están sufriendo serios ataques. Los más poderosos vienen de Estados Unidos. No soy economista, pero sé que en el mundo real Estados Unidos nunca a apoyado mercados libres. Ocurre que las sociedades industriales se han vuelto más proteccionistas, en tanto que la política neoliberal sobre América Central exige la plena liberalización económica y la plena competencia como dogmas. Las multinacionales piden en América Central que los Estados dimitan de sus responsabilidades sociales, pero ninguna pide al Estado norteamericano que se disuelva. En realidad, las recomendaciones del famoso Informe Kissinger son impracticables en América Central en el actual marco neoliberal; las causas estructurales que provocaron las guerras siguen vigentes: un 2% acumula todo el poder económico, un 20% vive alrededor de esa minoría, y casi un 80% de 35 millones de personas malviven. La cuestión que se plantea, entonces, es la siguiente: Estados Unidos no necesitará usar la fuerza mientras que no sienta una amenaza real de cambios revolucionarios. De manera que siendo el escenario el que sí ha cambiado sustancialmente Estados Unidos no ha hecho otra cosa que adaptarse. El asunto no puede ser

tratado al revés, como si Estados Unidos hubiera renunciado a sus raíces fundacionales en política exterior.

Ahora bien, Palomares Lerma tiene razón al decir que: «Clinton era consciente de que el nuevo papel de los Estados Unidos en el mundo estaba no en una solución militar, ni aislacionista, y progresivamente se fue decantando por la vía comercial, reanudando así el más antiguo principio de la política histórica norteamericana, definido ya por George Washington».⁷⁰ En esa línea se inscribe el Tratado de Libre Comercio, y en esa línea puede situarse la afirmación del actual presidente George W. Bush de que el siglo XXI será el «siglo de las Américas» con motivo de su primera visita a México. El diario *La Jornada*⁷¹ editorializó afirmando que la entrevista Fox-Bush no fue entre iguales, sino presidida por la persuasión del poderío norteamericano, incluido el militar.

Ciertamente la presencia norteamericana en América Central no tiene los aires de guerra de los ochenta. Pero se trata de una posición táctica que en otro momento puede cambiar.

A propósito de la política exterior del presidente Clinton, Palomares Lerma hace unas anotaciones muy reveladoras: «Lo realmente nuevo del momento actual es que desaparecido el argumento anticomunista en el mundo, con esa traducción especialmente violenta que tuvo para el continente latinoamericano, integradas o vencidas las guerrillas nacionales, y aislada Cuba, los Estados Unidos buscan fórmulas de control y estabilidad continental que transformen sus clásicas inversiones en seguridad, por inversiones comerciales sólidas. A fin de cuentas, ejercer un control igual de firme, pero con menor coste y mucho más rentable». La política norteamericana de democracias y mercados, utilizando preferentemente mecanismos económicos y de cooptación política, no renuncia a la fuerza. La idea de que el continente tiene propiedad y su sede central en Washington, sigue siendo una idea al alza. Lo que hizo Estados Unidos en los primeros años de los noventa es pasar de la oposición a los procesos de paz a controlarlos directa o indirectamente. Pero ello no le ha con-

70. Palomares Lerma, Gustavo, *Ibíd.*, p. 191.

71. *La Jornada*, 17 de febrero, Ciudad de México DF.

vertido en una fuerza pacifista ni respetuosa con la autodeterminación de los demás. Antes al contrario, para Estados Unidos garantizar su dominio sobre América Central es una condición para intervenir en el mundo con credibilidad. Dominio que no podría consentir en los años venideros vías de cambio social de inspiración socialista que pusieran en cuestión los llamados intereses norteamericanos. Como dice Noam Chomsky: «Los persistentes y frecuentemente invariables rasgos de la política exterior de los Estados Unidos están muy arraigados en las instituciones estadounidenses y en la distribución del poder en la sociedad interna de los Estados Unidos. Estos factores determinan un restringido marco para la formulación de políticas con pocas posibilidades de desviaciones».⁷²

La doctrina Reagan hizo de la lucha contra el comunismo una estrategia global para revertir los llamados movimientos revolucionarios en el Tercer Mundo en defensa de la Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Su política hizo de Nicaragua un elemento experimental, basado en la exportación de una contrarrevolución vía apoyo a los «paladines de la libertad», organizados en ejército bajo control de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), como instrumento ejecutor de una Guerra de Baja Intensidad (GBI). A lo largo de las administraciones Reagan y Bush padre Estados Unidos canalizó ayuda militar directa a la contra nicaragüense, lo que tuvo como resultado el afianzamiento de un estado de terror en un pequeño país centroamericano que apenas antes de la caída de Somoza había ocupado alguna vez un lugar destacado en la prensa norteamericana.

72. Chomsky, Noam (1988), *Nuestra pequeña región de por aquí*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua.

EPÍLOGO

Regreso al punto de partida de este libro, mitad sentimental, mitad analítico. A lo largo de sus páginas he sido particularmente duro con episodios y hechos, con conductas de dirigentes sandinistas y de organizaciones. Sin embargo no hay en mí una gota de resentimiento ni de arrepentimiento por lo vivido en Nicaragua. Digo muy alto que los años ochenta fueron para mí algo más que buenos años, ¡fueron mis mejores años!. La revolución sandinista fue un regalo de la vida, gracias a todo un pueblo, a los que murieron por un país mejor y a los que sobreviviendo ejercieron responsabilidades nada fáciles en un tiempo de cólera norteamericana. De algunos de los dirigentes a los que critico y de los que me he alejado política y éticamente guardo a pesar de todo buenos recuerdos. Siempre seré agradecido a Nicaragua, mi querido paisito al que me gustaría volver para quedarme.

Han transcurrido veinte años desde que un enero de 1984 aterricé en el aeropuerto Augusto César Sandino por primera vez. Evoco las primeras horas caminando por el Mercado Oriental y puedo recordar el ruido de las voces mezcladas: Tilín, tilín, tilín, ¡el helado, el helado!; el fresco, el fresco de naranja! ¡el tiste, el tiste! ¡el raspado, el raspado! y enseguida el ruido de la cuchilla rascando el hielo, ¡la enchilada, la enchilada! ¡ el agua helada, el agua helada! y todas las otras voces de los lustrabotas, de vendedoras de vitaminas, de cuajada y de vigorón. También estaban allí vendedores de periódicos descalzos, decenas de Quinchos Barriletes de ojos grandes carbón. Desde aquella primera sensación hasta hoy, un río caudaloso de experiencias

me ha llevado por los meandros de la historia reciente de Nicaragua. Este tiempo lleno de fuerza me ha dado una perspectiva que es la que me permite hoy ejercer una crítica que en la década de los ochenta no supe hacer, entregado como estaba a una solidaridad de emergencia. Hoy somos muchos los que sabemos más que entonces, pero creo que la sabiduría consiste en no aceptar un engreimiento intelectual que desconozca nuestros méritos de ayer. Como he escrito en los comienzos de este libro, equivocados o no allí estuvimos, apasionadas y apasionados, con una razón moral irrefutable.

En estas páginas creo que haber dejado bastante claro que el sandinismo tiene la imperiosa necesidad de recomenzar. Se trata de un proceso. Para que tenga éxito habrá que desplegar todas las potencialidades de la democracia interna. Pero, además, será imprescindible el resurgir de movimientos sociales independientes, listos para ejercer un pensamiento crítico y para pensar un nuevo modelo de sociedad. Un partido sandinista con futuro, con capacidad de gobierno para las mayorías, será aquél que se alimente de las luchas sociales, de sus señalamientos y de sus propuestas. En este horizonte debe tener su espacio una nueva solidaridad.



